
Introducción a la metodología cualitativa de investigación

PID_00263490

Lucía Sanjuán Núñez

Tiempo mínimo de dedicación recomendado: 6 horas



Lucía Sanjuán Núñez

Primera edición: febrero 2019
© Lucía Sanjuán Núñez
Todos los derechos reservados
© de esta edición, FUOC, 2019
Av. Tibidabo, 39-43, 08035 Barcelona
Diseño: Manel Andreu
Realización editorial: Oberta UOC Publishing, SL

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia, o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares del copyright.

Índice

Introducción.....	5
Objetivos.....	6
1. Introducción a la metodología cualitativa de investigación.....	7
1.1. Un brevísimo apunte sobre la polémica cuantitativo- cualitativo	7
1.2. Características generales de la metodología cualitativa	13
1.2.1. Perspectiva holista	13
1.2.2. Orientación a la comprensión de percepciones, relaciones y procesos	13
1.2.3. Atención al contexto	16
1.2.4. Representatividad teórica	16
1.2.5. Papel destacado del investigador	20
1.2.6. Diseños de investigación flexibles y emergentes	23
1.2.7. Perspectiva abductiva	25
1.2.8. Análisis de datos progresivo	27
1.2.9. Búsqueda de la confiabilidad de los datos	27
1.2.10. Vocación aplicada	29
1.3. El trabajo de campo en investigación cualitativa	31
1.3.1. La delimitación y el acceso al campo	31
1.3.2. Las primeras relaciones de campo	33
1.3.3. El final del trabajo de campo	34
1.3.4. Un apunte sobre la vinculación del investigador al campo	35
2. Aproximaciones teórico-metodológicas en investigación cualitativa.....	38
2.1. Un poco de historia	38
2.2. Principales orientaciones teórico-metodológicas en investigación cualitativa en la actualidad	40
2.2.1. Perspectivas teóricas en la metodología cualitativa actual	40
2.2.2. Perspectivas metodológicas en la metodología cualitativa actual	41
3. Los diseños cualitativos de investigación.....	58
3.1. Consideraciones previas al diseño	58
3.2. El diseño de una investigación cualitativa	60
3.2.1. Título del proyecto	61
3.2.2. Delimitación de la investigación	62

3.2.3. Objetivos e hipótesis	68
3.2.4. Metodología	70
3.2.5. Aplicabilidad de los resultados esperados	74
3.2.6. Presupuesto	75
3.2.7. Bibliografía	75
Bibliografía	77

Introducción

Dedicaremos este módulo a presentar la metodología cualitativa de investigación.

Comenzaremos con una breve introducción sobre la polémica histórica entre las perspectivas cuantitativa y cualitativa para centrarnos después, exclusivamente, en la metodología cualitativa. Respecto a esta, comenzaremos con una introducción extensa de sus características definitorias, haciendo especial énfasis en cuestiones como la perspectiva holista, la orientación a la comprensión de percepciones, relaciones y procesos, la atención al contexto, el carácter teórico del muestreo y emergente de los diseños. A continuación, introduciremos de manera breve algunas de las características fundamentales del trabajo de campo en investigación cualitativa, que desarrollaremos con más detenimiento en los módulos siguientes.

El segundo gran apartado de este módulo estará dedicado a un repaso, necesariamente breve, sobre las principales orientaciones teórico-metodológicas en investigación cualitativa en la actualidad.

El último bloque de este módulo se centra en explicar las características de los diseños cualitativos de investigación, presentando los apartados y contenido que deben recogerse en un proyecto de investigación de este tipo.

Al final de este módulo encontraréis un apartado con la bibliografía referenciada y especializada en el tema.

Objetivos

La lectura de este módulo os permitirá:

- 1.** Conocer las características generales de la metodología cualitativa de investigación.
- 2.** Conocer las características generales del trabajo de campo en investigación cualitativa.
- 3.** Conocer las principales orientaciones teórico-metodológicas en investigación cualitativa en la actualidad.
- 4.** Conocer las características de los diseños cualitativos de investigación y el contenido de los proyectos de investigación de este tipo.
- 5.** Conocer la bibliografía básica relacionada con los temas tratados.

1. Introducción a la metodología cualitativa de investigación

1.1. Un brevísimo apunte sobre la polémica cuantitativo-cualitativo

La discusión respecto a las características y especificidad de la metodología cualitativa y las diferencias y posible complementariedad con la cuantitativa viene de antiguo y continúa. No es posible abordar aquí toda la complejidad del debate, pero no se pueden perder de vista algunas cuestiones fundamentales que trataremos, al menos brevemente (Valles, 1997; Verd y Lozares, 2016).

Es habitual, en manuales dedicados a la metodología de la investigación, encontrar cuadros o listados en los que se especifican las supuestas características de ambas metodologías, enfrentándolas entre sí y planteando una suerte de compartimentos estancos en forma de categorías dicotómicas e irreconciliables que, al tiempo que supuestamente definen cada perspectiva, la enfrentan y distancian de la otra. Así, aunque con diferencias (a veces considerables) entre los diferentes autores y corrientes teóricas, suele decirse que:

a) La **metodología cuantitativa** sería:

- Positivista.
- Hipotético-deductiva.
- Experimental.
- Nomotética.
- Particularista.
- Objetiva.
- *Étic*.
- Orientada a la explicación.
- Orientada a la representatividad estadística.
- Orientada a la medición.
- Orientada a la generalización.
- Orientada a la verificación y falsación de teorías.
- Basada en técnicas cuantitativas: encuesta, test.
- Etc.

b) La **metodología cualitativa** sería:

- Fenomenológica o interpretativista.
- Inductiva/abductiva.
- Observacional o naturalista.
- Ideográfica.

Lecturas complementarias

En Valles (1997) encontraréis un breve repaso a las posturas de diferentes autores respecto a la dicotomía cuantitativo-cualitativo que os puede ayudar a profundizar en las diferentes perspectivas desde las que se ha abordado este debate. También podéis consultar Alvira (1983):

M. S. Valles (1997). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.

F. Alvira (1983). Perspectiva cualitativa/perspectiva cuantitativa en la metodología sociológica. *Revista española de investigaciones sociológicas*, 22, 53-75.

- Holista/universalista.
- Subjetiva.
- *Émic*.
- Orientada a la descripción/exploración.
- Orientada al descubrimiento.
- Orientada a la comprensión/interpretación.
- Orientada a la significación.
- Orientada al punto de vista de los actores sociales.
- Basada en técnicas cualitativas: observación participante, entrevistas, grupos de discusión...
- Etc.

Podemos afirmar con rotundidad que se trata de planteamientos simplistas y reduccionistas que limitan más que ayudan a la actividad investigadora. Rechazarlos no significa, antes al contrario, negar la especificidad propia de la mirada de las ciencias sociales ni de la metodología cualitativa, ni, tampoco, por supuesto, ceder a la costumbre histórica y muy arraigada de valorar la calidad de las investigaciones en ciencias sociales a partir de los presupuestos considerados propios de las ciencias naturales. Veamos con un poco más de detenimiento algunas de estas cuestiones, que iremos ampliando a lo largo el texto.

Para empezar, se ha dicho en muchas ocasiones que la metodología cuantitativa es propia de las ciencias puras o naturales, mientras que la cualitativa lo sería de las sociales o humanas. De la misma manera, algunas técnicas se asociarían más o serían más *propias* de ciertas disciplinas (por ejemplo, la encuesta en sociología o la observación participante en antropología), pero, como señala Jociles (1999):

«Hoy por hoy es difícil, por no decir imposible, asociar una técnica o un conjunto determinado de técnicas de investigación a una u otra disciplina social. Es cierto que solemos atribuir la encuesta estadística y los grupos de discusión a la sociología, la entrevista en profundidad a la psicología o –para enumerar un solo caso más– la observación participante a la antropología, tratándose a menudo de atribuciones que atienden a que tales técnicas se hayan practicado con mayor profusión en cada una de esas ciencias, a que en su seno se hayan cultivado sus características más sobresalientes, a que –debido a estas u otras razones– hayan servido como bandera o insignia de la identidad profesional de sus miembros o, lo que tampoco es infrecuente, al empleo de estereotipos y etiquetas que reproducimos miméticamente. Sin embargo, es evidente que la permeabilidad de las fronteras de las diferentes disciplinas no afecta únicamente a la circulación de conceptos, teorías o estrategias metodológicas, sino también al traspaso de técnicas de investigación, ya sea la biográfica, la producción/análisis de redes o, incluso, aquellas otras nombradas más atrás. Si ojeamos los trabajos que se han venido realizando en los últimos años (al igual que si nos fijamos en los efectuados en las primeras décadas de nuestro siglo), no se puede por menos que llegar a la conclusión de que las técnicas de investigación más que ser el terreno de la diferencia entre la antropología y, por ejemplo, la sociología o la historia, es un lugar de coincidencia, que su trasiego, más que una excepción, ha sido moneda corriente a lo largo de sus respectivos devenires históricos» (Jociles, 1999, pp. 1-2).

Se trata, en realidad, de una confusión (por igualación) entre metodología y paradigma disciplinar que no resulta correcta. Ninguna de las dos metodologías puede considerarse como propia, menos aún exclusiva, de una disciplina o agrupación de disciplinas, al contrario, y especialmente en el momento

actual, ambas metodologías se utilizan desde y con una amplia variedad de enfoques. Que esto se haga bajo o, más bien, a través de la mirada específica de cada una de las disciplinas, parece obvio (Jociles, 1999); que se haga con el rigor exigible ya es otra cosa, de la que hablaremos largo y tendido en estos materiales.

Por otra parte, conviene no perder de vista que ni el significado en sí mismo ni, menos todavía, las propuestas o maneras de trabajar hechas desde ambas perspectivas son algo estático, sino que ha ido variando a lo largo de los años, a veces de manera considerable. Insistamos una vez más en esto: la heterogeneidad de perspectivas (histórica pero también actual; entre las muy diferentes disciplinas que la emplean, pero también en cada una de ellas) no es algo propio ni exclusivo de la investigación cualitativa, sino que se da también en la cuantitativa. No obstante, es la primera la que en mayor medida se ha caracterizado históricamente por ser un campo de profundo debate tanto en lo que se refiere a su fundamentación teórica como en la aplicación práctica (Valles, 1997); y, aunque la profundidad del debate debería ser una buena noticia, su existencia (desde dentro y desde fuera) ha podido dejar un poso de desconfianza de la metodología cualitativa respecto de sí misma.

En el actual panorama investigador en ciencias sociales, los investigadores deberían superar las adhesiones ciegas y las defensas *chauvinistas* que entienden los métodos y las técnicas como propiedad o patrimonio en exclusiva de una disciplina. Es más, un buen investigador debería estar en condiciones de traspasar, con rigor y honestidad, las barreras que podría imponerle su propia disciplina si se entiende de manera aislada o cerrada, y adentrarse, en la medida de sus posibilidades, en las propuestas epistemológicas, metodológicas y técnicas que le ofrecen otras, más o menos afines en sus maneras de hacer y de mirar, cuando esto es conveniente o necesario para su trabajo. La complejidad de los procesos sociales requiere acercarse a ellos combinando miradas y técnicas diversas: así, las limitaciones de un método o una técnica pueden compensarse con otro y las potencialidades pueden amplificarse.

La metodología y las técnicas cualitativas y cuantitativas permiten usos complementarios y combinados que ofrecen a los investigadores mayores posibilidades de contemplar los fenómenos desde ángulos diferentes y construir, con ello, un conocimiento de calidad. La metodología y las técnicas concretas de investigación deben, por tanto, adaptarse a las necesidades que imprimen los fenómenos de estudio y a los objetivos, condiciones y posibilidades de cada investigación. En palabras de Jociles (1999), no hay buenas o malas técnicas de investigación sino una buena o mala elección y aplicación de técnicas para cada diseño concreto. San Román (2009), por su parte, comparte esta visión e insiste en la necesidad de una buena formación de los investigadores en la selección de las técnicas más adecuadas para cada caso:

«No existen técnicas “buenas” ni “malas” ni más o menos “etnográficas” por sí mismas. Cada técnica es un instrumento y como tal solo es útil para tratar ciertos problemas y es aplicable solo en ciertas condiciones. Las técnicas no son autónomas ni autosuficientes y su elección concreta y la articulación de unas y otras en esta segunda etapa depende de decisiones de diseño y estas solo pueden tomarse a partir del conocimiento del contexto y del marco teórico-etnográfico y metodológico construido. Especialmente, la aplicación de ciertas técnicas para la recogida de datos –como puede ser el caso de las entrevistas pautadas y las encuestas– supone el conocimiento previo del medio cultural y social que se va a investigar: para saber qué preguntar, cómo preguntar, dónde preguntar, a quién preguntar, qué puede esperarse que tenga sentido preguntar y responder en cada situación. De la misma forma, la aplicación de ciertas técnicas de análisis de los datos –como por ejemplo las estadísticas– solo puede cumplir su cometido si se conoce profundamente a los estudiados, los contextos y situaciones y si se comprende profundamente los significados de las propuestas hipotéticas y de los conceptos, las categorías y relaciones que están implicados en ellas» (San Román, 2009, p. 246).

Al hilo de lo anterior, otras de las diferencias que a menudo se esgrimen como irreconciliables hacen referencia a la supuesta incapacidad –casi alergia– de los investigadores cualitativos para emplear técnicas, métodos y estrategias de análisis cuantitativas, alergia que no solo no está justificada en modo alguno, sino que resulta contraproducente para el desarrollo de investigaciones en las que el objeto de estudio se aborde desde todas las perspectivas (y con todas las herramientas) necesarias para asegurar una adecuada comprensión.

Las diferencias de enfoque y de aplicación de técnicas e instrumentos se pueden soslayar si el investigador las conoce bien y sabe adaptarlas a la situación concreta. De nuevo, tomamos las palabras de Jociles (1999):

«Con todo, no niego que los antropólogos –al igual que otros científicos sociales– han mostrado a menudo un gran recelo frente a los instrumentos estandarizados de investigación, que constituyen un prerrequisito para la aplicación de buena parte de las técnicas cuantitativas, como las encuestas por cuestionario o los test psicológicos. Han alegado, por un lado, que tales instrumentos dan por supuestos prematuramente los modos en que los encuestados entienden los significados de las preguntas y, por otro lado, cuestionan que se pueda ofrecer como resultados de una investigación una serie de números descarnados (ya sean porcentajes, proporciones, tasas, índices de correlación o tablas de contingencias) que son incapaces de reflejar la estructura compleja y dialéctica de la realidad sociocultural. Sin embargo, estos argumentos, siendo ciertos, no pueden justificar que se abandone el interés por las técnicas cuantitativas y, en general, por la cuantificación. En primer lugar, porque no son escollos insalvables si se tiene en cuenta, como se ha repetido, que los etnógrafos los emplean en combinación con otras técnicas que brindan recursos para subsanar algunas de sus deficiencias. Y, en segundo lugar, porque, de no concederles un voto de confianza, nos privaríamos de la posibilidad de percibir una vertiente más, una faceta más, de los fenómenos investigados: la manera en que se distribuyen las variaciones en las costumbres y en los comportamientos verbales y no-verbales [...]. En cuanto a lo primero, una forma de hacer frente a la cuestión consiste –como es sabido– en no confeccionar los cuestionarios hasta después de haber realizado suficiente trabajo de campo como para asegurar su validez, esto es, hasta después de haber tenido una intensa interacción con los actores sociales, participando y observándolos en tantos ambientes como sea preciso; de tal manera que podamos no solo formular las preguntas a partir de sus propios marcos de significado, sino obtener claves culturales para comprender posteriormente sus respuestas, sus no-respuestas y/o la ambigüedad de las mismas» (Jociles, 1999, p. 14).

«[...] Es imperativo, entonces, interrogarse sobre qué preguntas creyeron contestar (o no contestaron) las diferentes categorías de personas, así como tratar de conocer, mediante las diferentes fuentes de información que brinda la etnografía, el *ethos* de género, lugar, profesión y/o clase social desde el cual se han reinterpretado. Así, los resultados de una encuesta, en lugar de presentarse como el colofón de un proceso de investigación, se convierten en el punto de partida de indagaciones sobre nuevos problemas que hay que comprender y/o explicar, y que, de no haberse producido aquellos datos, tal vez no se habrían detectado o no se habrían considerado relevantes» (Jociles, 1999, p. 14, las cursivas son suyas).

En la misma línea, otra de las críticas habituales se centraría en la supuesta imposibilidad (e incluso total desinterés) de la metodología cualitativa por el control de las variables y por la experimentación. Aunque si hay algo característico de este tipo de metodología es, como veremos con detenimiento en este texto, su vocación por el análisis de los fenómenos en los contextos naturales en los que estos tienen lugar, para algunos autores esto no significa, ni mucho menos, que se renuncie a la experimentación, por más que esta adquiriera características diferentes a la idea de experimento que solemos tener asociada a las ciencias naturales. San Román (2006) lo explica muy claramente y pone un ejemplo:

«Experimentar, en su sentido original más amplio, es poner a prueba controlando las variables en cuestión y otras que tendremos que tener presente que distorsionan la acción de las que hemos seleccionado, de manera, efectivamente, que podamos observar ciertos cambios que darán o que quitarán la razón a una idea sobre un fenómeno. Y esto ciertas disciplinas lo logran mediante manipulación y control directo y programado y otras mediante la observación de ese fenómeno en situaciones diferentes, de manera que las variables que nos interesa observar puedan estar presentes o no estarlo, en una medida o en otra, y que las variables que sometemos a control, porque queremos evitar que incidan, efectivamente permanezcan constantes espontáneamente, porque así se encuentran en la vida social de ese momento.

Tenemos amplia oportunidad de programar este tipo de observaciones. Por una parte, la búsqueda de situaciones adecuadas para este tipo de comparaciones y de observaciones en un segmento social suele ser más productiva de lo que suele pensarse. Un ejemplo puede ayudar: si decimos que la presencia e incidencia de ciertas iglesias protestantes está siendo especialmente fructífera en el control de la expansión del consumo y del tráfico de drogas a pequeña escala entre poblaciones marginadas de nuestra sociedad, evidentemente no se trata de inducir al consumo y al tráfico de drogas por parte de esa población ni de introducir subrepticamente esas iglesias y a esos pastores para ver si lo que sucede es lo que estábamos postulando. Ni es posible, ni es defendible ni es en absoluto necesario. Tampoco quien postula cuestiones sobre Marte juega con Marte y con sus características en un laboratorio sino que *envía allí* sus instrumentos de observación de condiciones espontáneas, consigue ir allí; si se quiere, hace un peculiar trabajo de campo. En nuestro ejemplo, tendríamos que buscar comunidades marginadas en las que hubiera tráfico y consumo de drogas, sin que ninguna iglesia protestante se hubiera introducido en ellas, y comparar estas con otras en las que posteriormente a la existencia del tráfico y consumo se hubiera hecho presente alguna o varias de esas iglesias, tendríamos que observar su trabajo en este problema y tendríamos que comparar sus resultados a este respecto frente a los resultados de las primeras. En ambos casos, previamente habríamos tenido que estudiar qué otros factores potencian o inhiben el tráfico y consumo de drogas entre los marginados. Si hemos concluido que no existen alternativas laborales contextualmente rentables, por ejemplo, esta –y la que fuera– variable tendría que permanecer estable en los dos tipos de casos, es decir, las alternativas laborales deberían ser las mismas y permanecer constantes durante el período estudiado y el período de observación. Lo mismo habría que hacer respecto a otras variables. Claro que podemos desconocer alguna o algunas que intervendrán y distorsionarán los hechos, sin duda; pero ni siempre ni en todo; por cuartos y por mitades, buscando la contrastación de nuestras ideas. Esta acción investigadora en sin lugar a dudas experimental, en el sentido original del término, aunque no comporte *manipulación experimental* alguna. Se trata, más bien, de buscar programada y sistemáticamente las condiciones idóneas para la contrastación, que se nos presentan espontáneamente si queremos mirar» (San Román, 2006, pp. 381-382, las cursivas son suyas).

Cabe hacer, ya para terminar esta primera introducción, una reflexión similar en cuanto a otra de las dicotomías presentadas como radicales que se mencionan en los párrafos anteriores: la limitación de la metodología cualitativa a las fases exploratorias de las investigaciones o a estudios prospectivos o piloto, al tiempo que se presenta la metodología cuantitativa como la única autorizada para la verificación de hipótesis y construcción de teoría. La investigación cualitativa, según esta visión, aportaría únicamente un conocimiento inicial

y exploratorio, que podría servir de base a la posterior investigación cuantitativa, orientada a la explicación y proposición de teorías. Se trata de una imagen doblemente errónea: por limitar la científicidad (ligada al positivismo y al análisis matemático y estadístico) a la metodología cuantitativa y, por obviar la capacidad de la cualitativa para construir hipótesis y teorías científicas. Verd y Lozares (2016) lo explican así:

«Esta oposición entre aproximaciones venía conjugada con la idea de que el enfoque cuantitativo era metodológicamente más riguroso, con lo cual, como mucho, los métodos cualitativos eran utilizados en fases preliminares o exploratorias de diseños de investigación en que el núcleo tenía un carácter exclusivamente cuantitativo. Esta oposición y a la vez subordinación venían reforzadas por el prestigio que la medición cuantitativa de los fenómenos sociales adquiere a partir de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, aunque las bases de este prestigio tienen su origen fundamentalmente en la imitación acrítica del proceder de las ciencias naturales y no tanto en la adecuación entre método y objeto (Cicourel, 2011/1964)» (Verd y Lozares, 2016, p. 24).

Autores como Valles (1997), citando a Alvira (1983), hablan de un replanteamiento de estas posturas desde los años setenta, a partir sobre todo de las aportaciones que desde la filosofía de la ciencia (con autores como Popper, Khun o Lakatos) trataban la complejidad de la verificación de hipótesis y señalaban el carácter histórico, político y social de cualquier paradigma científico, y, también, más recientemente, a partir de los avances en la medición de datos cualitativos.

No existe, entonces, eso que se ha dado en llamar *neutralidad científica*, en la medida en que la ciencia es una actividad humana y como tal está influida por el contexto social, económico, cultural, político e histórico en el que se produce. El contexto concreto en el que se plantea una investigación, el bagaje teórico, ético y personal del investigador y de quienes la encargan o financian tienen un impacto desde el mismo momento de elección del objeto de estudio hasta el tipo de mirada con el que se aborda.

La capacidad de la metodología cualitativa para acceder a las percepciones e interpretaciones de los sujetos y para la contextualización de los fenómenos, así como su especial atención al carácter multidimensional, dinámico y procesual de la realidad social la faculta sin ningún género de duda para establecer hipótesis sobre la complejidad de los fenómenos sociales. Verd y Lozares (2016) lo explican así:

«Sin embargo, si entendemos por “explicación” la descripción detallada de los mecanismos causales y no tanto la generación de leyes de carácter universal e intemporal, puede afirmarse perfectamente que la orientación cualitativa es también capaz de explicar los fenómenos estudiados. De hecho, las explicaciones de carácter cuantitativo que se ofrecen en las ciencias sociales se basan fundamentalmente en la correlación entre variables, y no tanto en el análisis de los procesos causales, debido a las dificultades de aplicación de los diseños experimentales a numerosas situaciones sociales. Tal como indican Miles y Huberman (1994), el enfoque cualitativo es capaz de abordar, mejor que el cuantitativo, las relaciones complejas que caracterizan los fenómenos sociales, manejando de modo adecuado la dimensión temporal (qué antecede a qué) y las conexiones entre las características de los sujetos y el desarrollo de acontecimientos y procesos» (Verd y Lozares, 2016, p. 29).

Así, nada inhabilita a la metodología cualitativa para la formulación de hipótesis, su contrastación, reformulación o refutación y para la construcción de teoría a partir de ellas. Al contrario, existe desde esta metodología una preocupación constante por la puesta a prueba continua de las hipótesis que plantea.

Continuemos.

1.2. Características generales de la metodología cualitativa

1.2.1. Perspectiva holista

El investigador cualitativo no pretende reducir la realidad a un conjunto más o menos acotado o limitado de variables, obviando el resto, sino que parte siempre de la consciencia de que la realidad que observa –sobre la que pretende investigar– es compleja, rica y dinámica.

Se dice, entonces, que uno de los rasgos principales de la investigación cualitativa consiste en adoptar una *perspectiva holista*: el investigador considera la realidad como un todo y trata de atender a la amplitud de hechos que la conforman y que se presentan ante él de manera articulada, sin reducirlos a conjuntos más o menos amplios de variables aisladas entre sí y del contexto.

Esta perspectiva holista, seña de identidad de disciplinas como la antropología, implica la atención a la multidimensionalidad de los fenómenos sociales, entendiéndolos como hechos complejos en los que participan multitud de variables interdependientes entre sí y que se relacionan, además, de manera dinámica y específica en cada contexto. En palabras de Verd y Lozares (2016):

«En los enfoques cualitativos se trabaja con un pequeño número de unidades (o incluso con una sola) con el objetivo de analizar un gran volumen de información para cada unidad seleccionada. Esta mayor información permite obtener una descripción rica de los hechos y fenómenos estudiados y, por lo tanto, un análisis detallado de los mecanismos y procesos causales que se sitúan en la base de dichos fenómenos. Por otro lado, el uso de formalizaciones no matemáticas, o simplemente el uso del lenguaje verbal como modo de recoger la información, consigue evitar las simplificaciones excesivas que en algunas ocasiones se producen en los abordajes cuantitativos, y a la vez facilita situar contextualmente los fenómenos estudiados y las unidades analizadas» (Verd y Lozares, 2016, p. 27).

1.2.2. Orientación a la comprensión de percepciones, relaciones y procesos

La metodología cualitativa centra sus esfuerzos en lograr la comprensión de los fenómenos sociales y de las representaciones, significados e interpretaciones de los sujetos respecto de su propia realidad, adoptando una perspectiva humanista y holista que no persigue la formulación de leyes universales basadas en la representatividad estadística de los datos recogidos sino la construcción de un conocimiento profundo y contextualizado de los fenómenos que se estudian (Taylor y Bogdan, 1987).

Se privilegia, por tanto, alcanzar la observación y comprensión *in situ* de los fenómenos y de lo que la realidad significa para sus protagonistas: sus percepciones, la elaboración de significados y conceptos sobre sus experiencias..., lo que se ha dado en llamar perspectiva *émic*. Y es importante señalar esto: se privilegian los significados propios de los sujetos, no solo del investigador, lo que obliga a este a ser capaz de dejar a un lado (en la medida de lo posible) sus propias creencias y preconcepciones para atender a las de los sujetos.

No significa esto, sin embargo, que la perspectiva del investigador se ignore, al contrario, su bagaje teórico y en el manejo de las técnicas, su capacidad de análisis de los datos, de formulación de hipótesis y teorías, su perspectiva *étic*, es fundamental, pero está al servicio de recoger, comprender e interpretar las significaciones y lógicas de comportamiento de los sujetos y contextualizarlas en el espacio y tiempo en el que tienen lugar. Pujadas (2004) lo explica así (aunque se refiere al trabajo del antropólogo, sus palabras son extrapolables a otros científicos sociales):

«Afirmar que hi ha teories nadiues de la realitat i/o presentar-les en les nostres monografies no significa necessàriament que l'antropòleg les hagi de fer seves i/o que, en fer això, acabi la responsabilitat de l'investigador, per descomptat. Al contrari, l'investigador té el dret o, millor, l'obligació de fer l'exercici interpretatiu que connecti l'univers descrit i presentat amb aquella mirada llunyana composta d'abstraccions i teories que constitueixen el seu discurs científic. El que sí que és bàsic, per a ser conseqüents amb les mateixes regles del mètode científic, és que les etnografies siguin tan explícites i contextualitzadores com sigui possible per tal que qualsevol lector estigui en condicions de fer la seva pròpia lectura o teorització dels elements presentats» (Pujadas, 2004, p. 310).

No podemos detenernos en el debate en torno a la idoneidad de los términos *émic* y *étic*. De manera muy resumida (quizá en exceso), podemos decir que, especialmente desde la antropología, donde los debates han sido más profundos, se entiende por dimensión *émic* el conjunto de percepciones, significados e interpretaciones que los miembros de un determinado grupo social tienen respecto a su realidad, mientras que el término *étic* haría referencia a la perspectiva respecto a esta elaborada por el investigador (el etnógrafo, habitualmente) a partir de la aplicación rigurosa de métodos y técnicas de investigación que le permiten acceder a estas significaciones de los sujetos.

Las ciencias sociales centrarían entonces su interés en ambas vertientes, tal y como defiende Pujadas (2004):

«Les ciències socials han pretès sovint aquesta aproximació objectivista a la realitat, tot creant models abstractes de representació social que giren l'esquena a la perspectiva *emic*, és a dir, al punt de vista que els actors socials tenen del seu entorn més immediat. Aquest punt de vista és fruit, tant de l'experiència vital, com dels valors tramesos culturalment.

L'etnografia té com a fita bàsica la recollida d'aquests testimonis subjectius, personals, sovint irreductibles a les abstraccions i a les generalitzacions de l'analista. És indubtable que la perspectiva analítica de l'investigador no és la perspectiva dels subjectes de l'acció social, però és indispensable incorporar a la perspectiva *etic* de la teoria social aquestes subjectivitats, aquests 'àtoms de realitat' que són el punt de partida per confegir uns models interpretatius de la societat amb la base empírica que ens proporcionen l'experiència i els punts de vista de la gent» (Pujadas, 2004, pp. 192-193, las cursivas son suyas).

Nota

A lo largo de estos materiales reproduciremos escritos de diferentes autores que, aunque directamente referidas a la disciplina desde la que trabajan (sobre todo, antropología y sociología) son aplicables a las reflexiones que estemos haciendo, en cada momento, sobre los métodos y técnicas cualitativas.

Lectura recomendada

Si estáis interesados en profundizar en este debate, os recomendamos el análisis detallado de:

A. González-Echevarría (2009). *La dicotomía emic/etic: historia de una confusión*. Barcelona: Anthropos.

Ahora bien, los trabajos cualitativos deben recoger las percepciones y conceptualizaciones de los sujetos y las lógicas inherentes a sus conductas, pero deben, también, ir más allá, aportando una comprensión del fenómeno en su contexto más ampliamente entendido y en sus relaciones con otros fenómenos, situaciones o instituciones socioculturales. Comprensión amplia y contextualizada que puede no estar (habitualmente no está, de hecho) al alcance de sus protagonistas pero que constituye la esencia del conocimiento científico. San Román (2006) lo plantea en los siguientes términos:

«[...] Pero, de hecho, si el antropólogo ha hecho bien su trabajo, su percepción del problema debería contar con la que la gente tiene, pero debería ser mejor que la de la gente. Tenemos que comprender pero no somos meros altavoces de los sujetos. En tal caso seríamos absolutamente innecesarios. Si el trabajo es serio, se habrá operado una intelección de la realidad que añade dimensiones que solo el análisis antropológico puede introducir. Por otro lado, la función crítica del antropólogo es clave, puesto que la visión de la gente no es ni inmutable ni verdadera. Por el contrario, cambia en múltiples direcciones y se resguarda tras múltiples imágenes y justificaciones, como la de todo el mundo. Y cambia especialmente en estos momentos en los que existe una intervención administrativa –o de una ONG o de ellos mismos– de envergadura en marcha, conforme se va añadiendo información, conforme van apareciendo dificultades, conforme se encuentran oportunidades, conforme se ensayan experiencias de todo tipo que antes no se conocían y ahora resultan estar abiertas. Calibra y ajusta constantemente sus intereses. Nunca el problema ni su percepción será igual de principio a fin, porque se trata de personas, como nosotros, que también cambiamos en estos mismos procesos. Mi preocupación es cerciorarme de que comprendemos, como antropólogos y antropólogas, de la mejor manera posible lo que la gente piensa y lo que le preocupa en cada momento, que construimos una etnografía potente; pero de ninguna manera podemos entronizar el pensamiento de la gente» (San Román, 2006, p. 390).

Dado este enfoque, parece claro que el lenguaje es el vehículo principal mediante el que se obtiene la información. A través del diálogo entre investigador y sujetos, en el marco de las diferentes técnicas de investigación, se obtiene un discurso que no se produce en el *aire* ni en un escenario artificial o de laboratorio, sino que se enmarca en el contexto en el que tiene lugar la vida cotidiana de las personas y la relación que se establece entre ellas y el investigador. Pujadas (2004) nos dice:

«Les ciències socials sovint han derivat, seguint en bona part el model de les ciències naturals, cap a un objectivisme que les condueix a la formulació de proposicions generals sobre la persona i la societat que no tenen en compte l'experiència concreta i subjectiva de les persones del seu propi entorn social. Però es innegable que els sistemes socioculturals estan constituïts, entre d'altres factors, per les experiències conscients i inconscients dels seus actors socials, que poden explicar-se mitjançant els processos cognitius i la relació interactiva recíproca» (Pujadas, 2004, p. 192).

Debemos, por tanto, como investigadores, ser muy prudentes y no caer en una trampa en la que se basan ciertas críticas a la metodología cualitativa y las disciplinas que la emplean preferentemente: se persigue la comprensión y la descripción de los fenómenos, pero ni mucho menos solo esto. El énfasis en la *descripción* rigurosa, basada en una *comprensión* contextualizada y profunda de los fenómenos socioculturales, es un paso imprescindible para ir más allá, hacia el esfuerzo por la *explicación* de estos fenómenos. San Román (1984) lo dice con contundencia:

«D'altra banda, no entenc que la descripció sigui una finalitat, sinó més aviat un mitjà per a plantejar-se preguntes i donar explicacions.

Soc conscient que en el meu propi treball sobre els gitanos hi ha incomparablement més de descripció que d'explicació. Però això no vol dir que entengui la descripció com a resultat final de la tasca de l'antropòleg. No més una d'elles, i necessària per a cert tipus d'explicacions» (San Román, 1984, p. 122).

1.2.3. Atención al contexto

De manera coherente con lo que acabamos de señalar, y en contra de lo que se puede interpretar desde posiciones que minusvaloran o simplemente simplifican la metodología cualitativa, la búsqueda de comprensión sobre los fenómenos de estudio se hace en contexto, es decir, se busca la comprensión de los fenómenos que se observan y de las percepciones, significados y experiencias de los sujetos en un contexto político, económico, social, cultural e histórico determinados que dan marco y sentido a estas significaciones. El objetivo no es, en definitiva, alcanzar *la verdad*, sino una comprensión contextualizada de los fenómenos sociales.

Pero, lógicamente, no podemos aspirar a observar la totalidad de una cultura o sociedad, no podemos aspirar a observarlo *todo* y a comprenderlo *todo* y a elaborar hipótesis y generalizaciones sobre *todo*. Es, sencillamente, imposible. Para cualquier disciplina y para cualquier metodología. A lo que sí podemos (debemos) aspirar es a construir un conocimiento profundo de una determinada realidad sociocultural en un momento determinado y en una población determinada, atendiendo al máximo número posible de variables y procesos que, de distintas maneras, intervienen en la conformación de los fenómenos socioculturales.

1.2.4. Representatividad teórica

Otro de los rasgos característicos de la metodología cualitativa es que no pretende la representatividad estadística de las muestras con las que trabaja ni de los resultados que obtiene. Es decir, no persigue la significación estadística sino teórica.

Esta característica ha sido señalada como uno de los grandes déficits de la metodología cualitativa, que, para algunos, la aleja de la cientificidad. No obstante, la respuesta a esta crítica es sencilla: por una parte, la representatividad estadística de las muestras dista mucho de garantizar siempre la solidez de los planteamientos de una investigación y de sus resultados; por otra, la orientación en metodología cualitativa se centra, volvemos a insistir una vez más, en adquirir un conocimiento riguroso, sistemático, profundo y contextualizado, es decir, teórico, no estadístico ni estandarizado, que ayude a la comprensión de la realidad. En palabras de Taylor y Bogdan (1987):

«[Los métodos cualitativos] Están destinados a asegurar un estrecho ajuste entre los datos y lo que la gente realmente dice y hace. Observando a las personas en su vida cotidiana, escuchándolas hablar sobre lo que tienen en mente, y viendo los documentos que producen, el investigador cualitativo obtiene un conocimiento directo de la vida social, no filtrado por conceptos definiciones operacionales y escalas clasificatorias.

[...]

Esto no significa decir que a los investigadores cualitativos no les preocupa la precisión de sus datos. Un estudio cualitativo no es un análisis impresionista, informal, basado en una mirada superficial a un escenario o a personas. Es una pieza de investigación sistemática conducida con procedimientos rigurosos, aunque no necesariamente estandarizados» (Taylor y Bogdan, 1987, pp. 21-22).

Otra crítica frecuente que merece la pena traer aquí es que la ausencia de significación estadística limitaría la capacidad de generalización de los resultados. Respecto a esto, aparte de recordar lo dicho en el párrafo anterior sobre que la representatividad estadística no va asociada necesariamente al rigor, ni conduce de antemano a la formulación de leyes universales (aunque este haya sido un mantra de ciertos defensores del enfoque de corte más positivista), cabe añadir, una vez más y no será la última, que es obvio que no es la de la generalización universal una de las pretensiones del investigador cualitativo, sino la profundización en la comprensión contextualizada de los hechos sociales. En otras palabras:

«Small (2009) añade que, de hecho, no tiene ningún sentido buscar la representatividad estadística, sencillamente porque ello implica jugar con las reglas de la investigación cuantitativa: trabajar con muestras suficientemente grandes como para poder desarrollar inferencias estadísticas. Una muestra que tuviese un tamaño estadísticamente representativo iría en la dirección contraria de lo que se busca en investigación cualitativa: información intensiva (detallada, profunda) relativa a un número pequeño de unidades, orientada a conocer las representaciones, el sentido de las acciones, los intercambios cognitivos, los procesos interactivos, etc.» (Verd y Lozares, 2016, p. 114).

Ahora bien, cabe aclarar dos cuestiones que a menudo mueven a error. La primera es que el hecho de que no se persiga significación estadística no significa que no puedan utilizarse, en el contexto de una investigación cualitativa y de manera articulada con técnicas típicamente cualitativas, alguna técnica cuantitativa, como la encuesta. La segunda, que la ausencia de significación estadística tampoco implica necesariamente que, bajo ciertas condiciones, no puedan realizarse algunas generalizaciones.

El muestreo cualitativo tiene características que lo diferencian del cuantitativo, por lo que es importante que nos detengamos un momento (unas páginas) en este punto. En líneas generales, el muestreo cualitativo se establece en función de dos grandes tipos de criterios:

a) Criterios teóricos

Sabemos ya que a diferencia del muestreo cuantitativo, en el cualitativo no hablaremos de afijación, estratos, cuotas, nivel de confianza, etc., sino que pretende que la muestra sea significativa desde el punto de vista social, que sea representativa para el fenómeno que se pretende estudiar en el contexto (espacial, social, cultural, temporal...) en el que este se da. Ahora bien, es im-

portante insistir en que el hecho de que no estemos ante el cálculo estadístico del tamaño de una muestra y de los estratos y número de sujetos que la constituyen no significa, ni muchísimo menos, que se trate de un muestreo improvisado, falta de rigor o dejado al azar o la coyuntura.

Al contrario, el muestreo cualitativo es *intencional* o *estratégico*: desde el conocimiento del investigador sobre el contexto y el fenómeno de estudio (a partir de su experiencia previa, de la lectura de bibliografía o la obtenida a medida que avanza esta investigación en concreto y mejoran sus conocimientos), este elige de manera orientada y fundamentada (siguiendo, entonces, criterios teóricos) los lugares y personas que le interesan para formar parte de su muestra, aquellos que reúnen las características que sabe (que va sabiendo, en realidad) que le permiten acercarse al tema que investiga y que le pueden proporcionar información útil y veraz (San Román, 2006, 2009). Puede así construir una muestra con la adecuada representación de contextos, escenarios y sujetos, que garantice, al mismo tiempo, su heterogeneidad y representatividad respecto a la población de estudio.

Para ejemplificar esto tomaremos esta cita de Valles (1997, pp. 92-93), traducida, del libro clásico de Glaser y Strauss (1967) sobre las decisiones muestrales en un estudio sobre las condiciones de la muerte en hospitales:

«Las visitas a los diversos servicios médicos se programaron como sigue: Primero quería observar los servicios donde la conciencia del paciente fuera mínima (y así observé primero un servicio de nacimientos prematuros y luego un departamento de neurocirugía donde los pacientes solían estar en coma). Luego quise observar la muerte en una situación donde la expectación del personal y a menudo de los pacientes fuese alta y morir rápido, así que observé una Unidad de Cuidados Intensivos. Después quise observar un servicio donde las expectativas del personal sobre la terminalidad fuese grande... y donde morir tendiese a ser lento. De modo que observé a continuación un servicio de oncología. Luego observé las condiciones donde la muerte era inesperada y rápida, y así observé un servicio de urgencias. Mientras observábamos los diferentes tipos de servicios mencionados, también hicimos lo propio en otros tipos de hospitales. De modo que nuestra programación de tipos de servicios fue dirigida por un esquema conceptual general – que incluía hipótesis sobre la conciencia, expectación y rapidez de muerte– así como por una estructura conceptual en desarrollo que incluía aspectos no apreciados al principio. A veces volvíamos a los servicios después de las dos, tres o cuatro semanas iniciales de continua observación, para comprobar aspectos que necesitaban revisarse o que habían sido pasados por alto en el período inicial» (Glaser y Strauss, 1967, p. 59; citado en Valles, 1997, p. 93; la traducción es suya).

Es decir, los autores manejan criterios teóricos (la rapidez de la muerte y el grado de conciencia del paciente) y con ellos elaboran una tipología de lugares de observación que les permita acceder a datos significativos para el fenómeno de estudio.

El muestreo cualitativo es, además, de manera coherente con lo anterior, *secuencial o progresivo*, es decir, en investigación cualitativa el número y tipo de contextos, de escenarios y de sujetos que se utilizarán, en total y para cada técnica, no está prefijado de antemano, sino que se establece de manera progresiva:

- A medida que se incrementan los conocimientos sobre el contexto y los fenómenos de estudio.
- A medida que se conoce mejor la tipología de perfiles y circunstancias y mejora la relación con los sujetos, de forma que se sabe con mayor seguridad quiénes (y cómo) son aquellos individuos que pueden proporcionar más y mejor información sobre los fenómenos en general y cada aspecto en particular.
- A medida que se trata de garantizar la heterogeneidad de la muestra: en la que todos los contextos, escenarios y perfiles de sujetos que son pertinentes estén representados.
- A medida que se trata de garantizar, también, la densidad de la información: en la que el peso de cada perfil esté adecuadamente representado, no desde un punto de vista estadístico, sino de acuerdo con su significación social.

Se trata, por tanto, de un muestreo en continua revisión, entendido como *provisional* a lo largo de todo el proceso de toma de datos y análisis paulatino: de manera continua se revisan las decisiones muestrales, se consideran perfiles, características y puntos de vista, se valora la significación de cada información en el marco de la técnica concreta y de la investigación en su conjunto, y no se da por cerrado hasta que la fase de campo y análisis está terminada. De esta manera, la cantidad y la calidad deben ir de la mano. Verd y Lozares (2016) lo explican breve y claramente:

«Más que preocuparnos obsesivamente por el número de unidades, deberíamos hacerlo por la calidad informativa de las unidades elegidas y juzgar en función de ello» (Verd y Lozares, 2016, p. 133).

La estrategia más habitual para avanzar en el muestreo de manera paulatina se conoce como *bola de nieve*: consiste en pedir a los informantes o sujetos seleccionados para las diferentes técnicas (o simplemente conocidos durante la investigación) que nos indiquen otros sujetos con los que poder hablar, proporcionando, siempre que sea posible, su contacto. Se trata de un procedimiento con indudables ventajas, en la medida en la que la muestra se va construyendo de manera paulatina y con criterios de significación teórica, según avanza la investigación; no obstante, también tiene riesgos evidentes, como, por ejem-

Ejemplo de investigación cualitativa

Valles (2002, pp. 69-70) muestra un ejemplo de una investigación suya (Cea y Valles, 1990) sobre cohabitación en viviendas en Madrid en la que el conocimiento de la población se obtiene de una investigación cualitativa previa y la explotación de datos del padrón. Esta información se utiliza para elaborar una tipología de sujetos a los que se entrevistará.

plo, la sobrerrepresentación de algunos perfiles y la infrarrepresentación de otros, por lo que es una estrategia que requiere una revisión continua de los perfiles a los que se va accediendo.

Finalmente, el muestreo cualitativo se cierra por *saturación*, es decir, la muestra se cierra en el momento en el que el investigador es consciente de que añadir nuevos lugares o sujetos no aporta ya datos nuevos.

«Simplificando, el llamado "punto de saturación teórica" se alcanza cuando la información recogida resulta sobrada en relación con los objetivos de investigación. Esto es, nuevas entrevistas (o, en su caso, nuevas observaciones o documentos) no añaden nada relevante a lo conocido» (Valles, 2002, p. 68).

b) Criterios prácticos

De manera inevitable, los criterios teóricos deberán combinarse con los prácticos. En otras palabras, todo muestreo estará limitado por factores como la posibilidad de contacto real con los sujetos, su accesibilidad (medios de transporte, grado de colaboración...) y la disponibilidad de tiempo y recursos (económicos, materiales, humanos...) de la investigación.

De hecho, suele decirse que el muestreo cualitativo es un equilibrio entre las necesidades y las posibilidades, entre la heterogeneidad (de los informantes, de la información) y la economía (presupuesto, tiempo...).

No podemos dejar de mencionar, también, que existen, cada vez con mayor frecuencia, investigaciones que optan por una metodología mixta, cualitativa y cuantitativa, en las que los diseños son menos emergentes y los muestreos tienen ciertos tintes cuantitativos, combinándose, en diversas formas y grados, los criterios de representatividad teórica y estadística. Puede darse, por ejemplo, una selección intencional de escenarios de investigación y, en cada uno de ellos, una selección de casos con criterios estadísticos, o al revés.

1.2.5. Papel destacado del investigador

Mientras que en muchas orientaciones de corte cuantitativo y positivista se ha abogado por una distancia tan aséptica como imposible entre el investigador y su objeto de estudio con el fin de evitar que este se vea influenciado por sus presupuestos, aspiraciones o prejuicios, en metodología cualitativa, la interacción no solo no se evita sino que constituye un rasgo central del proceder del investigador. En palabras de Verd y Lozares (2016):

Muestreo cualitativo

Este tipo de muestreo ha recibido diversos nombres: flexible, continuo, progresivo, emergente, iterativo... (Valles, 1997, 2002).

En el capítulo 3.2 de Valles (1997) encontraréis ejemplos reales de investigación en los que se reflexiona sobre esta necesidad de equilibrar criterios teóricos y prácticos.

«La “pureza” de la supuesta distancia epistemológica cuantitativa conlleva que la persona investigadora contemple al sujeto o grupos sociales como un objeto de contabilidad, aleatorio en su elección, y localizado en un atributo o valor de una variable. Por el contrario, una visión cualitativa contempla al sujeto o grupos sociales como actores de la acción e interacción, como sujetos de estrategias y significados que los agentes dan a sus acciones. Ello implica que en toda investigación cualitativa sea siempre necesario un cierto grado de inmersión de la persona investigadora en la realidad social estudiada, y que su presencia tenga que ser flexible, controlada y acordada. Puesto que esta intrusión puede alterar el contenido que se investiga, la persona investigadora ha de ser “experta” en establecer –y al mismo tiempo no pasar– los umbrales de una interacción que podría modificar los hechos observados. Esta interacción supone también la exigencia de examinar crítica y reflexivamente los efectos que su intervención puede tener sobre los propios sujetos investigados, tanto durante la presencia sobre el terreno como una vez que esta ha finalizado» (Verd y Lozares, 2016, p. 28).

Las distintas disciplinas y orientaciones teóricas que han utilizado la metodología cualitativa han llenado páginas con reflexiones sobre hasta qué punto el investigador influye en la elaboración del discurso por parte del sujeto, hasta qué punto puede y debe hacerlo y si es posible evitarlo; también, hasta qué punto las propias características del investigador (personales, éticas, de formación...) influyen en su mirada, comprensión, descripción y explicación sobre los fenómenos. Debe decirse, sin ánimo de ofender, que el debate sobre las cuestiones éticas de la investigación cualitativa, especialmente, pero no solo, en lo que se refiere a la posterior aplicación de sus resultados, ha sido mucho más intenso que en el lado cuantitativo. De nuevo, la profundidad del debate puede haber contribuido a una imagen de debilidad (cualitativa) frente a fortaleza o rigor (cuantitativo) que no se corresponde con la realidad.

Destacan, en este tema, los trabajos realizados desde la antropología: autores como Geertz (1973) han reflexionado ampliamente respecto a la dificultad para acceder de manera directa, no sesgada, sino *objetiva* a las experiencias de los sujetos y la necesidad de tener en cuenta que el investigador realiza una *interpretación de las interpretaciones* de estos a sus propias realidades. Una cita de Guasch (2002) nos puede ayudar a reflexionar sobre esto:

«Observar es también una clase de mirada. Es un acto de voluntad consciente que selecciona una zona de la realidad para ver algo. Pero la mirada que observa no es vigía, centinela o carcelero. El ojo que observa busca en el entorno pero no prescinde de él. Así miran las ciencias sociales: teniendo en cuenta el contexto, sin compartimentalizar ni dividir lo real. Allí donde la mirada clínica y el ojo policial detectan solamente un punto o un trazo, las ciencias sociales toman perspectiva para ver también el cuadro en su conjunto. Solo así comprenden las razones de la huella del pincel. Sin embargo, como el resto de las miradas, la mirada de las ciencias sociales suele emplear una atalaya: un punto elevado desde el cual observar. La distancia es el instrumento usual al que recurren las ciencias sociales para mirar lo real. En sociología, a menudo se trata de una distancia construida a través de la encuesta y la estadística lo que permite a quien mira escribir invocando lo objetivo. Pese a que la mirada nunca es objetiva, la sociología pretende suprimir con demasiada frecuencia los matices subjetivos presentes en los ojos que miran» (Guasch, 2002, p. 10).

El investigador cualitativo, por tanto, no estudia los fenómenos que le interesan de manera distante, sino que intenta siempre interactuar con los sujetos en el contexto en el que tienen lugar, de manera natural, estos fenómenos, relacionándose con ellos de manera intensa y prolongada. Es consciente, por tanto, que su simple presencia en los escenarios de investigación tiene un impacto en el entorno y en los sujetos. Así:

«Los efectos derivados de la sola presencia del investigador (*efecto Hawthorne*), de la distancia entre lo observado y las experiencias y/u observaciones anteriores producidas por él (*efecto de congruencia o de contraste*), o la atención debida a las manifestaciones más intensas y esperadas, en detrimento de las restantes manifestaciones observadas, y las rupturas de la actividad, etc. (*efecto concentración*), son sesgos que se deben en mayor o menor medida a la formación del observador, y su manera de estar o moverse por la investigación» (Gutiérrez, 2008, p. 45, las cursivas son suyas).

Eliminar por completo esta influencia es, como también parece obvio, imposible, incluso para la supuestamente aséptica investigación cuantitativa en las llamadas ciencias puras. En palabras de Gutiérrez (2008, p. 45): «No hay observación *in absentia* o *in efigie*».

Como parece lógico, el esfuerzo del investigador cualitativo irá orientado a lograr que su influencia se reduzca al mínimo, evitando, en la medida de lo posible, la distorsión de las situaciones de campo y de las conductas u opiniones de los sujetos (Gutiérrez, 2008). Y, aunque no existen fórmulas mágicas, sí conviene señalar algunas claves para conseguir esto. En primer lugar, el investigador debe ser consciente de estos efectos, tratar de comprender a qué se deben, cómo discurren y cómo influyen en los datos que obtiene y en las hipótesis que formula. Es necesario que reconozca y tenga continuamente presente durante la investigación que su simple presencia, más cuanto más evidente e invasiva, modifica el escenario y las conductas y discursos de las personas, y que mantenga una permanente actitud de evaluación crítica de su posición en el campo, de sus actitudes hacia el entorno y los sujetos, de la orientación de sus observaciones, de la procedencia de sus interpretaciones, etc. Esta reflexión permanente le permitirá estar atento a los sesgos. San Román (1984) apela a la autocrítica constante refiriéndose al ejercicio del trabajo de campo antropología:

«Anem per parts. Se'ns ha donat pressa perquè anem al treball de camp lliures de pols i palla, relativament sense prejudicis, buits de supòsits, i que les nostres construccions sorgeixin de les dades, només de les dades. I això és, ho sabem tots, impossible. Les proposicions i els supòsits estan aquí, operant sobre les dades amb la mateixa força que qualsevol construcció supraempírica, però sense la crítica a que es sotmeten els models. Freqüentment nascuts de la nostra experiència en altres camps diferents al que pretenem estudiar, moltes vegades nascuts d'intuïcions, és necessari treure'ls a la llum, sotmetre'ls a crítica. [...] Vaig pensar en els estudiants als quals s'anima a llençar-se al camp com a 'entrenament'. En mi mateixa, quan vaig començar el treball amb gitanos. Som molts els qui ens hem posat en un treball de camp sense pensar, sense una consciència de molts supòsits, sense una crítica rigorosa prèvia. Dono per suposat que no és possible partir de zero en iniciar un treball de camp, però també que és impossible explicar tots els supòsits. No obstant això, l'intent ens pot apropar a reduir l'error en gran mesura» (San Román, 1984, pp. 129-130).

La sensibilidad al entorno y empatía ayudarán también al investigador a establecer relaciones no intrusivas y respetuosas y, por tanto, menos disruptivas respecto al entorno y la conducta de los sujetos.

Además de estas cualidades y, también, de las exigibles a cualquier investigador desde cualquier perspectiva y campo (honestidad, ética, curiosidad, humildad, pasión, paciencia, meticulosidad, buena formación teórica y técnica...), en el investigador cualitativo son necesarias otras características: equilibrio personal, flexibilidad, creatividad, habilidades interpersonales y de comunicación

verbal y escrita. Profundizaremos en todas ellas en los siguientes módulos de la asignatura, al hablar de las diferentes técnicas de investigación; aquí solo un apunte más: no debe confundirse el papel destacado del investigador y la importancia de sus características personales con la falta de rigor, la improvisación o la *idea feliz*. A menudo se ha dicho que la investigación cualitativa es casi un arte, pero se trata de una afirmación que lo que hace, de manera más o menos intencionada, es alejarla de la cientificidad, algo que no está justificado ni es tolerable.

1.2.6. Diseños de investigación flexibles y emergentes

Una de las grandes diferencias entre los diseños cuantitativos y cualitativos de investigación es que estos últimos se definen como flexibles y emergentes (Taylor y Bogdan, 1987; Valles, 1997; Verd y Lozares, 2016). Es decir, mientras que en investigación cuantitativa los diseños de investigación constituyen protocolos cerrados, definidos en su totalidad de manera previa a la recogida de datos y que deben permanecer inmutables a lo largo de la investigación, en la metodología típicamente cualitativa los proyectos no se cierran ni antes ni durante la realización de la investigación, sino que, partiendo de un diseño previo (sólido y fundamentado en los conocimientos de los que disponen los investigadores), continúan construyéndose (*emergen*) paso a paso a medida que se obtienen y se analizan los datos. En palabras de Verd y Lozares (2016):

«La investigación cuantitativa sigue un procedimiento rígido y unidireccional, se trate o no de un diseño experimental. Una vez tomadas las decisiones del diseño, resulta imposible, o enormemente costoso, modificar el procedimiento de obtención de los datos o su análisis. De hecho, el “rediseño” en una investigación cuantitativa supone volver al punto de partida y empezar prácticamente de nuevo con todas las fases de la investigación.

En cambio, la investigación cualitativa recoge la información, observada o discursiva, en situación, y la analiza e interpreta en un proceso que a menudo es recurrente y retroalimentado de modo circular. Ello posibilita la revisión, la acumulación y, en su caso, la reorientación para llegar a criterios aceptables de validación en todas las fases de la investigación. Este proceso retroalimentado puede ser más abierto e intenso al comienzo de la investigación, y más relajado y cerrado al final. Un resultado ya adquirido en una primera instancia puede ser a su vez una información para orientar, reorientar o modificar la siguiente fase de la investigación» (Verd y Lozares, 2016, pp. 29-30).

Este carácter flexible y dinámico afecta a diferentes aspectos del diseño: puede implicar modificar el cronograma de la investigación, añadir alguna técnica de investigación no contemplada inicialmente o, al contrario, no implementar otra que sí estaba prevista, variar el contenido de alguno de los instrumentos elaborados para cada técnica (guiones de entrevista o de grupos de discusión, por ejemplo), ampliar o modificar los escenarios o sujetos con los que se trabaja, las referencias bibliográficas y teóricas, etc. El investigador cualitativo, en definitiva, toma decisiones relativas al diseño de su estudio desde el comienzo al final del mismo.

Esto no significa, por supuesto, que no exista un diseño previo al comienzo de la investigación, ni que este sea ni mucho menos improvisado o descuidado. Para ser rigurosas, las investigaciones cualitativas, como las cuantitativas, deben partir de unas preguntas de investigación y objetivos claros y bien es-

tablecidos. Se debe, asimismo, explicitar la manera en la que se pretende alcanzar estos objetivos, proponiendo unas técnicas y una temporización. Que una vez en el campo las preguntas o las técnicas puedan ampliarse o modificarse no significa en absoluto que el investigador se lance a él sin hipótesis o conocimientos previos y, sobre todo, sin una pauta de lo que quiere hacer y cómo quiere hacerlo. Whyte (1955), autor de una célebre etnografía en barrios urbanos de Chicago, *Street corner society*, lo explica de la siguiente manera:

«Estaba explorando territorio desconocido. Peor que desconocido, ciertamente, pues la literatura existente entonces sobre los barrios bajos era muy desorientadora. Habría sido imposible planear al principio la clase de estudio en la que finalmente me vi envuelto. Este no es un argumento contra la planificación inicial de la investigación. Si su estudio surge de un cuerpo de investigación realizada con acierto, entonces el estudiante puede y debería planear mucho más rigurosamente de lo que yo lo hice. Pero, incluso así, sospecho que pasará por alto datos importantes a menos que sea lo suficientemente flexible como para modificar sus planes conforme vaya avanzando. La aparente “tangente” a menudo se convierte en la línea principal de investigación futura» (Whyte, 1955, p. 357; tomado de la traducción realizada por Valles, 1997, pp. 76-77).

Debe puntualizarse, sin embargo, para no malinterpretar las afirmaciones de Whyte, que el carácter flexible y emergente, siendo crucial para la investigación de fenómenos poco conocidos o, también, en estudios exploratorios, no se limita a estas situaciones sino que, a diferentes niveles o con diferentes grados, caracteriza a toda investigación cualitativa que se interesa por algo tan dinámico y complejo como la realidad humana. Así, aunque el investigador conozca bien el tema sobre el que va a trabajar, aunque haya leído o incluso investigado sobre él, debe permanecer abierto a la posibilidad de cambios, de nuevos datos y matices que le obligarán, si quiere captarlos, a estudiarlo huyendo de protocolos rígidos y estáticos. Los científicos sociales no podemos presuponer *a priori* y de manera inflexible cuáles serán las condiciones en las que tendrá lugar la relación con los sujetos, cómo se desarrollarán los fenómenos a lo largo del tiempo que dure nuestra investigación, ni cómo se habrán desarrollado desde que otros hicieron las suyas (que conocemos y hemos leído), ni tampoco cómo estos fenómenos tendrán lugar en un contexto geográfico y sociocultural concreto y con unos sujetos determinados. La actitud abierta y flexible, humilde y creativa, es fundamental para que nuestro diseño se adapte a la realidad y no al revés.

No obstante, hay que reconocer que la reflexión del párrafo anterior es criticada por investigadores cualitativos próximos al polo cuantitativo que reclaman la posibilidad de diseños más cerrados o pautados (Miles y Huberman, 1994) alegando, por una parte, que el investigador raramente carece de conocimientos o hipótesis sobre la realidad que observa y, por otra, que en el contexto investigador actual la premura con la que se exigen resultados dificulta el planteamiento de diseños muy abiertos. A la primera consideración podría responderse que, efectivamente, los investigadores parten habitualmente de la lectura de material bibliográfico sobre el tema o pueden tener experiencia en el mismo, pero esto no significa, lo hemos dicho ya, que la realidad permanezca inmutable (respecto a anteriores investigaciones), ni que sea homogénea (respecto a investigaciones en otros contextos sobre el mismo tema) ni,

tampoco, que las hipótesis científicas estén *escritas en piedra*, sino todo lo contrario. Respecto a la segunda consideración, no puede negarse que el contexto investigador actual no favorece, ni mucho menos, la realización de investigaciones con todas las garantías de tiempo y recursos que sería deseable (científicamente deseable) y que el investigador se encuentra continuamente ante la necesidad de equilibrar necesidades y posibilidades, pero ante esto lo que no puede caber, en ningún caso, es pretender limitar artificialmente la comprensión de la realidad. Así, según Verd y Lozares (2016), nos moveríamos en un *continuum* delimitado por una posición *purista*, que defiende que los diseños deben ser claramente emergentes, y otra *pragmática*, que no descartaría el uso de diseños más próximos, en diferentes grados, al polo cuantitativo:

«La primera opción [purista] plantea que el modelo de desarrollo de una investigación cualitativa, y por lo tanto también las características de su diseño, se sitúa en el polo opuesto del proceso que se desarrolla en una investigación cuantitativa. La investigación cualitativa tendría por definición un diseño *emergente*, en que todas las decisiones se toman una vez sobre el terreno, en función del desarrollo y ritmos particulares de la investigación. Solamente en este modo se podría respetar la flexibilidad y apertura al sujeto inherentes a la investigación cualitativa. En cambio, en una investigación cuantitativa el proceso de investigación, y también su diseño, serían totalmente cerrados, sin resquicios para lo inesperado o las aportaciones eventuales de los sujetos investigados. Este posicionamiento redundante en la rigidez que suponen las divisiones paradigmáticas asociando la investigación cualitativa a la lógica y procesos inductivos o abductivos, y la cuantitativa a la lógica deductiva.

La postura pragmática defiende, al contrario, que el desarrollo de una investigación dependerá mucho más de la pregunta de investigación y la concepción teórica y metodológica que mejor se adapte a ella, y no tanto de un supuesto posicionamiento rígidamente paradigmático (cuantitativo o cualitativo) adoptado por la persona investigadora. [...] En nuestra opinión, más que oponer los diseños emergentes a los diseños cerrados situándolos en paradigmas diferentes, habría que contemplarlos como extremos de un continuo en que es posible identificar posiciones intermedias [...]. Así a lo largo del continuo podrían situarse diseños que se diferencian progresivamente, con planteamientos y posturas intermedias. Esta gradación se entendería mejor si se introduce la noción de diseño *proyectado*, entendido como aquel en que antes de empezar el trabajo sobre el terreno se anticipan un conjunto de decisiones sobre la fase empírica de la investigación, como por ejemplo la naturaleza de la muestra que se utilizará o las características de las unidades de información. Estas decisiones tomadas con anticipación pueden ser cerradas, es decir, inamovibles, como suele pasar en las investigaciones cuantitativas (aunque no en todas) o flexibles, es decir, susceptibles de ser modificadas una vez iniciado el trabajo de campo, como es habitual en la mayoría de investigaciones cualitativas» (Verd y Lozares, 2016, p. 66, las cursivas son suyas).

Sin pretender ahondar en absoluto en el debate, nos adherimos, como veréis en las páginas de este texto, a un modelo de diseño fundamentalmente emergente en el que el investigador llega al campo con un bagaje teórico y una serie de hipótesis que lo han orientado pero, al mismo tiempo, con un planteamiento claramente flexible y adaptable a las circunstancias que van surgiendo a lo largo del proceso investigador.

1.2.7. Perspectiva abductiva

Para entender este apartado, necesitamos repasar brevemente algunos conceptos básicos referidos a la relación entre la teoría y los datos empíricos obtenidos en una investigación. Podemos, respecto a esto, diferenciar tres tipos de perspectivas (Verd y Lozares, 2016):

a) Deducción

En las perspectivas deductivas o hipotético-deductivas, la teoría precede a la obtención de datos empíricos, que son recogidos, precisamente, con la finalidad de validar o no las hipótesis y supuestos teóricos elaborados antes de la recogida de los datos. En otras palabras, la teoría está definida antes de empezar el trabajo de campo y guía la formulación de las preguntas de investigación y la construcción del objeto de estudio; las hipótesis y teorías sobre este se validan, después, comprobando su adecuación o no a los datos empíricos.

La principal crítica a este modelo señala que el esquema investigador deductivo llevaría a perder o limitar dos de las principales potencialidades de la metodología cualitativa: una, la de ser capaz de permitir el surgimiento de datos no previstos o nuevas líneas de investigación (ya que, al menos en las posturas deductivas más estrictas, los datos que no sirven para la validación de hipótesis no se tienen en cuenta); otra, la de ser capaz de mostrar fielmente la realidad social, con sus procesos, cambios e interacciones concretos.

b) Inducción

En la perspectiva inductivista la teoría se elabora después del análisis de los datos obtenidos de la investigación, que se recogen con la finalidad de desarrollar conocimiento teórico sustentado empíricamente. Es decir, la investigación inductiva se orienta no a la validación de hipótesis y teorías, sino a la formulación de estas a partir de generalizaciones empíricas. El resultado es la formulación de leyes generales a partir de la observación de unos pocos casos adecuadamente seleccionados y analizados con rigor y profundidad.

Esta modalidad de generalización inductiva ha sido, sin embargo, también criticada por su excesivo apego a la inferencia a partir de un conjunto limitado de datos referidos a un contexto concreto.

c) Abducción

En las perspectivas abductivas la teoría y los datos empíricos se relacionan entre sí de manera continua, de forma que las teorías preexistentes sobre un determinado ámbito guían la obtención de datos que, a su vez, sirven para modificarlas y generar otras nuevas. Es decir, en un proceso iterativo constante, las hipótesis y teorías se adaptan a los datos empíricos y, al mismo tiempo, los cambios que se proponen en ellas permiten explicar mejor los datos.

Se construye, entonces, un conocimiento científico que, por decirlo de alguna manera, articula la inferencia teórica con la empírica, de forma que permite tanto la generación como la validación de hipótesis.

En el marco de reflexión sobre la metodología cualitativa en que nos encontramos es fácil ver, entonces, que la perspectiva abductiva permite eludir la excesiva rigidez de los planteamientos deductivos y el déficit teórico de algunos inductivos, al tiempo que es la que resalta de manera más visible la creatividad y flexibilidad necesarias para investigar los fenómenos sociales.

Aunque podemos encontrar ejemplos de autores que defienden la utilización de la metodología cualitativa desde cada una de las tres perspectivas, la abductiva parece atender de manera más adecuada y precisa al carácter emergente y dinámico de la realidad y la percepción humana y, por tanto, de los diseños de investigación que pretendan abordarlas.

1.2.8. Análisis de datos progresivo

Otra de las características fundamentales de la investigación cualitativa se refiere al momento en el que se inicia el análisis de los datos. Si en metodología cuantitativa estos se analizan una vez finalizado el período de recogida, en la cualitativa el análisis comienza en el mismo momento en que se inicia su obtención y continúa durante todo el proceso, aunque se concentre, claro está, de manera más intensiva, al final. El análisis progresivo de los nuevos datos que las técnicas proporcionan lleva a los investigadores a una formulación, contrastación y reformulación continua de las hipótesis, que les permite mejorar sus conocimientos sobre la realidad que se estudia y, por consiguiente, estar en mejores condiciones para adaptar el diseño del estudio a las necesidades que imponga su abordaje.

La metodología cualitativa parte del reconocimiento de la enorme diversidad y dinamismo de la realidad, de manera que asume que sería erróneo tratar de realizar una codificación o estandarización previa a su estudio en profundidad, como lo sería también renunciar al análisis paulatino de los datos que permita mantener este carácter provisional de las hipótesis y, también, la flexibilidad de los diseños. Volveremos sobre esto.

1.2.9. Búsqueda de la confiabilidad de los datos

Aunque trataremos con detenimiento las cuestiones relacionadas con la calidad de la investigación cualitativa en el módulo «El análisis de datos en investigación cualitativa» de la asignatura, merece la pena que resaltemos, ya en estas primeras páginas, su énfasis en lograr la confiabilidad de los datos, por más que, a menudo, los criterios de evaluación utilizados sean diferentes a los habitualmente considerados en las orientaciones cuantitativas (Gutiérrez, 2008; Valles, 2002).

En metodología cualitativa, el ajuste de las hipótesis formuladas por los investigadores a la realidad de la que pretenden dar cuenta se consigue a través de todos los rasgos que hemos venido enunciando ya: la observación directa y orientada de los fenómenos considerados en toda su complejidad, la relación

prolongada e intensa con los sujetos (seleccionados según criterios de significación teórica), la atención a sus explicaciones y percepciones y al contexto en el que y sobre el que se dan, y la planificación y ejecución del diseño de investigación de manera flexible, pero sistemática y rigurosa, y por parte de un científico social con sólidos conocimientos teóricos, metodológicos y técnicos. Todo ello permite obtener datos y formular hipótesis que serán contrastadas y puestas a prueba de manera continua y que se entienden, igual que la realidad que intentan explicar, de manera dinámica y provisional.

En metodología cualitativa no se pretende, por tanto, alcanzar el nivel de estandarización propio de los enfoques cuantitativos, lo que, sin embargo, no le resta ni un ápice de científicidad. Que no haya protocolos estancos, rígidos y altamente estandarizados da a veces la apariencia de informalidad cuando, por el contrario, mantener el rigor científico es condición *sine qua non* para la aplicación con garantías de esta metodología. Que se recomiende y se valore la capacidad de adaptación de los investigadores, que se hable incluso de las bondades de la improvisación, se confunde a veces con la falta de planteamientos metodológicos sólidos, con lo que se acaba dando la impresión de que se trata de métodos y técnicas menos profesionales y científicos.

Algunas de estas percepciones (erróneas, ya lo sabemos) podrían relacionarse con la aparente (solo aparente) facilidad de la aplicación de las técnicas y con su flexibilidad. Algunas de las técnicas típicamente cualitativas, como la observación participante o las entrevistas, se parecen a situaciones cotidianas en la vida real, de manera que puede confundirse esta similitud con una aplicación informal que lo único que denota es una falta de rigor metodológico imprescindible en cualquier investigación, del tipo que sea. No se trata, tampoco, de técnicas que necesiten un aparataje tecnológico importante (aunque cada vez exista más soporte informático especializado, no es imprescindible ni especialmente complejo), lo que también contribuiría, desde ciertas perspectivas, a minusvalorar la necesidad de conocimientos y especialización. Sin embargo, conocer a fondo las condiciones de aplicación, los usos y limitaciones de cada técnica y adaptarlas al contexto concreto, así como estar adecuadamente familiarizado con los soportes informáticos para sacarles el máximo partido, es imprescindible para su correcta implementación.

El hecho, también, de que no existan reglas mecánicas, altamente protocolizadas para la aplicación de las técnicas, sino que estas tengan que adaptarse al contexto de la investigación (en momento, lugar y circunstancias concretos), a los objetivos y posibilidades de esta y al propio carácter cambiante y procesual de la vida humana, hace que en ocasiones se interprete esta flexibilidad como un *todo vale* y se dé una falta de reflexión metodológica sobre lo que hace el investigador, por qué lo hace, cómo lo hace y cuáles son sus consecuencias. Ciertamente, *a andar se aprende andando*, pero, en este caso, las habilidades y la experiencia no son suficientes *per se*, sin la formación teórica necesaria. La metodología cualitativa se aprende, por supuesto, en el contexto de programas de formación sólidos, pero, tras la adquisición de estos conocimientos teóri-

cos, es necesario el ejercicio práctico. Siempre, claro está, en los primeros momentos debería ser en calidad de observador, de colaborador y con la adecuada supervisión; después, a partir de la continuidad de la formación teórica y de la evaluación crítica permanente del propio trabajo, por parte del investigador y, también, recurriendo al debate con colegas experimentados.

Aunque, como iremos viendo, la incorporación de la metodología cualitativa al bagaje metodológico y técnico de disciplinas muy variadas (antropología, sociología, ciencias políticas, psicología, medicina...) ha contribuido a enriquecer la disponibilidad de perspectivas y el debate epistemológico, también debe reconocerse que esta rápida divulgación en sectores relativamente nuevos, donde su aplicación no era habitual hasta hace poco, por desgracia no siempre ha ido acompañada de la adecuada formación de los investigadores en el manejo práctico y también en el bagaje teórico de las técnicas. En ocasiones, es cierto, esto ocurre en un contexto de precarización de la investigación donde los profesionales en muchos casos se ven obligados a una aplicación poco cuidada de los métodos y las técnicas. Pero, también, a veces, en una actitud de descuido y poca profesionalidad que es reprobable.

La metodología y las técnicas cualitativas, entonces, no se pueden improvisar, deben aprenderse. Se puede y se debe aprender, también, precisamente la flexibilidad, algo quizá más difícil que el manejo de protocolos rígidos. Si no se hace así, si no se presta una escrupulosa atención a la formación de los investigadores y al rigor en la aplicación de métodos y técnicas, estas se desprestigian, se despojan de su valor científico, cuestionándose los resultados obtenidos, algo que tiene consecuencias sobre las personas a las que se refieren las investigaciones.

1.2.10. Vocación aplicada

El conocimiento generado a partir de la implementación de métodos y técnicas cualitativas es susceptible de ser aplicado a la intervención social, aunque no siempre sea esta su intención. En palabras de San Román (2006), en referencia al conocimiento producido desde la antropología:

«Esa aplicación va desde la pura investigación básica, cuya divulgación crea opinión, proporciona datos, argumentos y justificaciones –una intervención fuerte–, hasta los estudios “por encargo” –de quien sea– para buscar orientación en la solución de los problemas socioculturales. La antropología produce muchos conocimientos que, en principio, son *aplicables*; una buena parte de la teoría antropológica, la etnografía y la teoría, que de ella se deriva, se relacionan con problemas sociales y culturales que la gente o la sociedad o las instituciones tienen. De aquí, que exista en múltiples ocasiones una vinculación estrecha entre teoría e intervención, sea de forma activa o, más frecuentemente, latente o silenciada» (San Román, 2006, p. 380, las cursivas son suyas).

Y cuando mantenemos esa vocación aplicada, esa intención de que el conocimiento que somos capaces de generar sirva, en alguna medida, para mejorar la vida de la gente, adquirimos una responsabilidad inmensa, de la que debemos

Ved también

Profundizaremos con detenimiento en esto, para cada técnica, en los módulos «La observación participante», «La entrevista y la historia de vida» y «El grupo de discusión, la investigación documental y otras técnicas cualitativas de investigación» de esta asignatura.

ser conscientes y que debemos aprender a manejar en el día a día de nuestro quehacer investigador. San Román (1993) lo explica de una manera muy clara, con unos planteamientos éticos que debemos (y queremos) hacer nuestros:

«Tenemos, en primer lugar, una responsabilidad profesional que exige de nosotros calidad en las construcciones teóricas, cumplimiento de los requisitos metodológicos y técnicos y, entre ellos, consciencia de la falibilidad de la ciencia y la exigencia de la interdisciplinariedad, porque sabemos, además, que nuestro lugar en el conocimiento es parcial, es solo un punto de mira, unas gafas que permiten vislumbrar tan solo uno de los colores de la escena. Responsabilidad profesional que se extiende a la exigencia también de un trabajo no solo interdisciplinar sino interprofesional, armonizando nuestras capacidades y contribuciones con las de los demás, las de la gente, las de otros investigadores, las de los trabajadores sociales y otros profesionales. Responsabilidad también en difundir y en hacer asequible lo mejor de nuestra disciplina, lo mejor de nuestro conocimiento, en tareas docentes que no se limitan a la formación de investigadores sino también al esfuerzo por incorporar una perspectiva antropológica esclarecedora respecto a la variabilidad cultural, a la formación de profesionales de otros campos y otras disciplinas.

Tenemos, en segundo lugar, una responsabilidad social que consiste fundamentalmente en contribuir, siempre que en nuestro conocimiento existan instrumentos útiles para ello, a resolver problemas que son problemas para la gente y a hacerlo de manera que ese conocimiento y nuestra implicación profesional sirva a sus fines cuando compartimos la orientación de sus aspiraciones.

En tercer lugar, tenemos una responsabilidad política, que nos mueve a promover la autogestión y la consciencia crítica solidaria de los procesos inducidos y que por tanto nos tiene que evitar la tentación de erigirnos en líderes de los proyectos que afectan a la vida de los otros, porque es a esos otros y a nadie más a quienes corresponde cualquier tipo de liderazgo de sus propios destinos.

Tenemos, por último, una difícilísima responsabilidad personal que nos exige, simultáneamente, y a veces contradictoriamente, colaborar en resolver los que los pueblos consideran sus problemas y promover lo que nosotros creemos respecto al mejor destino del mundo, la creencia en la bondad de una humanidad múltiple y diferente y a un tiempo igualitaria y solidaria. Y, no nos engañemos, esos valores no son valores universales aunque aquí y allí aparezcan diseminados por amplias zonas del universo. Esos son nuestros valores, nuestro propio prisma, pero unos valores y un prisma a los que muchos no estamos dispuestos a renunciar y que muchas veces entran en colisión no ya con otros prismas y valores de nuestra propia cultura, sino también de otros pueblos a los que como personas y antropólogos amamos. Y en esa contradicción, irresoluble, solo el arte de mantener la consciencia, la razón y el amor por la humanidad puede ayudarnos en las decisiones constantes y fundamentales de nuestro trabajo» (San Román, 1993, pp. 140-141).

Y siempre desde un inmenso respeto al Otro, considerado como sujeto de derechos igual que nosotros; siempre desde la honestidad, hacia nosotros mismos y hacia las personas con las que y por las que trabajamos. Hablaremos a menudo de esto en estos materiales. De momento, no nos resistimos a un apunte más de San Román (2000) basado en su propia (y dilatada) experiencia de campo, en este caso con población inmigrante de Senegal y Gambia:

«Hace pocas semanas, y por enésima vez, un señor inmigrante de Senegal al que yo trataba de hacerle una pregunta me cortó bruscamente: “y si te contesto, ¿para qué te va a servir a ti y para qué me va a servir a mí?”. Creí morir. Pensé a la mayor velocidad que pude que solo podía contestar con la verdad: a mí para hacer un trabajo que me interesa, porque me gustan muchísimo estos temas y quiero conocerlos, y que me conviene, porque perdería buena parte de mi condición académica si no hiciera estos estudios. A él le interesa tan solo si yo soy capaz de transmitir a la opinión pública y a la academia que los inmigrantes son tan personas enteras como ellos, tan solo si soy capaz de incidir en los que realizan las intervenciones sociales de todo tipo para que tengan en cuenta la necesidad de su participación y gestión política en cada intervención, tan solo si soy capaz de transmitirle a él que merece la pena que nos conozcamos mutuamente, que merece la pena su movilización. Le pareció todo ello dudoso. Quizá con razón. Pero decidió que, al fin y al cabo, había contestado yo antes y me contestó él a mí» (San Román, 2000, p. 195).

1.3. El trabajo de campo en investigación cualitativa

La expresión *trabajo de campo* se refiere al proceso de aplicación por parte del investigador de una serie de técnicas de investigación, pertinentes para el caso concreto (objeto de estudio, preguntas de investigación, objetivos, etc.), que permiten la recolección de datos empíricos. En diseños cualitativos de investigación, estas técnicas van desde la observación participante, las entrevistas y grupos de discusión hasta otras como el análisis documental, el análisis de redes sociales o las genealogías.

Aunque lo abordaremos con mucho más detalle y de manera específica para cada técnica en los módulos siguientes, es necesario que hagamos aquí una pequeña introducción al trabajo de campo.

1.3.1. La delimitación y el acceso al campo

En el momento de comenzar la recolección de los datos o, antes aún, cuando se perfila el diseño de la investigación, es necesario *delimitar el campo*, es decir, seleccionar los lugares (escenarios y unidades de observación) y los momentos en los que se trabajará. Para ello, debemos tener en cuenta algunas cuestiones que en este momento introducimos solo de manera esquemática pero que desarrollaremos en los siguientes módulos:

- En metodología cualitativa, el campo es, lo sabemos ya, abierto y flexible, como lo es la realidad sobre la que se pretende investigar y en la que transcurren los fenómenos sociales.
- Para la delimitación del campo, es necesario tener presentes, a lo largo de todo el estudio, los criterios teóricos y prácticos que ya hemos mencionado. Teóricos, para seleccionar escenarios, poblaciones y plazos temporales que sean pertinentes, es decir, significativos para la investigación (al menos, de acuerdo con nuestros conocimientos en cada momento). Prácticos, porque será necesario tener presentes los recursos (tiempo, dinero...) y las posibilidades reales de acceso y permanencia en cada escenario y con cada población durante el tiempo suficiente como para que puedan obtenerse los datos necesarios.
- Es necesario delimitar adecuadamente el campo de una investigación, tanto en lo que se refiere al marco temporal como al físico. Se tratará de escoger los escenarios y los momentos concretos en los que se estima que tienen lugar (o que se relacionan con) los fenómenos de interés, sean un barrio, una ciudad, una empresa, una institución, etc.
- Para delimitar inicialmente el campo, es necesario disponer de un conocimiento al menos preliminar del lugar y grupo humano concreto sobre el que pretendemos trabajar, bien a partir de la lectura de bibliografía diversa, de accesos puntuales exploratorios, de experiencia propia o de co-

legas expertos. Este conocimiento previo permitirá al investigador no tan solo saber cómo manejarse en los primeros momentos, cómo *orientarse* en el campo para evitar malentendidos, torpezas, desencuentros, etc. que puedan dar al traste con el trabajo antes incluso de haber empezado, sino también para ir entrenando la mirada hacia los temas de interés y, muy especialmente, para comenzar a seleccionar interlocutores que puedan dar acceso al escenario completo o a situaciones concretas.

- Suele ser recomendable, para empezar, realizar *estancias piloto* en diversos escenarios de campo, con el fin de explorar la posibilidad de entrada y de trabajo con las diferentes técnicas, la pertinencia del diseño dadas las características del escenario, la relevancia respecto al objetivo de la investigación, etc. En estas estancias exploratorias, la observación participante, los encuentros informales e incluso alguna entrevista breve serán importantes para ir estableciendo contactos con sujetos (*los actores sociales*) y adquirir un conocimiento preliminar para orientar la investigación y el posterior inicio de un trabajo más intensivo.
- Ya en los primeros momentos, es de gran importancia la figura del *portero* (*gatekeeper*, en inglés). En el argot investigador, se denomina de esta manera a aquellos sujetos que tienen la capacidad de facilitar a los investigadores el acceso al campo y la consecución de permisos y contactos, por diferentes motivos: por su posición de poder o autoridad en el grupo o institución o en un sector de este, por sus conocimientos del medio, habilidades, contactos, etc. Trataremos la utilidad y las limitaciones de esta figura en los módulos siguientes, especialmente en el dedicado a la observación participante.
- Una vez establecidos el o los escenarios de campo, se inicia la fase de negociación de los permisos pertinentes. Desarrollaremos con más detalle esta cuestión al hablar de las técnicas de investigación, sobre todo, también, de la observación participante, pero podemos apuntar ya que la obtención de permisos es una etapa fundamental de cualquier investigación cualitativa, en la que debe extremarse el respeto a los sujetos y su entorno. El permiso puede ser institucional o personal, pero incluso cuando solo sea de este último tipo es una fase que no se debe eludir. Además, puede ser necesario gestionar permisos escritos específicos para cada técnica (para grabar entrevistas o grupos de discusión, por ejemplo), a través de modelos de consentimiento informado, de los que hablaremos en el módulo «El análisis de datos en investigación cualitativa» de la asignatura.
- Ya desde los inicios es necesario tener presentes los principios de honestidad y ética que deben regir no solo, claro está, nuestro comportamiento en cuanto individuos, sino muy especialmente en este caso como investigadores cualitativos. Hablaremos de ello también en cada uno de los módulos dedicados a las técnicas y, de manera específica, en el módulo «El análisis de datos en investigación cualitativa», pero dejemos claro ya

aquí que la interacción con los sujetos, la entrada y estancia en el campo y en los diversos escenarios, nuestra manera de conducirnos en ellos, las explicaciones que ofrecemos, etc. deben estar regidas por una ética incuestionable en la que los intereses y derechos de los sujetos se pongan por delante de los de la investigación siempre.

1.3.2. Las primeras relaciones de campo

Aunque también profundizaremos en esta cuestión en los siguientes módulos, apuntemos algunos rasgos generales:

- En los primeros contactos, es fundamental que el investigador sepa explicar su presencia de manera clara y concisa, sin ocultar información que es ético que los sujetos tengan, pero sin dar demasiados detalles que puedan abrumarlos, hacerlos desconfiar o cambiar su actitud. Es aconsejable que el investigador tenga un discurso preparado para esto, pero sin seguirlo al pie de la letra, exponiéndolo de manera natural y coherente con el tipo de interacción social que esté desarrollando en cada momento. Suele ser aconsejable, también, que el investigador lleve preparadas respuestas a las posibles preguntas que es previsible que los sujetos le formulen, a sus reticencias u objeciones.
- Ya en este momento, el investigador debe dejar meridianamente claro el carácter confidencialidad de los datos obtenidos, su compromiso ético con la investigación y con los sujetos y, también, su voluntad de interferir lo menos posible en las actividades cotidianas de estos.
- Se tratará, entonces, de defender la legitimidad y utilidad de la investigación, la honestidad y, por decirlo coloquialmente, el carácter inofensivo y escasamente invasivo del investigador y, también, la posible relevancia para los sujetos de los resultados que se obtengan.
- En lo que se refiere a las personas con las que trabajaremos, las actitudes ante la investigación pueden ser, con toda lógica, enormemente variadas: desde la acogida entusiasta hasta el rechazo frontal pasando por la actitud expectante, la indiferencia o la tolerancia provisional. Sea cual sea la reacción inicial, el investigador debe intentar manejarla para garantizar, al menos, el acceso al campo. Tiempo habrá de reducir tanto expectativas excesivas como reticencias o susceptibilidades, de ganarse la confianza y establecer relaciones sólidas. Para esto, como ya se puede suponer, la actitud del investigador debe ser de calma, sinceridad y humildad. En estos primeros momentos, no podemos olvidar que el *investigador* pasa a ser *investigado* por los sujetos, quienes evalúan su presencia física, sus palabras, actitudes... como el extraño que es en ese momento.

- Conocer, averiguar y respetar las normas básicas que guían las relaciones sociales será imprescindible para una buena entrada. Una actitud prudente y que denote respeto dará confianza a los sujetos y les permitirá *perdonar* las ignorancias o torpezas del investigador en los comienzos del trabajo de campo y, más aún, pueden motivarlos para *ayudarle a solucionarlas*, dándole entonces una oportunidad única de acceso al campo.
- La actitud del investigador no debe ser, al principio, demasiado *ávida* de datos, sino que el objetivo debe ser familiarizarse con el entorno, comenzar a establecer relaciones con una confianza progresiva y adaptada a las condiciones impuestas por los sujetos y, sobre todo, no estorbar y *no meter la pata*. No es, como puede suponerse, una etapa fácil; de hecho, suele resultar a menudo incómoda o estresante, pero es fundamental para que el investigador asiente su presencia en el campo.
- En estos primeros momentos es importante también mantener, por decirlo así, el *foco abierto*, tratando de acceder al mayor número posible de escenarios e informantes, para facilitar la familiarización con el entorno.
- A medida que la investigación avanza, si las circunstancias son favorables, el investigador irá fortaleciendo su relación con los sujetos de interés, estableciendo con ellos una interacción sincera, prolongada, intensa y fructífera.

Volveremos sobre todo esto. Dejamos, de momento, un apunte de San Román (2009) para hablar de estas etapas iniciales del trabajo de campo (etnográfico, en el caso de esta autora):

«Cuando un etnógrafo o una etnógrafa –o los etnógrafos colaboradores, en ciertas circunstancias– se interesa por algún lugar, que le es desconocido en cierta medida, en el que realizar su investigación etnográfica, tras acceder a la bibliografía relacionada, si la hay, difícilmente puede hacer otra cosa que observar y participar de la vida del grupo. La única manera de llevar a cabo el estudio en un contexto desconocido es estableciendo relación con la gente, participando con ellos en sus actividades y observando lo que ocurre e informándose sobre ello. Esto permitirá al etnógrafo o etnógrafa dejarse exponer a lo que va ocurriendo e ir localizando fenómenos de interés especial, a veces inesperados, por sorprendentes –“quebras” o *rich points*, en términos de Agar (1992). La comprensión se va produciendo a medida que los fenómenos observados se van entendiendo y relacionando con estructuras folk de conocimiento o significado, con procesos, estructuras y datos contextuales, conforme el investigador va desarrollando sus propios esquemas explicativos (Agar, 1992)» (San Román, 2009, p. 243, las cursivas son suyas).

1.3.3. El final del trabajo de campo

¿Cuándo terminar el trabajo de campo? Esta es una pregunta que asalta con frecuencia a los investigadores que emplean metodología y técnicas cualitativas en el contexto de un trabajo de campo en investigación social. Y la respuesta no es sencilla porque caben diversas circunstancias:

- La situación ideal, que debemos perseguir en tanto que científicos sociales, es dar por terminado el trabajo de campo en el momento en que se

hayan alcanzado los objetivos de la investigación y sus responsables estén en condiciones de dar, razonablemente, respuestas a las preguntas de investigación planteadas y de formular hipótesis que hayan sido adecuadamente puestas a prueba y validadas.

- A menudo, demasiado a menudo, sin embargo, la finalización vendrá impuesta no porque se hayan alcanzado la totalidad de los objetivos que se perseguían, sino por razones de tipo práctico como la finalización de los plazos establecidos y la imposibilidad de prorrogarlos, el agotamiento de los recursos (especialmente económicos) o la falta de colaboración por parte de las poblaciones o las instituciones implicadas.
- Cabe aclarar, por otra parte, que la investigación en el campo sociolaboral, que nos ocupa aquí, como cualquiera referida a la realidad humana, no se puede dar por completamente concluida nunca: siempre se abren nuevos interrogantes, aparecen situaciones nuevas o modificaciones o matices a las ya conocidas; siempre es posible, también, aspirar a conocer la realidad de manera más profunda.
- El tipo de relación establecida con los sujetos en el curso de un trabajo de campo cualitativo hace que, muy a menudo, el contacto con ellos se mantenga a lo largo del tiempo y una vez finalizada la investigación en concreto, de manera que a veces es difícil (o innecesario) poner límites concretos a la indagación.

Pujadas (2004) nos lo explica así:

«De manera general es pot afirmar que el treball de camp conclou quan s'han assolit tots els objectius arcs; és a dir, quan l'investigador o l'equip de recerca està en condicions de donar resposta a les preguntes que es formulaven a l'inici del procés investigador, quan s'han pogut validar o negar les hipòtesis de partida. És clar, però, que mai s'acaben de contestar totes les preguntes i/o que, al llarg de tota la investigació, n'apareixen constantment unes altres.

En un sentit més pràctic, es pot dir que una recerca s'acaba quan s'han esgotat els recursos disponibles i/o el termini de realització. D'altra banda, cal tenir present que els equips de recerca tendeixen a enllaçar uns projectes amb uns altres, que poden ser simple continuació dels anteriors o bé reformulacions més o menys importants dels temes i dels objectes d'estudi. En aquest sentit, doncs, el treball de camp d'un projecte s'enllaça amb el següent.

A més, hi ha una dimensió, que ha s'ha comentat en l'apartat anterior, que és el compromís ètic amb les persones, els lligams que ens uneixen amb molts dels informants, que han esdevingut ja relacions personals. Quan es produeix aquesta relació, molt freqüent en el cas de l'etnografia, el treball de camp no s'acaba mai i un posa al dia i reestudia constantment Vell objectes d'estudi» (Pujadas, 2004, p. 307).

1.3.4. Un apunte sobre la vinculación del investigador al campo

Se ha discutido mucho, especialmente desde la antropología social y cultural y la sociología, sobre si el científico social puede y debe hacer trabajo de campo en contextos sociales que le son propios o muy cercanos. Dicho de otro modo: si como científicos sociales podemos investigar aquellas realidades en las que,

de una u otra manera, estamos implicados. Sería, por ejemplo, el caso de un orientador laboral de un servicio público de empleo en su lugar de trabajo, un orientador en su propio instituto de educación secundaria, etc. Las respuestas a este interrogante han sido variadas.

Guasch (2002) explica su opinión de la siguiente manera, aunque refiriéndose tan solo al desarrollo de una de las técnicas, la observación participante:

«Por otro lado, contra quienes defienden que el científico social nunca debe hacer observación participante de un grupo social en el que esté directamente implicado, aquí se defiende lo contrario. Un emigrante, una quemada, un policía, un médico, o un evuzok pueden producir etnografía excelente sobre su propio grupo social. La distancia, en estos casos, puede construirse de manera crítica. El pertenecer a un grupo social evita los problemas de traducción cultural. Ya no es necesario que quien investiga pase por un proceso de resocialización en un grupo que desconoce. Quien investiga conoce los códigos vigentes en su propio grupo y puede hacerlos explícitos» (Guasch, 2002, p. 11).

Elegir temas y escenarios de campo con los que el investigador está especialmente relacionado es una decisión que tiene ventajas e inconvenientes. Entre las ventajas está, sin duda, el conocimiento de los códigos culturales, de las pautas de relación social, de las claves de ciertas situaciones, etc., que favorecerá la incorporación del investigador al grupo, su aceptación por parte del mismo, el acceso a los informantes y a los escenarios significativos para la investigación y la comprensión de los fenómenos. En otras palabras:

«Sin embargo, son muchos los problemas que pueden obviarse *estando aquí*; en especial que no existen problemas de traducción cultural. Informante, investigador y lector comparten un mínimo de intersubjetividad que hace innecesaria la tarea de traducción cultural. *Estando aquí*, la interpretación de la realidad social que surge de la observación participante se construye a partir de ciertos códigos compartidos, aun cuando los sesgos personales persistan en quien informa, en quien investiga y en quien lee» (Guasch, 2002, p. 29, las cursivas son suyas).

Entre los inconvenientes, el riesgo de optar por una identificación con la situación y las personas tal que confunda la investigación con la militancia social o política o, simplemente, las dificultades para adoptar una visión crítica, una mirada nueva de la realidad (un *extrañamiento*, dicho en argot), necesarios para contemplarla con los ojos de un neófito. Dicho de otro modo, el trabajo de campo en un grupo con el que la identificación es intensa podría afectar a la capacidad del investigador para trabajar de manera atenta y crítica, limitaría la percepción de detalles, variables o relaciones que por ser cotidianos no se tienen presentes, la capacidad de cuestionarse las claves, de sorprenderse por los fenómenos e interrogarse genuinamente sobre ellos. Las acciones familiares, rutinarias, acaban siendo inconscientes en cierta medida. Taylor y Bogdan (1987), por ejemplo, desaconsejan esta opción precisamente por este motivo:

«Recomendamos que los investigadores se abstengan de estudiar escenarios en los cuales tengan una directa participación personal o profesional. En los observadores novatos existe la tendencia a estudiar el medio de amigos y parientes. Cuando uno está directamente involucrado en un escenario, es probable que vea las cosas desde un solo punto de vista. En la vida cotidiana, las personas asumen modos sobrentendidos de ver las cosas, y equiparan lo que ven con la realidad objetiva. El investigador debe aprender a considerar que su visión de la realidad es solo una entre muchas posibles perspectivas del mundo. Por otra parte, el temor a ofender a amigos podría tender a limitar lo que se escriba en los informes sobre la investigación» (Taylor y Bogdan, 1987, pp. 36-37).

Algunos autores defienden, entonces, que mantener la distancia ayuda a preservar la visión de científico frente a la de militante, mientras que otros defienden lo contrario: la posibilidad de que el investigador social, adecuadamente formado y tras investigaciones sólidas, pueda usar el conocimiento adquirido para denunciar situaciones de injusticia:

«Ante el uso frecuente de la observación participante para abordar situaciones sociales de colonización o de desviación social, la búsqueda de la distancia pretende, en realidad, neutralizar la implicación política del investigador en el sentido de tomar partido por los observados. Se admite la empatía, pero se niega la posible denuncia pública y política de situaciones sociales subalternas» (Guasch, 2002, p. 37).

En cualquier caso, lo que será imprescindible serán dos cosas. Primero, una reflexión crítica y honesta por parte del investigador sobre sus propios condicionantes y, segundo, hacerlos explícitos para conocimiento del lector. San Román (2006) lo explica así:

«[...] también habría que admitir que participamos de una cultura y que nos hemos socializado de cierta forma, aunque no sean cosas indelebles, inmutables. Y tenemos valores y prioridades entre ellos y mantenemos posiciones ideológicas, políticas y en muchos otros aspectos, a veces, también religiosas. Igualmente sabemos que, en la medida en que no pueden obviarse, en la medida en que son absolutamente necesarios para la propia orientación de nuestro pensamiento y nuestra acción, el problema nunca puede ser evitarlos; enloqueceríamos. Lo que es necesario es explicitarlos, tanto para que honestamente presentemos nuestro trabajo ante otros como para dejarlos visibles para ser criticados por nosotros y por otros» (San Román, 2006, p. 388).

E insiste en un trabajo posterior:

«[...] debemos hacer notar que el riesgo a evitar es considerar cercanas culturalmente cualesquiera situaciones y personas de la sociedad del etnógrafo o etnógrafa, proximidad sociocultural de la que es necesario asegurarse previamente. Aun así, nos quedan dos tareas de la máxima importancia. Por una parte, se halla el esfuerzo por llegar a conocer la diversidad cultural interna, porque nuestras sociedades, están, precisamente, entre las que mayores niveles de complejidad y heterogeneidad presentan. Por otra parte, en el estudio de lo “culturalmente próximo” casi nunca resultan adecuadas las categorías que hayamos podido adquirir como personas nativas de nuestra cultura, y nos vemos obligados a construir categorías que hay que definir en el interior del conocimiento antropológico» (San Román, 2009, p. 239).

2. Aproximaciones teórico-metodológicas en investigación cualitativa

2.1. Un poco de historia

No podemos detenernos con el detalle que merecería en revisar la evolución histórica de la investigación cualitativa, terreno en el que las aproximaciones realizadas por diversos autores tampoco son, a menudo, coincidentes entre sí, sino que están influenciadas tanto por la disciplina desde la que escriben como por la perspectiva teórica que adoptan. Se trata, como parece lógico pensar, de un tipo de metodología que surge, evoluciona y cambia, como cualquier otro conocimiento humano, al calor de cada contexto histórico y científico. Pero sí intentaremos, al menos, hacer un breve resumen (Valles, 1997).

Autores como Taylor y Bogdan (1987), entre otros, señalan que, en realidad, la metodología cualitativa, entendida al menos como el esfuerzo por reconstruir las conductas y narraciones de las personas de acuerdo con sus propias interpretaciones, es tan antigua como la historia escrita, y encontramos muestras de ella en los relatos de viajeros, militares o escritores, desde Herodoto a Marco Polo. No estaríamos, sin embargo, ante una manera de entender esta metodología en tanto que ciencia, sino en términos de relatos o crónicas.

Desde un punto de vista ya centrado en la construcción científica del conocimiento, algunos autores, como Hamilton (1994), citado en Valles (1997), señala como puntos fundamentales para el surgimiento de esta metodología la crítica a las posturas en torno a la objetividad en Descartes y la relevancia de la interpretación y la comprensión en la indagación científica en los planteamientos de Kant y su distinción entre «razón científica» y «razón práctica», que tendrán una enorme influencia, a su vez, en las obras de autores como Engels y Dilthey, cada uno desde sus propios presupuestos.

Otros, como Conde (1994), también resumido en Valles (1997), más centrado en la historia de las relaciones entre la metodología cuantitativa y cualitativa, sitúa a los filósofos griegos Platón, Euclides y Aristóteles como referentes en los inicios del debate cuantitativo-cualitativo; debate que iría transformándose de la mano, sobre todo, de la evolución de las matemáticas desde la baja edad media hasta la edad moderna dando, en esos momentos, un mayor protagonismo a lo cuantitativo y señalando a Newton como figura central. La situación comenzaría a cambiar, según Conde (1994), ya en el siglo XX con la revisión del paradigma cuantitativista sugerido a partir de las teorías de Heisenberg y Einstein. Termina Conde (1994) señalando la cada vez mayor aproximación entre ambas metodologías.

Lectura complementaria

En Valles (1997) disponéis de un resumen de las diferentes perspectivas de autores que han revisado la historia de la perspectiva cualitativa de investigación, en un lenguaje sencillo y asequible:

M. S. Valles (1997). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.

Otros autores, también referenciados en Valles (1997), como Vidich y Lyman (1994), centran su repaso no en la dicotomía cuantitativo-cualitativo, sino en la evolución de la metodología cualitativa empleada por la antropología y la sociología norteamericanas, estableciendo una serie de etapas en la construcción de la investigación de tipo etnográfico que estarían marcadas por las corrientes éticas y políticas de cada época respecto al afrontamiento de la diversidad cultural. Distinguen, en un primer momento, las descripciones por parte de cronistas y misioneros tras el descubrimiento de América (siglos XV y XVI) y las elaboradas por exploradores y agentes coloniales en las primeras épocas del colonialismo (siglos XVII a XIX). De acuerdo con Taylor y Bogdan (1987), sitúan un punto claro de inflexión en los trabajos de los primeros antropólogos profesionales de finales del siglo XIX y principios del XX. Así, las obras de Boas (1911) y, muy especialmente, el trabajo etnográfico de Malinowsky (1922) entre los isleños Trobriand, marcaron un antes y un después en la historia de la antropología social y cultural y en la metodología cualitativa, sobre todo en cuanto al empleo de la estrategia etnográfica y la técnica de la observación participante.

Los procesos de descolonización de la segunda mitad del siglo XX y la influencia de las condiciones políticas en la investigación sobre el Otro habrían restado reconocimiento científico a lo cualitativo, al menos hasta las recientes críticas realizadas, desde dentro, por la antropología posmoderna, que habría venido a poner sobre la mesa el papel del antropólogo, y, en general, del investigador social en el contexto que investiga, de lo que se derivaría la necesidad de vigilancia constante de las implicaciones éticas de cualquier investigación social.

En sociología, el punto de inflexión se situaría algo más tarde, probablemente por la importancia en la disciplina de obras de enfoque más cuantitativo y positivista, como *Suicide*, de Durkheim (1897). La metodología cualitativa irrumpe en sociología en las primeras décadas del siglo XX, de la mano de los estudios en contexto urbano de la Escuela de Chicago con los trabajos, por ejemplo, de Thomas y Znaniecki (1918), Wirth (1928) o Shaw (1931). Decae, sin embargo, desde los años cuarenta y cincuenta hasta los sesenta, década en que resurge de nuevo con fuerza.

Por su parte, Denzin y Lincoln (1994) complementan la propuesta anterior, subdividiendo el siglo XX (hasta la actualidad, en realidad), en cinco periodos distintos, en los que destacan, en la década de los sesenta, los esfuerzos de Glasser y Strauss (1967) para la formalización de la metodología cualitativa (abandonando, para siempre, señalan, el paradigma positivista) y, después, los de Geertz (1973 y 1983) como exponente de los esfuerzos en cuanto a la evaluación de las etnografías y la escritura de informes.

Desde los años ochenta, aproximadamente, y en especial a partir de la publicación, por parte de la editorial Sage, de la colección *Qualitative Research Methods Series*, se ha dado un gran volumen de publicaciones, desde diferentes orientaciones, sobre metodología cualitativa.

En el momento actual, como veremos a continuación, coexisten diversas perspectivas que se ponen al servicio de un redescubrimiento y divulgación de la metodología cualitativa en y más allá de las ciencias sociales.

2.2. Principales orientaciones teórico-metodológicas en investigación cualitativa en la actualidad

Dado que es imposible abordar en estas páginas la complejidad y extensión del debate teórico actual sobre metodología cualitativa, destacaremos tan solo las principales perspectivas, en cuanto al peso que han tenido en la historia de la metodología cualitativa y de las disciplinas que las han empleado, dejando claro, eso sí, que solo son las principales pero no las únicas.

Seguiremos, en las páginas siguientes, la propuesta de Verd y Lozares (2016, p. 35) de utilizar la expresión perspectiva teórico-metodológica, como manera de tener presente que la mirada, el enfoque con el que se encara un problema de investigación, encierra decisiones epistemológicas, teóricas y metodológicas.

2.2.1. Perspectivas teóricas en la metodología cualitativa actual

Según Verd y Lozares (2016), las principales perspectivas teóricas en la metodología cualitativa actual son:

a) Etnometodología

La etnometodología centra su interés en los significados de la interacción de los seres humanos en cada contexto, atendiendo a la manera en que las personas aplican interpretaciones y normas para actuar e interactuar en la vida cotidiana (Taylor y Bogdan, 1987).

Por esto, otorga un rol preeminente a la observación, aunque también defiende el uso de otras técnicas como las entrevistas y el análisis documental.

Aunque tiene su origen en la antropología, su influencia sobre la metodología cualitativa en cualquier disciplina ha sido tanta que ha traspasado sus características a la metodología cualitativa en general. En sociología, su influencia en la Escuela de Chicago fue muy importante, marcando un antes y un después en la consideración de lo cualitativo en la disciplina.

b) Fenomenología

Lecturas complementarias

Los propios Verd y Lozares (2016) reconocen que su propuesta abrevia los desarrollos de la metodología cualitativa, mucho más complejos y con interrelaciones diversas, de manera que sugieren que se amplíe la información en: M. B. Miles y A. M. Huberman (1994). *Qualitative Data Analysis: an expanded sourcebook*. Thousand Oaks, California: Sage.

U. Flick, E. Kardorff, e I. Steinke (Eds.). (2004). *A Companion to Qualitative Research*. Londres: Sage.

Taylor y Bogdan (1987) consideran a la fenomenología como la principal perspectiva en metodología cualitativa. Aunque en su seno coexisten enfoques teóricos muy diferentes, de manera resumida, podría decirse que se centra en el estudio de la experiencia humana en sí misma y en cuanto a la manera en la que construye el mundo. En otras palabras, la fenomenología se interesa por la forma en la que los sujetos interpretan su vida y cómo estas interpretaciones y las acciones que las acompañan dan forma a su mundo.

Se trata de una perspectiva que se aproxima a los fenómenos de manera intensiva, tomando un número pequeño de casos que estudia de manera prolongada y en profundidad.

c) Interaccionismo simbólico

Para los interaccionistas simbólicos, las personas aprenden, de su interacción con otras, los significados sociales de los diferentes aspectos y fenómenos de la realidad. Estos significados se adoptan a través de un proceso dinámico de interpretación de la realidad concreta en la que se encuentran y orientan la actuación de las personas (Taylor y Bogdan, 1987).

El centro del interés de esta perspectiva es el comportamiento humano (individual y colectivo), la interacción de los sujetos y los roles que desempeñan y cómo estos roles influyen los fenómenos sociales. Verd y Lozares (2016) lo explican mejor:

«La perspectiva interaccionista sitúa el comportamiento de los agentes en el centro de gravedad de la generación de los hechos e interpretaciones sociales, que recurrentemente pueden originar a su vez principios de nuevas interacciones. Esta perspectiva puede trasladarse al estudio de los procesos sociales basados y regidos por las relaciones entre los individuos y grupos, tomando como objeto grupos sociales, asociaciones, instituciones... Es posible también una interpretación construccionista de la interacción, en que los elementos simbólicos se toman como signo e identidad central» (Verd y Lozares, 2016, p. 37).

2.2.2. Perspectivas metodológicas en la metodología cualitativa actual

Continuando con la propuesta de Verd y Lozares (2016), distinguiríamos entre:

1) Etnografía

Se trata, para muchos autores, de la estrategia paradigmática de la investigación cualitativa:

«Muchos de los elementos centrales y propuestas metodológicas de esta perspectiva han pasado a caracterizar, a nivel general, el enfoque cualitativo: a) el foco en las interacciones y situaciones; b) su insistencia en la interpretación de los significados; c) la importancia en la inmersión e incluso participación de la persona investigadora en los fenómenos observados, y con ello, su preocupación por el papel de la interacción persona investigadora-persona investigada; y d) la importancia otorgada a la contextualización de los fenómenos o hechos sociales» (Verd y Lozares, 2016, p. 36).

Pujadas (2004), desde la antropología, define así la etnografía:

«El terme etnografia posseïx dos significats bàsics en antropologia. Per una banda, l'etnografia és un *producte*, normalment en forma escrita, però també ho pot ser en forma d'imatges, és a dir: els llibres, articles o films que resulten d'una investigació de camp. Per una altra banda, és un *procés* basat en el treball de camp que realitza l'antropòleg per tal d'assolir un coneixement d'un tema en un determinat context sociocultural i referit a una època determinada. Òbviament existeix una connexió directa entre l'etnografia com a procés i com a producte ja que l'un és conseqüència de l'altre. Però no podem de cap manera pensar que el producte és la simple recollida i edició de les notes de camp obtingudes durant l'estada de l'antropòleg sobre el terreny. Al contrari, hem de veure que l'etnografia com a producte conté quelcom més que les dades observades i obtingudes per mitjà d'una entrevista o qualsevol altra tècnica [...]. Una etnografia conté també la interpretació de les dades de camp, ja que és fruit de la confrontació entre determinats postulats teòrics i les evidències empíriques obtingudes a través del procés etnogràfic» (Pujadas, 2004, p. 17, las cursivas son suyas).

Suele definirse, entonces, la etnografía como el *proceso* que permite, a partir de la aplicación rigurosa y sistemática de una serie de técnicas de investigación, acceder al conocimiento de un determinado fenómeno o realidad sociocultural (Pujadas, 2004, p. 15).

La etnografía es la estrategia investigadora por excelencia de la antropología, donde adquiere el rango de método: el *método etnográfico*, que sirve a los antropólogos para obtener datos, construir hipótesis y teorías y para la comparación transcultural.

Comparación transcultural

Pujadas (2004) define la comparación transcultural de la siguiente manera: «La comparación transcultural és el mètode que intenta contrastar l'abast o la vigència de determinats trets culturals o variables en diferents àrees o regions culturals, bé per establir l'existència de determinades regularitats en el procés de canvi social, o bé per establir matrius de similitud cultural que permetin classificar les societats humanes en regions, àrees i grups» (Pujadas, 2004, p. 16, las cursivas son suyas).

Además de algunos ejemplos concretos y sencillos recogidos en el libro de Pujadas (2004, pp. 19-25), para ampliar el tema os recomendamos consultar González-Echevarría (1990).

Mediante la etnografía, el antropólogo despliega una serie de técnicas de investigación (observación participante, entrevistas en profundidad, etc.), en el marco del *trabajo de campo*, que le servirán para recoger datos empíricos sobre la realidad que pretende investigar. La conexión entre etnografía y trabajo de campo es tal que ambos términos llegan a usarse (con poca precisión) como sinónimos. En palabras de García Jorba (2000):

«Trabajar en el campo, realizar etnografía, comporta el establecimiento de un contacto estrecho con las personas estudiadas. El investigador/a pretende sumergirse en la cotidianidad de una forma de vida que le es ajena para así poder alcanzar su comprensión. En el desarrollo del trabajo de campo, se activan fuentes de información diversas (Hammersley y Atkinson 1994). El sociólogo/a o antropólogo/a observa, pregunta, participa en mayor o menor medida en las vidas y acciones de aquellos/as a los que investiga. Aspira a establecer un vínculo entre las visiones *emic* y *etic* de la realidad. Permanece durante

periodos dilatados de tiempo fuera de su ambiente de origen, en contacto *con los otros*. Sus estancias pueden ser también más cortas, pero en esos casos se repiten y diversifican para permitir un conocimiento cabal de esa forma de vida que se quiere entender o explicar. La inmersión intensiva y prolongada en una realidad sociocultural ajena ofrece un sinnúmero de posibilidades al observador/a. Las vivencias que experimenta, asociadas a la novedad en un primer momento, y a la identificación progresiva de relaciones significativas después, repercuten en una multiplicación del tipo de información que se recibe. La continuidad de estímulos, los sentidos potenciales con que se presentan, exigen el recurso a la anotación, al registro, para asegurar su disponibilidad con finalidad analítica. La imagen del antropólogo/a con una libreta en la mano es tan frecuente en ciertas representaciones gráficas y mentales como la del policía anotando los detalles que relatan los testigos de un crimen» (García Jorba, 2000, pp. 16-17, las cursivas son suyas).

Las técnicas empleadas en la etnografía, como es lógico, irán adaptadas a la situación concreta que se pretenda investigar y, entre ellas, encontraremos no solo las que veremos como típicamente cualitativas (observación participante, entrevistas...), sino también, en ocasiones, las cuantitativas. Jociles (1999) lo resalta de esta manera:

«[...] las estrategias metodológicas y técnicas que cabe seguir en la etnografía son muy diversas, pues varían en función de múltiples factores, entre los que se hallan la naturaleza y la amplitud del objeto de estudio, el grado de conocimiento que ya existe sobre él, los aspectos concretos a los que se quiere prestar atención, las características de la población y de los escenarios en los que se ha pensado investigar, el alcance teórico que se le desea dar a los resultados y/o la intención más o menos comparativista que se alberga desde un principio. La etnografía no es –en contra de la opinión de algunos– un “paradigma” que exija forzosamente que se asuman ciertos posicionamientos teóricos, metodológicos y técnicos, sino un método de investigación sumamente flexible que facilita su adaptación a circunstancias de estudio muy variopintas» (Jociles, 1999, p. 11).

«[...] entre las técnicas que se combinan durante el proceso etnográfico, caben asimismo las cuantitativas; es decir, que el etnógrafo no solo realiza entrevistas en profundidad, grupos de discusión y/u observación participante, sino que se sirve de cuestionarios y de otras técnicas cuantitativas de producción y/o análisis de los datos con una frecuencia mayor de la que se tiende a imaginar» (Jociles, 1999, p. 13).

«[...] los etnógrafos se han adueñado, cuando lo han necesitado, de técnicas cuantitativas –como las encuestas por cuestionario, los test sociométricos o los test de personalidad– procedentes de otras ciencias sociales, y que les han permitido calibrar la distribución numérica de los fenómenos socioculturales estudiados (hechos, opiniones, conocimientos, etc.) dentro de poblaciones más o menos amplias. Pero aún más significativo es, para mí, que no hayan rehusado tampoco emplear con fines cuantitativos las técnicas tradicionales de la disciplina, incluyendo la propia observación participante» (Jociles, 1999, p. 13).

Durante el trabajo en el campo, el etnógrafo mantiene un contacto prolongado y directo con la comunidad o grupo con el que trabaja que le permite observar los valores y las prácticas sociales y atender a las explicaciones de estas personas sobre sus percepciones y conductas en el contexto en el que tienen lugar y en el que adquieren sentido. En este contacto directo se produce una comunicación que permite al investigador acceder no solo a las acciones de las personas sino, muy especialmente, al conjunto de significaciones que estas les otorgan y a la lógica detrás de cada acción.

En etnografía, en tanto que estrategia cualitativa, las situaciones que se investigan son naturales pero también pueden ser provocadas o creadas por el investigador. Esto le permite observar, intentar comprender y analizar los fenómenos tal y como se producen en su contexto natural y, también, crear, me-

diante la aplicación de distintas técnicas, situaciones artificiales que permitan indagar más profundamente en los fenómenos. De nuevo, en palabras de Jociles (1999):

«[...] los procesos sociales se observan tanto en situaciones cotidianas como en situaciones especialmente preparadas para la investigación (las entrevistas, los grupos de discusión o las encuestas), con lo que se minimiza el peligro de que los resultados solo sean aplicables a estas últimas; de igual modo que el uso que se hace en la etnografía de múltiples fuentes de información disminuye la eventualidad de que las conclusiones sean dependientes de los efectos originados por la idiosincrasia de una determinada técnica de producción de datos o de un determinado tipo de situación "natural". No en vano, la etnografía (y, dentro de ella, la observación participante) se empeña en abordar una misma realidad desde "tantas facetas como sea posible"» (Jociles, 1999, p. 1).

A partir de la utilización combinada y adecuadamente fundamentada en el objeto de investigación de las diferentes técnicas –cada una con sus potencialidades y limitaciones–, el etnógrafo obtiene una serie de datos que deberá ordenar, analizar e interpretar para construir hipótesis, ponerlas a prueba y reelaborarlas, en un proceso continuo que le permitirá adquirir un conocimiento profundo y contextualizado de la realidad. Esta formulación y reformulación continua de hipótesis a la luz de los datos que surgen en las diferentes etapas de la etnografía es también una señal de identidad disciplinaria para la antropología y la metodología cualitativa en general. San Román (2009) lo explica así:

«Un punto irrenunciable de la propuesta es la convicción de que tanto si se trata de un trabajo etnográfico prospectivo, como de un trabajo de observación participante a largo plazo, como de uno especialmente diseñado para la contrastación, y tanto si se trata de propuestas de generalizaciones empíricas como de explicaciones a partir de significados, causas, razones, motivos o intereses, para que resulte útil es necesaria la validación de sus conclusiones. En primer lugar, debe validarse la existencia y la extensión de los problemas, de los fenómenos sobre los que nos interrogamos. Y cualquier propuesta interpretativa o teórica –ya se trate de hipótesis que parten de teorías o de hipótesis etnográficas ya disponibles con anterioridad o bien generadas en ese mismo proceso de trabajo etnográfico– deberá ponerse a prueba para ver, ante todo, si da cuenta de manera satisfactoria del problema planteado, si resulta aceptable para el ámbito al que se supone que se aplica y, después, si resulta fecunda, si se puede extender a otros problemas y/o ámbitos» (San Román, 2009, p. 238).

En definitiva, el desarrollo del trabajo de campo en el contexto en el que tiene lugar la realidad que se investiga, durante un tiempo prolongado, y a través del contacto directo y empático con los actores sociales son, podría decirse, las principales señales de identidad del proceso etnográfico, los rasgos sin los que no se entiende como tal. Jociles (1999) lo explica así, tomando, además, las opiniones de otros autores destacados:

«Es verdad –como afirma Wolcott (1993, pp. 128-129)– que "permanecer mucho tiempo haciendo un trabajo de campo no produce, en y por sí mismo, una mejor etnografía, y no asegura de ninguna manera que el producto final será etnográfico", como igualmente lo es que resulta complicado determinar cuál es el periodo en que es necesario "estar allí", pero –como Ogbu (1993, pp. 148-149) o Teresa San Román (1996, p. 171)– no oculto tampoco mi desconfianza hacia investigaciones que duran unos pocos meses o un par de semanas, sobre todo si no se está familiarizado con el grupo y/o con el tema investigado. El tiempo es uno de los diversos requisitos indispensables pero no suficientes: con solo él no se hace etnografía, pero sin él no puede hacerse, precisamente porque –como he dicho antes– delimita, junto con la permanencia inmediata y la negativa a separar las figuras de trabajador de campo y analista, sus condiciones materiales de posibilidad. Son ellas las que permiten que las interpretaciones/explicaciones que se van avanzando puedan ser modificadas sobre el terreno conforme se va entrando en contacto con los datos, que

el investigador observe los cambios que sufren las prácticas sociales en función de las variaciones situacionales cotidianas, que los comportamientos en situación de entrevista y/o encuesta puedan ser cotejados con los que acaecen en situación “natural”, e incluso que la cuestión del acceso a la información adquiera matices peculiares.

No cabe duda de que el acceso a la información y a los escenarios constituye uno de los mayores problemas de cualquier investigador, pero más en el caso del etnógrafo que busca no solo consultar documentos o que los informantes le cuenten cosas, y con la mayor profundidad posible, sino estar presente en ellas con el fin de poder observarlas directamente. Y el asunto se complica si se tiene en cuenta que la consecución del acceso no termina con lograr o poseer un permiso para llevar a cabo la investigación, sino que este permiso es solo el inicio de un continuo proceso de negociación para acceder a cada lugar y a cada informante que interese para los fines de la misma. Es más, cada escenario va a admitir unos comportamientos distintos por parte del etnógrafo, así como la obtención de la información va a exigirle unas estrategias diferentes según sea el grado de privacidad que socialmente se le asigna. Todo etnógrafo sabe que no es lo mismo solicitar una entrevista para hablar sobre conflictos de herencia que sobre las fiestas populares, sobre las relaciones sexuales de pareja que sobre las aficiones literarias; del mismo modo que no ignora o no debería ignorar que algunos lugares no toleran la presencia de personas con determinadas características de género, edad o nacionalidad, que otros requieren inexorablemente la adopción de un cierto tipo de papel social o que, en otros (como en los modernos espacios de tránsito), la presencia física del investigador no representa en sí ninguna dificultad, mientras que sí la representa su actividad indagadora. Ahora bien, hay que traer a colación que, si bien la etnografía –como he dicho– impone al investigador retos difíciles con relación al acceso, también le provee de oportunidades para alcanzarlo, ya que la permanencia inmediata en el campo y la participación más o menos activa en la vida de los colectivos estudiados le abre puertas cerradas a otros: no se tiene la misma probabilidad de llevar a cabo una entrevista, de reunir a gente para un grupo de discusión, de que se responda a un cuestionario o de poder observar presencialmente determinadas escenas, si algo de esto es solicitado por un entero desconocido que si es pedido por alguien del que se sabe con antelación quién es, dónde vive y qué pretensiones tiene realmente, entre otros motivos, porque resulta bastante más difícil darle una negativa a su solicitud» (Jociles, 1999, p. 16).

La etnografía requiere, de acuerdo con todo lo anterior, una serie de condiciones: sumergirse en la vida cotidiana de las personas con las que se trabaja, participar de su realidad, buscar la comprensión *in situ* de los fenómenos de estudio en el contexto en el que se dan y en el que adquieren su significado y desentrañar las lógicas que dan sentido a las prácticas sociales. Para esto, la estancia del etnógrafo en el campo debe prolongarse durante el tiempo suficiente para conseguir una adecuada familiarización y comprensión del fenómeno de estudio; duración que se establecerá en función de las características de este y de los objetivos de la investigación pero que, en cualquier caso, y por definición, se entiende como prolongada.

Nota

¿Etnografía rápida? La posibilidad de realizar etnografía en periodos breves de tiempo ha sido objeto de enorme polémica en la metodología cualitativa, especialmente desde la antropología, donde la expresión adquiere prácticamente el carácter de oxímoron. Se refiere a la aplicación de técnicas de campo, fundamentalmente la observación y las entrevistas, en periodos cortos de tiempo, alrededor de unos pocos meses o incluso semanas. Entre sus defensores, se alega la posibilidad de acortar el proceso de toma de datos etnográfico a partir de una clara delimitación del tema de estudio (del que debe existir un buen conocimiento previo), de la formación en la aplicación rápida y operativa de las técnicas y una gran capacidad comunicativa del investigador. Para sus detractores, entre los que nos encontramos, implica una utilización incorrecta y perversa de un conjunto de técnicas que tienen como aspecto clave la necesidad de establecer relaciones de confianza y familiarización con el contexto que doten de confiabilidad a los datos. Este uso respondería no al aprovechamiento de las potencialidades de las técnicas ni de la estrategia etnográfica, sino a la supeditación de la calidad a los ritmos frenéticos de la investigación actual y a la lógica mercantilista y cuantitativista que invade a la investigación social. Las consecuencias, previsibles, apuntan no solo a la degradación de las técnicas, la metodología cualitativa y las disciplinas que la emplean sino, y es mucho más grave,

a repercusiones negativas en la vida de los sujetos cuando las conclusiones extraídas de este tipo de estrategia se utilizan para implementar programas o políticas que les afectan.

Volveremos con detenimiento sobre estas cuestiones al hablar de las diferentes técnicas cualitativas de investigación, especialmente, de la observación participante.

Por otra parte, atendiendo al segundo significado de *etnografía* que nos proponía Pujadas (2004, p. 17) un poco más arriba, la *etnografía como producto* sería el resultado final de la *etnografía como proceso*, es decir, el producto resultante del análisis, interpretación y presentación de los datos obtenidos en el proceso etnográfico. Esta presentación puede darse en forma de texto (artículo científico o de divulgación, libro, informe, tesis doctoral, etc.) o, en la actualidad, en algún otro tipo de formato: documental, página web, blog, etc.

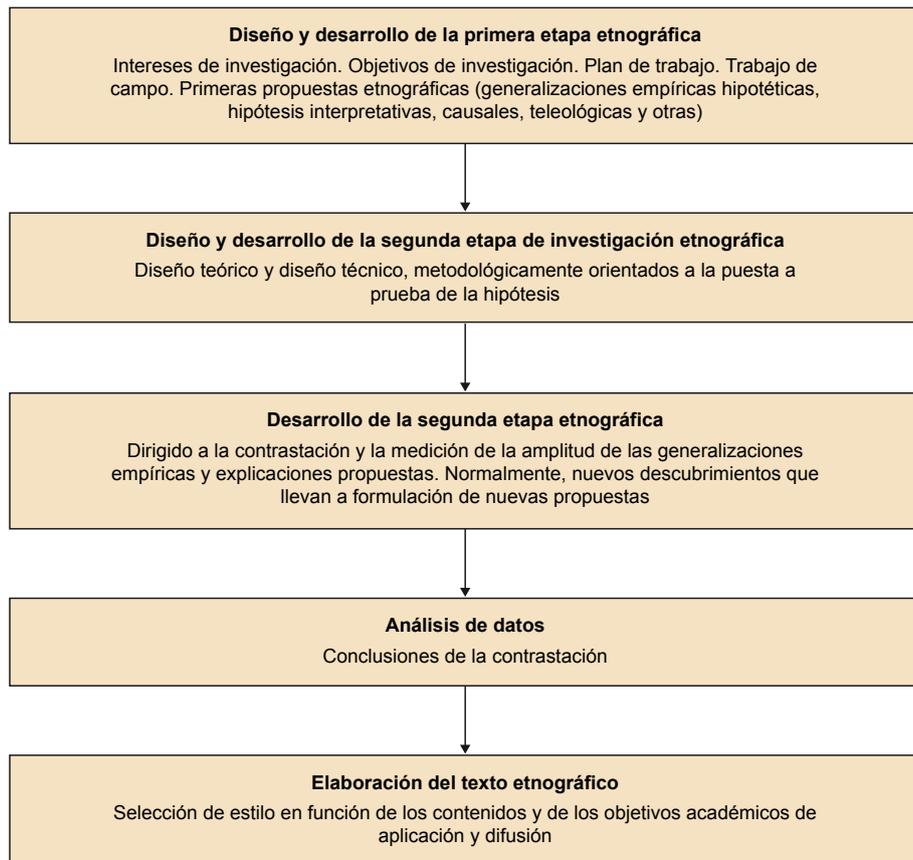
Ahora bien, la etnografía es, sí, un *proceso* y un *producto*, pero es, a ojos de los profesionales que la desarrollan o que la tienen como piedra angular de su quehacer como los antropólogos, mucho más que eso: es una estrategia de investigación, una posición metodológica, pero es también una actitud ante el Otro, ante el mundo, ante el conocimiento y, en definitiva, ante la vida. Pujadas (2004) lo explica así:

«L'etnografia, més enllà de ser una pràctica científica, més enllà de fonamentar-se en un conjunt de regles de mètode i de tècniques de camp, constitueix una experiència subjectiva, una manera de situar-se sobre el terreny, una manera de relacionar-se amb la gent i, fins i tot, una manera de viure» (Pujadas, 2004, p. 272).

«L'etnografia constitueix, al mateix temps, un dispositiu d'accés al coneixement dels valors i practiques socials de la gent i, també, una experiència personal en què els propis valors, practiques i habituds de l'investigador es confronten i s'entrecreuen amb les trajectòries vitals d'unes persones que ens serveixen de talaia d'observació d'un mon que pretenem analitzar, però del qual simultàniament formen part. L'etnografia, en aquest sentit, esdevé una experiència dialògica, una manera compartida d'observar experimentalment una realitat que, a causa del mateix esforç analític, trenca la seva monòtona configuració quotidiana i s'omple de matisos i d'angles de percepció nous, oberts a l'exploració» (Pujadas, 2004, p. 272).

En lo que se refiere a su aplicación concreta en diseños cualitativos de investigación, San Román (2009) propone un modelo de investigación basado en la etnografía de amplio alcance, dividido en dos partes, que podría resumirse en el siguiente esquema:

Figura 1. Secuencia metodológica propuesta para la génesis y puesta a prueba de hipótesis en una investigación etnográfica



Fuente: San Román (2009, p. 242).

De acuerdo con el cuadro anterior, encontraríamos una primera etapa, orientada a garantizar un conocimiento general del grupo humano con el que se va a trabajar (un grupo étnico, la población de un barrio, los profesionales de un sector...), sus patrones culturales, sus instituciones y relaciones entre ellas, fundamentalmente a través de la observación participante:

«Después de la primera etapa de campo es posible:

- Conocer de antemano gentes y grupos, territorios y relaciones entre ellos, que supongan comprensión de los fenómenos y relaciones de campo fiables, en las que el etnógrafo o la etnógrafa puedan apoyarse, a) con relativa confianza y b) con el suficiente conocimiento sobre la representación de los niveles de variación sociocultural presentes en la población.
- Establecer los intereses focales para continuar la investigación, planteando los enunciados a partir del conocimiento teórico de quien investiga y de la experiencia y la reflexión de campo en el contexto en el que se producen los hechos a los que se refieren.
- Explicitar las interrelaciones de los datos en un contexto preciso. Esta tarea con frecuencia exige ampliar el conocimiento teórico de quien investiga.
- Definir con sentido y operacionalizar lo más cercanamente posible a ese sentido las entidades teóricas con las que se trabajará después.
- Tener el conocimiento preliminar, pero bien fundado, para seleccionar casos o diseñar muestras de la diversidad de la población y de sus características culturales.
- Conocer la aplicabilidad de las técnicas a esos contextos y poblaciones para poder seleccionar las adecuadas por criterios no solo guiados por las exigencias de los objetivos de investigación, sino también por la mejor aceptación de unas u otras técnicas por los distintos grupos, la elección de los momentos adecuados para realizar diferentes tareas investigadoras, etc.» (San Román, 2009, pp. 239-240).

En una segunda etapa, una vez conocida con solvencia la población con la que se trabaja, se diseña una investigación orientada a profundizar en los temas concretos de interés, a la contrastación de hipótesis generadas en la etapa anterior y la formulación de otras nuevas. San Román (2009) lo explica así:

«En un segundo trabajo sobre el terreno, teniendo ya una comprensión previa que permite formalizar un diseño teórico y un diseño técnico guiado por este, buscamos profundizar en los temas focalizados y no solo ya en el conocimiento general de la cultura, contrastar y delimitar la extensión de las generalizaciones y poner a prueba las interrelaciones, que resultarán validadas o no. Esta segunda etapa de campo, además, a su vez suele dar pie a nuevas indagaciones y propuestas contrastables, que abren nuevos caminos de investigación a programas largos de construcción etnográfica. En este sentido, resulta evidente que una segunda etapa de trabajo de campo puede serlo para la contrastación de hipótesis generadas en una primera etapa de esa misma investigación o en investigaciones anteriores, pero puede ser también una etapa que sería la primera para nuevas ideas que surgen de ella» (San Román, 2009, p. 240).

Tanto la toma de datos como su puesta a prueba caracterizarían ambas etapas, sobre la base de la necesidad de contrastación continua y de la provisionalidad y falibilidad de todo conocimiento científico:

«Efectivamente, lo que proponemos es que se realice antes que nada una comprensión, en la que después nos extenderemos, en un trabajo de campo que da lugar a la formulación de hipótesis y que después de esa formulación realicemos otro dirigido a ponerlas a prueba de forma adecuada. Pero en el primer trabajo de campo en ningún caso se renuncia a la contrastación, por el contrario, las hipótesis se concluyen porque han resistido a aquellas pruebas a las que hemos podido someterlas en las condiciones, en el contexto y con las personas que nos han inspirado esas ideas y otras del mismo grupo de informantes seleccionado para su estudio. Y de la misma forma, en la segunda etapa de campo no solo se contrastarían las ideas ya formalizadas surgidas de la etapa anterior, sino que se producen nuevos pasos en la comprensión y nuevas hipótesis que exigen, a su vez, ser puestas a prueba intencionadamente en distintas condiciones en un nuevo trabajo de campo. El proceso no tiene fin porque en el conocimiento científico nunca nada está definitivamente validado, porque las variaciones espaciales y temporales suponen cambios que resultan nuevamente contrastadores, y porque el aumento de nuestro conocimiento

propicia que tengamos ideas cada vez más incisivas y comprensivas cuando volvemos a situarnos nuevamente en el campo.

En definitiva, se trata de dos etapas de campo, a la primera de las cuales corresponde el *énfasis* en una familiarización sustancial con la población, su cultura y sus contextos y a la segunda el *énfasis* en una puesta a prueba de los resultados de la anterior, frecuentemente en modificaciones, si no abandonos, de propuestas anteriores, en la construcción teórica que exige la precisión de los conceptos y de la operacionalización, el diseño y la adecuación de las técnicas para lograr esos cometidos. En este modelo se está caracterizando cada etapa de campo por un *énfasis* en distintos tipos de tareas, pero insistimos en dejar claro que siempre hay un cierto solapamiento porque en cada una de las etapas se realizan tareas que se han señalado como específicas de la otra. No se trata, por tanto, de una secuencia estanca e inmutable sino que, al ocuparse por una parte de la *elucidación de los fenómenos culturales, de su sentido y de las relaciones que los vinculan y, por otra, de la fiabilidad de los datos, del alcance de las generalizaciones y de la validación de hipótesis teóricas*, se propone como el bastidor de los procesos de construcción etnográfica, que varían enormemente en sus exigencias y potencialidades, en sus objetivos, en el proceso y en el tiempo que se dedica a ellos» (San Román, 2009, pp. 240-241, las cursivas son suyas).

Se trata, como puede observarse, de una propuesta que implica un trabajo de campo prolongado e intensivo orientado a lograr datos de alta confiabilidad. Es, no obstante, una propuesta de corte clásico que encuentra un encaje difícil en los ritmos rápidos que dominan el panorama investigador pero que se mantiene, por el enorme prestigio de su autora en la antropología actual, como un referente para el quehacer etnográfico.

2) Teoría fundamentada

La teoría fundamentada o, en su denominación original en inglés, *grounded theory*, fue definida por Glaser y Strauss en 1967 en el libro ya clásico *The Discovery of Grounded Theory*.

Surgió como una reacción a la excesiva preponderancia de los enfoques hipotético-deductivos en ciencias sociales y, desde los años noventa, se ha convertido en un enfoque popular, especialmente en sociología, disciplina en la que continúa teniendo una enorme influencia.

La teoría fundamentada se interesa especialmente por la interacción entre los sujetos sociales, sus prácticas y representaciones desde un enfoque claramente cualitativo, en lo que se refiere sobre todo a la flexibilidad de los diseños y la actitud abierta del investigador que permita el surgimiento de nuevos conceptos, hipótesis y teorías. Este enfoque la hace especialmente útil en estudios de nivel micro sobre los que no existen muchos conocimientos previos ni un cuerpo teórico consistente. En palabras de Verd y Lozares (2016):

«Como se ha indicado, las explicaciones que proporciona la teoría fundamentada aspiran a un encaje completo con la información empírica obtenida. En este sentido, “los datos mandan” y deberán ser utilizados para modificar o dibujar una explicación teórica homologable con ellos. La estrategia es, por lo tanto, muy flexible y aplicable a contextos en los que *a priori* no existan explicaciones disponibles. Cuestiones no abordadas anteriormente o datos no analizados previamente pueden ser tratados perfectamente con esta estrategia.

Por otro lado, este sistema no prioriza ningún tipo de información o método para obtenerla sobre otros; la información preferida será aquella que proporcione datos sobre las prácticas de los agentes y las razones que guían estas prácticas, pero cualquier tipo de información cualitativa (o incluso cuantitativa) cabe en la lógica de análisis de la teoría fundamentada. Su procedimiento de análisis es sistemático y transparente, y vincula estrechamente (de modo interactivo y recursivo) las fases de obtención de datos y análisis de datos» (Verd y Lozares, 2016, p. 62, las cursivas son suyas).

En posiciones cercanas al inductivismo, se defiende que el proceso de diseño de la investigación y, especialmente, de selección de las unidades de observación y de desarrollo de las técnicas debe ser independiente al máximo del conocimiento preexistente. Posiciones más matizadas (Strauss y Corbin, 1990) defienden que el conocimiento previo de los investigadores orienta el planteamiento inicial de la investigación, en cuanto al objeto de estudio, preguntas iniciales de investigación y los primeros pasos de la selección de muestras y escenarios de observación. En cualquiera de las posiciones, de manera coherente con la esencia cualitativa de la estrategia, no se da una preselección rígida ni totalmente definida de las muestras y situaciones, ni de las técnicas e instrumentos de toma de datos, sino que el diseño se orienta a la significación teórica y se plantea como emergente, manteniendo el investigador en todo momento una actitud abierta, flexible y, sobre todo, reflexiva. Si seguimos la línea establecida por Strauss y Corbin (1990):

«Así, siguiendo a Strauss y Corbin (1990), puede afirmarse que el trabajo de campo en la teoría fundamentada debe ser *a)* teóricamente relevante, *b)* centrado (*focused*) progresivamente, *c)* sistemático, y *d)* flexible» (Verd y Lozares, 2016, p. 125, las cursivas son suyas).

En esta línea, los primeros datos se interpretan a partir de los conocimientos existentes, pero, al mismo tiempo, y es la orientación principal, se utilizan para poner a prueba estos conceptos e hipótesis iniciales, proponer otros y generar teoría.

En el curso de la investigación (a partir de la aplicación articulada de diversas técnicas de campo) se van obteniendo nuevos datos que van interpretándose, codificándose y comparándose con los anteriores: es decir, se seleccionan nuevos escenarios, sujetos y temas, obteniendo nuevos datos y analizándolos, para volver de nuevo al campo y continuar este proceso orientado de toma de datos. Por este motivo, se dice que el muestreo es *centrado progresivamente*, ya que la selección de unidades y formulación de categorías es inicialmente amplia y abierta y se va acotando poco a poco, a medida que los datos permiten mejorar el conocimiento. La *selección* de nuevos casos y unidades de observación no es, claro está, aleatoria, sino *sistemática*: se eligen porque per-

miten ir obteniendo datos útiles para reflexionar sobre los temas, variables y relaciones y, por tanto, para trabajar sobre las hipótesis y la teoría emergente, para rechazarlas o reformularlas cuando sea necesario.

Esta comparación de datos obtenidos en momentos y circunstancias diferentes permite que surjan nuevas preguntas o líneas de investigación, fenómenos, variables o relaciones entre variables que inicialmente no habían sido contemplados, de manera coherente con la lógica cualitativa. Así, permite la formulación y contrastación continua de hipótesis, avanzando en la madurez de las categorías y conceptos hasta que se va logrando definir las que son centrales para el tema de estudio.

El proceso se da por terminado al alcanzar un punto de *saturación*, es decir, cuando llega un momento en el que continuar recopilando datos no permite ya la formulación de conceptos o interpretaciones nuevas, de manera que la obtención de datos empíricos debe darse por terminada. Las unidades de observación no se definirán por completo, por tanto, hasta que haya acabado el proceso de muestreo y análisis y se haya alcanzado la saturación teórica. En este punto, cualquier nueva información empírica debería encajar ya en el modelo teórico que se ha ido construyendo.

Se trata, según Strauss y Corbin (1990), de un proceso iterativo constante en el que los datos se comparan entre sí y con la teoría. Precisamente, de ahí el nombre que Glaser y Strauss (1967) dieron a la estrategia: *método comparativo constante*.

«Glaser y Strauss basan su método cualitativo de generar y construir teorías en el "análisis comparativo constante", que aunque guarda relación con la inducción analítica de Znaniecki, no coincide con ella. Se trata de utilizar la comparación constante de los datos que se tengan, manteniendo los conceptos abiertos y flexibles, de modo que emerjan nuevos conceptos a lo largo del análisis. Estos conceptos, categorías y propiedades deben ser a la vez *analíticos* (generales para designar características de entidades) y *sensibilizadores*, en el sentido de Blumer. Una vez que se dispone de categorías y conceptos se formulan las relaciones entre ambos en forma de hipótesis sujetas a verificación. El objetivo último es llegar a una teoría enraizada (*grounded*) en los datos, o sea, que emerja de ellos. El método comparativo constante implica codificación y análisis al mismo tiempo y sus autores lo describen en cuatro fases:

1. Comparación de incidentes aplicables a cada categoría: al codificar un incidente dentro de una categoría se compara con los incidentes previos de los mismos y distintos grupos codificados en la misma categoría; al realizar este proceso se llega a un momento en que hay que parar de codificar y registrar todas las ideas surgidas.
2. Integración de categorías y de sus propiedades.
3. Delimitación de la teoría.
4. Se escribe la teoría» (Alvira, 1983, p. 71, las cursivas son suyas).

El método comparativo constante implica, por tanto, el trabajo intensivo con los datos y su análisis y codificación para construir conceptos y categorías. En su versión menos inductivista (y más habitual en la investigación social hoy en

día), defendida por Strauss y Corbin (1990), englobaría los siguientes procesos (Taylor y Bogdan, 1987; Valles, 1997) que actuarían de manera simultánea en todo el proceso de análisis:

a) Recopilación, ordenación y revisión exhaustiva de información procedente de técnicas diversas (entrevistas, observaciones, material bibliográfico, etc.).

b) Intento de establecer una codificación temática de este material, entendido este proceso siempre de forma abierta. Valles (1997) resume y traduce la explicación de Glaser y Strauss (1967) de la siguiente manera (Valles, 1997, p. 349):

«Por ejemplo, en el estudio sobre el cuidado dispensado por el personal de enfermería a los pacientes moribundos, al comparar las respuestas de las enfermeras acerca de la muerte potencial de sus pacientes, Glaser y Strauss (1967, pp. 105-106) idearon la *categoría* "pérdida social". Bajo este *código* reunieron un *verbatim* variopinto: "era tan joven", "iba a ser médico", "tenía toda la vida por delante" o "¿qué harán sus hijos y su marido sin ella?". Frases y fragmentos que contenían valoraciones de las enfermeras sobre el grado o tipo de pérdida para la familia del enfermo o para la sociedad en general.

Este tipo inicial de *codificación* se ha denominado, posteriormente, "codificación abierta" (*open coding*), en los manuales de Strauss (1987) y Strauss & Corbin (1990)» (Valles, 1997, p. 349, las cursivas son suyas).

c) La generación de categorías va acompañada de la definición cuidadosa y sistemática de sus propiedades y dimensiones. Ahora bien, el proceso de trabajo sobre los datos y generación de categorías no se interrumpe en ningún momento.

«Por ejemplo, Glaser y Strauss, al comparar las entrevistas hechas a enfermeras de distintos hospitales y plantas, descubrieron la *propiedad* (de la categoría *pérdida social*) de que el personal de enfermería *recalculaba*, constantemente, su valoración de la *pérdida social* de un paciente, conforme iban conociéndole más. Este *recálculo* o reajuste se convirtió, analíticamente, en una *subcategoría* o *propiedad* de la categoría *pérdida social* bajo la que se fueron acumulando fragmentos de entrevistas sobre este *incidente*.

En general, en esta fase, el analista a partir de una *categoría* (de mayor o menor potencial conceptual, teórica) trata de pensar en la gama completa de *propiedades* de la categoría (las *condiciones* bajo las que varía, las *interacciones* de los actores, las *estrategias* y *tácticas* de estos, las principales *consecuencias*). Strauss (1987) ha propuesto sistematizar esta búsqueda activa de propiedades a través del llamado "paradigma de la codificación" (*coding paradigm*), que comprende los cuatro elementos que se acaban de señalar: *condiciones*, *interacciones*, *estrategias/tácticas* y *consecuencias*.

En relación con ello, se define una nueva modalidad de *codificación*, la *axial* (*axial coding*): "aspecto esencial de la codificación abierta", consistente en el "análisis intenso hecho alrededor de una categoría cada vez, en términos de los elementos del paradigma" (Strauss, 1987, p. 32). Lo que acabará desvelando las relaciones entre esa y otra(s) categoría(s) y sus subcategorías: avanzando así a la fase o momento siguiente de la *integración* de categorías y propiedades» (Valles, 1997, p. 350, las cursivas son suyas).

Se trataría, en resumen, de un proceso, constante y simultáneo, de dos tipos de *codificación*, *abierto* y *axial*, en la que se elaboran categorías a partir del material disponible, se definen, se dimensionan sus componentes o propiedades (también a partir del estudio detallado del material) y se relacionan con otras, observando su *comportamiento*. Esto último lo explican los propios autores de la siguiente manera:

«Esta comparación constante de incidentes muy pronto empieza a generar propiedades teóricas de la categoría. El analista comienza pensando en términos de la gama completa de tipos... de la categoría, sus dimensiones, las condiciones bajo las que aumenta o se minimiza, sus principales consecuencias, su relación con otras categorías y sus otras propiedades. Por ejemplo, mientras comparábamos constantemente incidentes sobre cómo las enfermeras respondían a la pérdida social de pacientes moribundos, nos dimos cuenta de que algunos pacientes eran percibidos como una alta pérdida social y otros como una baja pérdida social, y que el cuidado del paciente tendía a variar positivamente con el grado de pérdida social. También era evidente que algunos de los atributos sociales que combinaban las enfermeras para establecer el grado de pérdida social eran inmediatamente visibles (edad, grupo étnico, clase social), mientras que otros eran aprendidos después de un tiempo con el paciente (mérito ocupacional, estatus marital, educación). Esta observación nos condujo al reconocimiento de que la pérdida social percibida puede cambiar conforme se conocen atributos nuevos de los pacientes. También se descubrió, a partir del estudio de grupos de comparación, bajo qué condiciones (tipo de plantas y hospitales) encontraríamos agrupaciones de pacientes con grados diferentes de pérdida social» (Glaser y Strauss, 1967, p. 106, citado en Valles, 1997, p. 351).

d) Existiría una tercera forma de *codificación*, la *selectiva*, que implicaría el intento, también constante y reflexivo, de reducir al máximo el número y la complejidad de las categorías, eliminando las no pertinentes y sustituyéndolas por otras de mayor valor conceptual, agrupando otras, etc.

e) La siguiente etapa (aunque, insistimos, se trata de procesos continuos y simultáneos) sería la integración de las categorías, de sus propiedades y las hipótesis formuladas sobre ellas y las relaciones entre sí, para intentar formular teorías. En sus palabras:

«Tanto el cálculo de la pérdida social como la historia de esta pérdida guardaban relación con las estrategias de la enfermera a la hora de afrontar el desconcertante impacto sobre su compostura profesional ante, por ejemplo, un paciente terminal con alta pérdida social (e.g., una madre con dos hijos). Este ejemplo muestra... que la categoría acaba integrándose con otras categorías de análisis: la pérdida social del paciente moribundo está relacionada con la forma como las enfermeras mantienen la compostura profesional mientras atienden al moribundo. De este modo, la teoría se desarrolla, conforme las diferentes categorías y sus propiedades tienden a integrarse a través de las comparaciones constantes que fuerzan al analista a dar sentido teórico a cada comparación» (Glaser y Strauss, 1967, p. 109, citado en Valles, 1997, p. 353).

f) Finalmente, se llega a la formulación de teorías, sustantivas o formales. Este énfasis en la producción de teoría a partir de los casos se ha señalado, al tiempo, como el principal punto fuerte del enfoque de la teoría fundamentada y su mayor crítica (por el carácter inductivo que implica).

Así entendida, la teoría fundamentada tiene a su favor su apuesta decidida por el rigor y la transparencia en los planteamientos metodológicos y la defensa a ultranza de la congruencia entre el corpus empírico y el teórico.

Las críticas a la teoría fundamentada han sido, no obstante, muchas y variadas. Por una parte, se le ha reprochado un excesivo énfasis en un inductivismo extremo que llevaría casi a un rechazo o desprecio por los cuerpos teóricos anteriores a la investigación, confundiendo, en nuestra opinión, la necesaria ausencia de preconcepciones rígidas e invalidantes o incluso prejuicios de los

investigadores con algo prácticamente imposible (e innecesario) como afrontar un objeto de estudio sin (casi) ningún cuerpo conceptual, de hipótesis o teórico.

Tal y como se explica con más detalle en Verd y Lozares (2016), los planteamientos de Glaser y Strauss fueron diferentes después de la publicación del libro en 1967. El primero (Glaser, 1992), abogó en publicaciones posteriores por un inductivismo sin complejos que, en su opinión, eliminaba los sesgos de las ideas preconcebidas, defendiendo que los investigadores deben dejar de lado cualquier planteamiento teórico que pueda orientar su mirada, incluso cuando ha sido este el que ha hecho surgir el interés por el objeto de estudio; el segundo (Strauss y Corbin, 1990), cuya opinión compartimos, defiende una línea abductiva en la que el corpus teórico preexistente ayuda en la construcción del objeto de estudio, en el diseño de la investigación y en el proceso de toma y análisis de datos. Existiría incluso una tercera línea, cercana al construccionismo social (Charmaz, 2006; Clarke, 2005).

Por otra parte, se ha reprochado también que el énfasis en los datos micro puede hacer perder de vista los factores macrosociales que estarían detrás de muchos de los temas que se investigan.

«En una investigación de dinámica inductiva, y tras plantear un tema más o menos amplio de investigación, la persona investigadora empezará por la obtención de información detallada de las unidades de información consideradas. Esta información se clasifica en incidentes o temas, que son las unidades básicas de análisis. A continuación, por medio del método comparativo constante estos incidentes permiten el desarrollo de categorías, que se sitúan a un nivel superior de abstracción que el de los incidentes. Estas categorías se van desarrollando de modo que también se asocian a ellas sus propiedades, a la vez que se van recogiendo en forma de anotaciones cualquier elemento que sorprenda o apele a la persona investigadora. Estas anotaciones serán posteriormente ordenadas y agrupadas en el momento de escribir, y siempre deben modificarse con la adquisición y análisis de nuevos datos. Más adelante en el proceso investigador estas anotaciones servirán para identificar la categoría central (*core category*) de la investigación, que se constituirá en el eje central del desarrollo de la teoría emergente (*theoretical writing*). Solo una vez que tengamos redactada nuestra teoría habrá llegado el momento de leer la posible literatura existente en torno a la cuestión tratada» (Verd y Lozares, 2016, p. 99, las cursivas son suyas).

3) Estudio de caso

Se trata de una estrategia de investigación que opta por el estudio en profundidad de un número reducido de casos (o incluso solo uno), que pueden ser una población, institución, situación o fenómeno social concreto.

El estudio de caso ha estado presente desde sus inicios como disciplina científica en la antropología. En sociología, vivió una época dorada con los estudios de la Escuela de Chicago, fue desplazado por la corriente más positivista y cuantitativista, hasta que se recuperó hacia los años ochenta, adquiriendo en este momento un papel destacado. En la actualidad, es una estrategia utilizada por muchas otras disciplinas, aunque no siempre se diga de manera explícita. Así, su uso es común en medicina (especialmente en salud pública), psicología, trabajo social, etc.

En el estudio de caso es necesario tener presentes una serie de cuestiones cruciales para garantizar la calidad del diseño, entre las que destacamos dos. En primer lugar, es fundamental la clara *delimitación del caso*. Verd y Lozares (2016) lo explican así:

Lectura complementaria

Podéis encontrar ejemplos concretos de investigaciones que adoptan esta perspectiva en Pujadas (2004), a partir de la página 194:

J. J. Pujadas (Coord.). (2004). *Etnografía*. Barcelona: UOC.

«Un caso puede ser un acontecimiento, una situación, un colectivo, una estructura, una institución... pero también simplemente una persona. Esta última opción no supone problemas de delimitación, pero en general la definición de los límites del caso o casos no es evidente ni inmediata. Tanto Hamel, Dufour y Fortin (1993) como Gerring (2007) insisten en la importancia de definir y delimitar los casos objeto de estudio, no solo conceptualmente, sino también temporal y espacialmente, cuando sea pertinente. A ello ayudará, obviamente, toda la información teórica recopilada para la investigación. El caso debe ser siempre una realidad autocontenida, con unos límites precisos que permitan distinguir la unidad de su contexto. Ello permitirá posteriormente desarrollar la comparación de casos, lo cual no excluye tener en cuenta en esa comparación los contextos relevantes en relación con cada uno de los casos» (Verd y Lozares, 2016, p. 53).

Para delimitar un caso, es imprescindible disponer de conocimientos previos sobre este, bien a partir de la bibliografía, de investigaciones previas o, en la misma investigación, a partir de fases anteriores de trabajo de campo. Este conocimiento de partida sirve para orientar la construcción del objeto de estudio y la formulación de preguntas de investigación, y para asegurar, en la medida de lo posible, la representatividad del caso respecto al tema de interés, así como para que se pueda, con ciertas garantías, plantear una generalización a otros casos de características similares. Verd y Lozares (2016) lo explican así:

«El objetivo de la elección de los casos es siempre generalizar los hallazgos (total o parcialmente) bien a un nivel analítico, porque los casos estudiados muestran aspectos teóricamente relevantes del fenómeno objeto de estudio, o bien a un nivel tipológico, hacia aquellas instancias con características similares a las analizadas [...]. Por lo tanto, una de las condiciones indispensables para el desarrollo de esta estrategia será conocer con antelación las características y el grado de idiosincrasia de los casos estudiados, de modo que se pueda determinar la extensión potencial de las conclusiones obtenidas. Esta condición muestra a las claras que en esta estrategia prevalece una dinámica en que una mínima revisión y sistematización del conocimiento teórico existente es necesaria antes de abordar la parte empírica de la investigación, y que, por lo tanto, esta se desarrolla siguiendo un razonamiento deductivo o abductivo. Solo de este modo podemos defender la pertinencia del caso o casos escogidos con nuestra pregunta de investigación» (Verd y Lozares, 2016, pp. 50-51).

Aunque compartimos en líneas generales esta exposición de Verd y Lozares (2016), sí queremos destacar que no siempre en la intención de los investigadores está necesariamente la generalización de los datos más allá del caso estudiado: la caracterización en profundidad de la población o el fenómeno es de interés *per se*, independientemente de que las conclusiones puedan o no ser extrapolables. Pujadas (2004) nos lo explica así:

«Quin és, doncs, el valor d'un estudi de cas concebut com a quelcom únic i irrepètible? Hi ha diverses respostes possibles, però proposem la següent com a fonamental: l'estudi de cas permet a l'investigador entendre el funcionament d'alguns aspectes de la societat estudiada en profunditat, en la seva lògica de funcionament; li serveix també per a plantejar-se preguntes rellevants de cara a fases posterior d'una investigació empírica i li serveix, en definitiva, per obrir-se camí en el bigarrat món dels sistemes simbòlics. No es pot pretendre arribar a interpretar una realitat si, prèviament, no s'ha estat capaç de comprendre-la» (Pujadas, 2004, p. 193).

Algunos autores (Verd y Lozares, 2016) señalan esta necesidad de conocimientos previos como una limitación del estudio de casos, consideración que no compartimos puesto que se trata de una estrategia que también es apta en estudios prospectivos y exploratorios siempre y cuando, eso sí, los investigadores sean conscientes de que se trata de eso, de aproximaciones iniciales a un tema o un objeto de estudio, que limitan enormemente las posibilidades de generalización y exigen una actitud abierta y humilde para reorientar el diseño

de investigación (y la propia selección de muestras y sujetos), pero permiten una caracterización profunda y contextualizada de un fenómeno o población de la que existen pocos conocimientos previos.

En segundo lugar, y de manera ligada a lo anterior, es necesario *dimensionar el caso*, es decir, delimitar el número de unidades que constituirán el caso elegido. Este número debe ser suficiente para garantizar que se puede alcanzar un conocimiento adecuado, en todas las facetas de interés, sobre el caso de estudio. No se trata, como se puede imaginar, de una decisión sencilla si tenemos presente que el objeto de estudio suele ser denso y complejo y sobre él se pretende una visión holista:

«Junto con la importancia de los límites, el número de casos es también otra de las dimensiones de relevancia crucial en este tipo de estrategia. Este número debe permitir la posibilidad de estudiar en profundidad a las unidades elegidas, por lo tanto, la pregunta de investigación y los recursos disponibles para la investigación desempeñarán un papel importante. La elección de una o unas pocas unidades (*n* pequeña) se hace a cambio de considerar en el análisis un elevado número de características (o variables, en un lenguaje más cuantitativo) para cada una de las unidades. Otra vez aparece aquí la idea de una aproximación holista que no fragmente las unidades en variables separadas, sino que las considere como un conjunto articulado e integrado de factores vinculados entre sí» (Verd y Lozares, 2016, p. 54, las cursivas son suyas).

Para realizar, entonces, un estudio de caso es necesario comenzar por establecer una tipología de escenarios, situaciones o poblaciones, es decir, de *casos potenciales*. El proceso de elaboración de esta tipología debe ser siempre transparente y debe explicarse con claridad en el diseño de la investigación.

Una vez elaborada la tipología (representada a menudo en forma de parrilla), el investigador debe escoger aquellos casos que sean significativos (siguiendo criterios teóricos) y accesibles y factibles (de acuerdo, entonces, con criterios prácticos), haciendo también explícitos los criterios que ha utilizado. A menudo, por desgracia, los casos no se eligen siguiendo estos criterios teóricos característicos (e imprescindibles) de los estudios cualitativos, sino por criterios de conveniencia aisladamente, lo que amenaza la significación sociocultural de los datos obtenidos y, también, cuando se pretenda, las posibilidades de generalización de resultados. Verd y Lozares (2016) insisten en ello:

«La elección de los casos de estudio se debe justificar por su relevancia teórica o por su pertenencia a una extensión más amplia de casos similares, o en todo caso, por su excepcionalidad particular. En cualquiera de estas circunstancias, un mínimo conocimiento teórico previo será necesario. La lógica contraria –la elección de un caso por su “interés intrínseco” sin ninguna referencia a un argumento más poderoso– parece una insuficiente justificación» (Verd y Lozares, 2016, p. 57).

Lectura complementaria

En relación con esto, resulta pertinente la diferenciación entre los conceptos de unidades de observación (que pueden ser simples o múltiples, según haya una única unidad de observación no fragmentable en otras o más de una, resultado de la fragmentación del caso en unidades independientes) y de tipo de diseño de caso (de caso único o de casos comparados). Profundizar en estas cuestiones resulta imposible aquí, pero os sugerimos que reviséis el libro de Verd y Lozares (2016), que incluye explicaciones y ejemplos:

J. M. Verd y C. Lozares (2016). *Introducción a la investigación cualitativa. Fases, métodos y técnicas*. Madrid: Síntesis.

Después de elaborada la tipología y seleccionado el caso, se procederá a la selección de unidades de observación, en las que se desarrollará el trabajo de campo concreto.

Así planteado, el estudio de caso constituye una estrategia investigadora especialmente útil en la investigación social debido a su capacidad para profundizar en el conocimiento del fenómeno y hacerlo, además, de manera contextualizada y flexible. Esto es así por el enfoque holista (atendiendo a la diversidad de las variables implicadas y la complejidad de las relaciones entre ellas), que permite el estudio en profundidad de unidades de diverso tamaño, de manera estática o longitudinal, y la posibilidad, bajo ciertas circunstancias, de plantear la comparación de casos, así como por su orientación tanto a la construcción como a la validación de hipótesis y teorías.

Este tipo de planteamientos sitúa al estudio de caso claramente en el campo cualitativo, aunque sin duda admite también el uso de técnicas cuantitativas de manera complementaria a una caracterización esencialmente cualitativa. Verd y Lozares (2016) defienden las siguientes ventajas:

«Como se ha señalado, la estrategia del análisis de casos desempeña hoy en día un papel muy importante en la investigación social. La principal ventaja de su uso está en su enorme flexibilidad. Ya se ha indicado que puede utilizarse para estudiar acontecimientos que se desarrollan desde el plano individual, al más agregado, y desde los estrictamente estáticos, a los de carácter histórico. También permite abordar de forma metodológicamente sencilla la comparación de situaciones y colectivos, por la vía del contraste entre casos y dentro de los mismos. Además, dada su capacidad inferencial, no se ajusta solamente a dinámicas de carácter deductivo, sino que también se aplica correctamente en situaciones que buscan la emergencia y validación de conceptos, hipótesis y teorías no necesariamente definidos con precisión inicial (lógica abductiva).

Otra de sus ventajas es la posibilidad de analizar con todo el detalle requerido por la pregunta de investigación (o deseado por la persona investigadora) todas aquellas dimensiones relevantes, lo cual la convierte en una estrategia muy apropiada para el estudio de situaciones o fenómenos caracterizados por su complejidad. Ello se consigue gracias a la posibilidad de estudiar los fenómenos sociales desde diversas perspectivas, abordando las relaciones causales holísticamente y no solo desde la correspondencia entre variables.

Esta estrategia también facilita el uso de una multiplicidad de fuentes de datos y métodos, lo cual redundará en una mayor posibilidad de contraste y comparación. Su necesaria atención a los contextos en que se sitúan los casos permite enmarcar los hallazgos teórica y empíricamente y facilita su generalización.

Finalmente, el hecho de que los estudios de caso se desarrollen siempre en entornos reales, debidamente contextualizados, facilita abordar tanto la dimensión temporal (la influencia de las circunstancias del pasado o incluso las proyecciones de los actores hacia el futuro), como la espacial (la influencia de los particulares entornos físicos y geográficos en los fenómenos estudiados)» (Verd y Lozares, 2016, pp. 56-57).

Lectura complementaria

Podéis encontrar una explicación detallada del muestreo en el estudio de casos en Verd y Lozares (2016, pp. 115-124):

J. M. Verd y C. Lozares (2016). *Introducción a la investigación cualitativa. Fases, métodos y técnicas*. Madrid: Síntesis.

3. Los diseños cualitativos de investigación

Aunque la estructura básica de cualquier investigación debe recoger siempre los mismos apartados (delimitación del problema, marco teórico, metodología, análisis de la información, exposición de resultados, conclusiones y bibliografía), los diseños cualitativos muestran una especificidad que hace necesaria una descripción detallada de cada paso de la investigación.

A continuación, abordaremos las características de los diseños cualitativos de investigación utilizando como hilo conductor la estructura general que debería tener un proyecto de investigación cualitativa que presentáramos, por ejemplo, a una entidad pública para conseguir financiación. Es necesario señalar, sin embargo, que esta estructura no está *escrita en piedra* de manera que, aunque todo proyecto deba incluir la información que trataremos aquí, puede hacerlo con una organización del texto diferente en algunos aspectos.

3.1. Consideraciones previas al diseño

La investigación, cualquiera, tiene lugar en un determinado contexto histórico, social, cultural, político y científico. No podemos, entonces, separar los diseños de investigación del contexto sociocultural en el que se desarrollan, ni de los marcos teóricos en los que se inscriben, pero, como veremos, esto no significa que el científico social deba dejarse atar por estas circunstancias sino, al contrario, siendo consciente de ellas, debe convertirlas en un elemento de reflexión.

En *este* contexto, el investigador –un ser humano con una determinada historia personal, una formación, un posicionamiento teórico y ético y capacidades concretas– se formula preguntas sobre la realidad. En *este* contexto, *este* investigador echa mano de diferentes paradigmas, perspectivas teóricas, métodos de investigación y técnicas de recogida y análisis de datos, así como de sus conocimientos y habilidades, para intentar responder estas preguntas. Se da, por tanto, la necesidad de convertir la reflexión sobre la realidad en preguntas de investigación, estas en objetivos de investigación y estos en un diseño desarrollado mediante métodos, técnicas e instrumentos concretos.

El investigador puede estar interesado en realizar el trabajo por razones intelectuales (curiosidad por un tema a partir de experiencias personales, narradas por otros, conocidas a través de lectura de fuentes documentales...), profesionales (conocer mejor la realidad para actuar sobre ella o permitir que otros lo hagan con mayor fundamento, acceder a subvenciones, becas u otras fuentes de financiación...) o académicas (necesidad de realizar una tesis doctoral, mantener unos niveles de investigación y publicaciones que den acceso o permitan mantenerse en una plaza académica, mantener un prestigio en su cam-

Nota

Es importante diferenciar entre un proyecto o diseño de investigación (que da cuenta de los propósitos y estrategias de los investigadores para llevar a cabo su trabajo) y un informe de investigación (que presenta tanto el diseño como los resultados de la investigación una vez finalizada). En este módulo nos ocuparemos de los diseños de investigación; en el módulo «El análisis de datos en investigación cualitativa», de los informes de investigación.

po...), siendo, además, muy a menudo, unas motivaciones indistinguibles o inseparables de las otras. Pero también puede ocurrir, muy frecuentemente, que sea una entidad (un organismo público o privado, una ONG, una asociación profesional o ciudadana...) quien, por diferentes motivos, realice lo que se denomina un *encargo de investigación*, solicitando a un profesional de la materia que realice un estudio y apoyando su tarea (con recursos humanos, técnicos y/o presupuestarios).

Y, en realidad, el asunto del contexto o motivo del surgimiento del interés por la investigación no es menor. Así, por ejemplo, no podemos olvidar que los intereses o motivaciones de un organismo público no necesariamente tienen que coincidir (a veces, todo lo contrario) con los de las poblaciones objeto de estudio, ni tampoco con los del investigador. Ciertas poblaciones (grupos marginados o vulnerables, por ejemplo) y temas (pobreza, exclusión riesgos psicosociales...) han sido habitualmente objeto de mayor interés o atención por parte de las instituciones públicas, lo que implica que conseguir financiación u otro tipo de respaldo para ciertas investigaciones puede ser más sencillo que para otras. La investigación realizada desde instituciones académicas como universidades o centros de investigación está también sujeta a las coyunturas económicas y políticas que pueden facilitar o dificultar, en distinta medida, la elección del tema y el desarrollo de las investigaciones.

Estas circunstancias pueden, desde el inicio, introducir sesgos en el abordaje del tema, de los que el investigador debe, siempre, tratar de ser consciente; algo que se consigue con una buena formación, ciertas habilidades personales y también, experiencia y paciencia. San Román (2009) lo señala de la siguiente manera:

«La indagación, como la propia elección de un grupo determinado de personas, de situaciones y de temas a investigar y problemas intelectuales a resolver, presupone ya una selección realizada con criterio. Ese criterio puede ser de distinto origen y tenemos que suponer que también interviene en él, y de forma importante, la formación del investigador o investigadora y sus intereses personales y teóricos. Desde esta perspectiva, el conocimiento de uno mismo y la autoconsciencia crítica ideológica, teórica y metodológica son los instrumentos más poderosos para limitar, quizá podría decirse otra vez, para domesticar, la inevitable carga personal, social, política y académica que introducimos en nuestro conocimiento. Asimismo, parece claro que es imposible la aprehensión cultural y social adecuada sin un cierto grado de identificación con las personas estudiadas. En este sentido, la relación es empática y requiere sensibilidad e intereses filantrópicos por quien investiga, lo que supone capacidad de comunicación y de identificación humana – que no necesariamente ideológica o ética–, es decir, identificación con el estudiado como de la misma naturaleza que uno mismo» (San Román, 2009, p. 244).

A partir de este conjunto de reflexiones, indispensables y que deben hacerse siempre de manera honesta y rigurosa, el investigador planteará un diseño de investigación que implica, dicho quizá con una burda brevedad, la toma de una serie de decisiones: la selección de las preguntas a las que se pretende dar respuesta, los escenarios y personas con las que se trabajará (es decir, la delimitación del objeto de estudio), qué se pretende conseguir (es decir, el establecimiento de objetivos de investigación), cómo se hará (es decir, mediante qué métodos y técnicas y con qué modo concreto de aplicación y análisis de los

datos), qué usos se pretende dar a los resultados, cómo se difundirán y, también muy importante, de dónde y cómo se obtendrán los recursos necesarios para llevar a cabo cada una de las etapas. En palabras de García Jorba (2000):

«Todo estudio procura dar respuestas a una cuestión. Puede tratarse de una respuesta contundente, o tal vez provisional, y de tono especulativo más o menos acentuado. Pero siempre viene guiada por una pregunta. La formulación de incógnitas es vital en el diseño de la investigación. En las fases iniciales, la construcción teórica de un problema y una pregunta reordena aspectos de la realidad, permite establecer unos márgenes de inteligibilidad a la complejidad circundante. Problema y pregunta conceden singularidad a la investigación. Pero la importancia de preguntar trasciende la función de Norte referencial de los esfuerzos del investigador/a para constituirse en una de las claves cotidianas del ejercicio inquisitivo. Sea mediante cuestionarios cerrados o entrevistas abiertas, su formulación condiciona el acceso a la información. Hay que descubrir a quién preguntar, qué preguntar así como dónde, cuándo, y cómo hacerlo. Un/a científico social experimentado encuentra problemas a la hora de formular cuestiones que eludan sesgos o condicionamientos. Suele darse con mayor frecuencia en quienes realizan su primera investigación. El científico/a social novel debe tener presente que toda pregunta comporta comunicación entre perspectivas diferentes, la suya y la del interpelado/a. Sin el desarrollo de la empatía, sin que medie la flexibilidad necesaria para hacerse comprensible desde la oposición del interlocutor, las preguntas se convierten en instrumentos estériles, ejercicios de propiciación de malentendidos» (García Jorba, 2000, pp. 195-196).

Se trata, como ya podemos intuir, de un proceso complejo y delicado, pero, también enormemente estimulante desde el punto de vista intelectual.

3.2. El diseño de una investigación cualitativa

Para describir las etapas generales de una investigación cualitativa seguiremos, aunque con ciertas adaptaciones, el siguiente esquema que proponen Verd y Lozares (2016):

Tabla 1. Fases de una investigación cualitativa

Cuadro 3.1. Fases, etapas y operaciones, y productos		
Fases	Etapas y operaciones	Productos
Preparatoria	<ul style="list-style-type: none"> • Pregunta inicial de investigación • Formulación del problema • Diseño metodológico de la investigación 	Proyecto de investigación
Trabajo de campo	<ul style="list-style-type: none"> • Captación y acceso al campo • Obtención de los datos 	Datos acumulados
Analítica	<ul style="list-style-type: none"> • Tratamiento de los datos • Interpretación de los resultados 	Resultados
Informativa	<ul style="list-style-type: none"> • Presentación de los resultados • Elaboración de las conclusiones 	Informe de investigación

Fuente: elaboración propia a partir de Rodríguez Gómez, Gil Flores y García Jiménez (1996, pp. 63-77). Extraído de: Verd y Lozares (2016, p. 73).

Respecto a este esquema, los autores señalan lo siguiente:

«El esquema adaptado de Rodríguez Gómez, Gil Flores y García Jiménez (1996) plantea que toda investigación cualitativa se compone de cuatro fases: *preparatoria*, *trabajo de campo*, *analítica* e *informativa*. Como se ha indicado, en una investigación cualitativa, estas etapas se desarrollarán normalmente de forma recursiva y en espiral. [...] En el esquema se recoge además el resultado o producto obtenido de cada una de las cuatro grandes fases: el *proyecto de investigación*, los *datos acumulados*, los *resultados* y el *informe de investigación*» (Verd y Lozares, 2016, pp. 72-73, las cursivas son suyas).

En esta parte del texto, nosotros nos referiremos exclusivamente al diseño de la investigación, abarcando desde la formulación del problema al diseño metodológico (sería la *fase preparatoria*, en términos de Verd y Lozares, que culminaría con la elaboración de un *proyecto de investigación*, aunque en nuestro texto haremos algunas adaptaciones a este esquema).

No obstante, es necesario recordar que aunque aquí, por necesidades expositivas, lo expresemos de manera secuencial, tal y como se plantearía por escrito (por ejemplo, si quisiésemos presentar nuestro proyecto a alguna entidad con vistas a conseguir su financiación o, simplemente, para obtener los permisos necesarios para realizar el estudio), ya sabemos que la investigación cualitativa no sigue un proceso lineal, sino marcadamente flexible y emergente, en el que ciertas decisiones no están cerradas y pueden ir tomándose o modificándose a medida que avanza el estudio. Las fases de redacción, y sobre todo de análisis de los datos, sabemos también, se inician desde el principio de recolección de datos y no solo una vez que este ha terminado.

Comencemos, entonces, por la descripción del diseño de investigación que se plasmaría, al menos en parte, en un proyecto de investigación.

Verd y Lozares (2016) diferencian así entre ambos conceptos:

«[...] siendo la diferencia que el primero (el diseño) tiene una carácter interno, mientras que el segundo (el proyecto) tiene un carácter público. En este sentido, el conjunto de decisiones de la fase preparatoria, una vez adaptadas a un documento público, formarían directamente parte del contenido del proyecto de investigación, del que se hace entrega a la institución financiadora o al cliente» (Verd y Lozares, 2016, p. 75).

3.2.1. Título del proyecto

Aunque parezca una cuestión menor no lo es, ni mucho menos. El título del proyecto debe ser, al mismo tiempo:

- Breve pero clarificador del objeto de estudio.
- Redactado en términos precisos pero comprensibles.
- Atractivo pero riguroso.

Debemos tener en cuenta que el título es lo primero que verá un potencial lector (o una entidad que nos financiará o que respaldará en algún sentido nuestro proyecto). Por este motivo, en pocas palabras debemos ser capaces de comunicar cuál va a ser nuestro tema de estudio.

Ved también

La implementación de las técnicas y la recogida de datos las abordaremos en cada uno de los módulos: «La observación participante», «La entrevista y la historia de vida» y «El grupo de discusión, la investigación documental y otras técnicas cualitativas de investigación». El análisis de los datos se abordará en un apartado del módulo «El análisis de datos en investigación cualitativa». Las cuestiones de redacción del marco teórico, la exposición de resultados y conclusiones las abordaremos también en el último módulo de la asignatura, en el apartado dedicado al informe de investigación.

Lectura complementaria

En Pujadas (2004), en las páginas 313 en adelante tenéis ejemplos prácticos de realización de un proyecto de investigación:

J. J. Pujadas (Coord.). (2004). *Etnografía*. Barcelona: UOC.

Además, es necesario emplear bien los conceptos, teniendo en cuenta que nuestras publicaciones futuras serán indexadas en buscadores bibliográficos que deben permitir un acceso rápido y sencillo a nuestro trabajo. Seleccionar bien las palabras clave que, al menos en parte, deben estar incluidas en el texto, será, como veremos un poco más adelante, una cuestión importante.

3.2.2. Delimitación de la investigación

Se trata de un apartado de todo diseño o proyecto de investigación que incluye diferentes cuestiones:

a) Definición del área problemática general

Como decíamos antes, cualquier investigación parte de una observación y reflexión sobre la realidad, sobre la cual se formulan preguntas generales. El primer objetivo del investigador será convertir estas preguntas en un *problema de investigación*, concreto, real y factible (es decir, *investigable*), sobre el que, ya desde las fases preliminares, se tratará de elaborar un esbozo de diseño científico.

Y, ya desde el comienzo, el investigador debe ser consciente de que, aunque todo le interese, no puede investigarlo *todo* ni de cualquier manera, de forma que será necesario acotar el tema, prescindir de algunos aspectos o enfoques y centrarse en otros.

Se trata, entonces, de plantear, desde el principio una serie de interrogantes, tratando, al mismo tiempo, de estimar los recursos necesarios para hacerlo: ¿sobre qué quiero investigar?, ¿por qué es interesante o relevante estudiar esta cuestión?, ¿qué se sabe ya sobre este tema?, ¿cómo quiero abordar este tema?, ¿me resultará factible? Este conjunto de preguntas ayudará al investigador a pasar del planteamiento de una reflexión o una idea a un tema investigable (un *área problemática*) y, de ahí, a una propuesta concreta de tema de investigación. Suele decirse, de hecho, que una buena investigación parte siempre de una buena pregunta.

Cualquier proyecto de investigación, entonces, debe comenzar por una explicación clara y concisa de aquello que se pretende investigar y de dónde surge el interés: lo que, en jerga, suele denominarse la *delimitación del área problemática*.

En este mismo apartado, o en uno independiente, será necesario definir las *palabras clave* que presente nuestra investigación. Deben ser claras, concisas y precisas, vigilando siempre el buen uso de los conceptos, de manera coherente a lo largo de todo el texto y de la investigación.

b) Definición del objeto de estudio

A partir de estos primeros interrogantes y reflexiones, es necesario dar un paso más y definir con rigor el marco geográfico, temporal y poblacional en el que encuadraremos la investigación. Además, debe explicitarse la perspectiva teórica que se adoptará para encarar la investigación (aunque con menor extensión que la requerida para la elaboración de un marco teórico, como veremos en el módulo «El análisis de datos en investigación cualitativa»).

En lo que se refiere al *marco geográfico*, es necesario establecer con la mayor precisión posible (que puede no ser mucha en estudios prospectivos o temas poco conocidos) la localización geográfica en la que tendrá lugar la investigación, pero también un esbozo de las características sociodemográficas generales, políticas, históricas, etc. de este lugar, sea una ciudad, un barrio, una institución, empresa, etc.

En cuanto al *marco temporal*, se debe definir de manera clara si se trata de un estudio longitudinal o transversal y, también, el lapso de tiempo en que transcurrirá la investigación.

Respecto al *marco poblacional*, es necesario identificar a la población sujeto de estudio. Puede tratarse de miembros de un determinado grupo social (por ejemplo, profesores universitarios, trabajadores del sector metalúrgico, perceptores de ayudas sociales, habitantes de un barrio o un pueblo, etc.).

Además, será necesario definir con la mayor precisión posible la/s *unidad/es de análisis y de observación*.

Pujadas (2004) explica así el proceso que le condujo, junto con otros investigadores, a una determinada temática de investigación:

«Fa poc més de dos anys que nosaltres mateixos ens vam enfrontar a la redacció d'un projecte de recerca titulat *Migracions llatinoamericanes a Catalunya i Andorra*. Per què un estudi sobre migracions estrangers? Per què sobre les poblacions procedents d'Amèrica Llatina? Per què a Catalunya i Andorra? Aquestes són, sens dubte, les tres preguntes bàsiques per a justificar l'objecte d'estudi de la recerca en què ens trobem immers actualment. El perquè dels estudis té a veure amb factors molt diferenciats: motius personals, de trajectòria investigadora, de context polític i social o de disponibilitat d'un equip, entre d'altres.

Com altres antropòlegs i sociòlegs de casa nostra, ens hem passat mitja vida estudiant les migracions internes dins l'Estat espanyol i les seves conseqüències socials, culturals i identitàries. La irrupció, al final dels anys vuitanta, de la immigració estrangera com a fenomen social i mediàtic va fer que molts d'aquells que treballàvem dins del camp de l'etnicitat i de les identitats culturals comencéssim a reflexionar sobre aquest nou fenomen social» (Pujadas, 2004, p. 274, las cursivas son suyas).

«[...] El nostre interès i coneixement d'alguns països d'Amèrica Llatina ens van animar a triar com a objecte d'estudi les migracions d'aquesta procedència, tant per a tenir l'oportunitat de continuar les nostres recerques a Llatinoamèrica com per a poder diferenciar el nostre projecte de recerca del gruix d'estudis que actualment es duen a terme sobre les migracions d'origen africà» (Pujadas, 2004, p. 275).

«Finalment, el fet de triar Catalunya i Andorra com a societat receptora dins el nostre objecte d'estudi pot semblar, simplement, una qüestió de comoditat, ja que tots els membres de l'equip de recerca treballem a universitats catalanes o a Andorra. Hi ha, però, d'altres motius. El primer, que no hi ha hagut fins ara, excepte algun projecte en curs de tesi doctoral, cap recerca sistemàtica sobre la immigració llatinoamericana a Catalunya. En segon lloc, Catalunya i Madrid són els dos grans focus de la presència llatinoamericana a l'Estat espanyol. I, en tercer lloc, partim de la coordinació amb un altre grup de recerca que treballa paral·lelament el mateix tema a la comunitat de Madrid. Aquest conjunt d'elements volen donar a la nostra recerca interès i rellevància social, a més de pertinència científica» (Pujadas, 2004, p. 276).

Y explica, también, su diferenciación entre unidad de análisis y unidad de observación:

«Dins la tradició antropològica es distingeix entre unitat d'anàlisi i unitat d'observació. En aquest cas, la unitat d'anàlisi està constituïda per les xarxes de relacions establertes pels immigrants d'origen llatinoamericà residents a Catalunya: a l'interior del col·lectiu, amb els parents i amics del lloc d'origen i amb els membres de la societat receptora. Les unitats d'observació seran cadascun dels enclavaments territorials o socials des dels quals puguem veure com funcionen aquestes xarxes: associacions, centres de treball, escoles, llars, relacions veïnals, centres assistencials, cues davant les subdelegacions del Govern, grups de carrer, locutoris telefònics, locals de lleure, etc.» (Pujadas, 2004, p. 281).

Si el campo elegido es pequeño, será posible estudiar todas las unidades que lo conforman, pero si, como sucede muy frecuentemente, no lo es, será necesario especificar en cuáles trabajaremos, lo que obliga al investigador a tomar decisiones de muestreo que deben siempre explicitarse, en cuanto a la investigación en su conjunto y, como veremos, para cada una de las técnicas de observación que se utilicen. La selección de unidades se hará, ya lo sabemos, con criterios teóricos y prácticos.

Finalmente, la definición del objeto de estudio debe ir acompañada de un apartado (incluido en este o independiente) en el que se recojan muy brevemente los *antecedentes del tema*, es decir, qué se sabe del tema y a partir de qué fuentes (disciplinas u orientaciones que lo han tratado). No se trata, en un diseño de investigación, de elaborar un marco teórico completo (algo que deberá hacerse en el informe final de la investigación), sino de presentar de manera breve, pero clara y rigurosa, los conocimientos preexistentes sobre el tema. Este apartado debe incluir, además, de manera explícita el *posicionamiento teórico y metodológico del investigador*.

c) Preguntas de investigación

En el proceso de construcción de un diseño de investigación llega ahora el momento de que el investigador sea capaz de plasmar los intereses, reflexiones e interrogantes de los que venimos hablando en *preguntas de investigación* concretas. Se trata de un proceso más complejo e importante de lo que podría parecer a simple vista, porque implica ya cierto tipo de decisiones teóricas:

- Centrar y acotar el tema de investigación, sistematizando los fenómenos o temas que se quieren investigar (lo que necesariamente implica dejar de lado, al menos inicialmente, otros).

- Adaptarlo al contexto concreto en el que tendrá lugar la investigación, es decir, al marco geográfico, temporal y poblacional.
- Adaptarlo a las posibilidades de investigación: financiación, tiempo, acceso a las fuentes de información y poblaciones...
- Adaptarlo a los intereses de investigación: posibilidad de ampliar conocimiento, de publicar resultados...
- Adaptarlo a los intereses teóricos y metodológicos de los investigadores: la simple reflexión sobre la realidad y la posterior formulación de preguntas de investigación está claramente influida, como decíamos antes, por el contexto no solo político, social, cultural y económico en el que se desarrolla el fenómeno de estudio y la propia investigación, sino también por la perspectiva teórico-metodológica adoptada por el investigador (Silverman, 2012).

En definitiva, la reflexión sobre la realidad debe *traducirse*, ahora ya de manera formal, en preguntas de investigación, interrogantes que pretendemos responder (o, al menos, intentarlo) con nuestra investigación. Para su redacción, conviene plantearse:

- ¿A qué pregunta (o preguntas) quiero responder?
- La pregunta (o preguntas) del estudio ¿es (son) relevante(s) para el problema?

Pujadas (2004) detalla diez preguntas de investigación en el estudio antes mencionado, que reproducimos solo en parte para no extender la cita:

«Les preguntes que orienten la nostra recerca són les següents:

- Quines són les experiències i el *background* cultural en els diferents països d'Amèrica Llatina en matèria de migracions a l'estranger?
- Quins són els mecanismes econòmics i socials que s'activen entorn de la preparació del projecte migratori d'una persona o d'una família?
- [...]
- Com s'organitzen les cadenes migratòries: quina és la lògica i quins els mecanismes de solidaritat i d'ajuda mútua entre els immigrants en el país de destinació?
- [...]
- Quin és l'impacte de les remeses de diners que els immigrants envien a les seves famílies en els països d'origen?
- [...]
- Quin és l'impacte econòmic, social i simbòlic de les migracions en el país de destinació?» (Pujadas, 2004, pp. 277-278, las cursivas son suyas).

Cabe resaltar finalmente que, de manera coherente con las características de todo el diseño, en las investigaciones cualitativas las preguntas de investigación son abiertas y susceptibles de irse modificando a medida que avanza el estudio.

d) Justificación del estudio

Este apartado de cualquier proyecto debe ir orientado a dejar clara la relevancia (social, académica e intelectual) de la investigación.

Es importante también destacar los aspectos innovadores del estudio, ya sea en cuanto a la temática, los sujetos de estudio o la metodología y uso de las técnicas o en cuanto al impacto que puedan tener los resultados: una de las cuestiones que todo investigador responsable debe formularse siempre, de manera humilde y sincera, es qué va a aportar su trabajo a la comunidad científica y a los sujetos de investigación.

e) Factibilidad del estudio

Es necesario, en el momento ya de comenzar a plantear una investigación, que el (o los) responsable(s) se planteen las posibilidades, realistas, de llevarla a cabo con éxito. Para ello se debe considerar:

- Disponibilidad de fuentes bibliográficas, pertinentes y de calidad: un estudio, por relevante que sea desde el punto de vista social o académico, encontrará muchas dificultades si no hay fuentes de información accesibles y de calidad.
- Disponibilidad de recursos humanos: además del propio investigador o del equipo de investigadores (más o menos amplio), es necesario contemplar que, en ciertos momentos de la investigación, puede ser necesario solicitar alguna colaboración especializada (con diferentes niveles de dedicación), por ejemplo, para transcribir entrevistas, editar imágenes, introducir datos, hacer traducciones, etc.
- Disponibilidad de recursos materiales: se trata de explicitar la disponibilidad de, por ejemplo, herramientas informáticas básicas (ordenador, programas informáticos necesarios,...), grabadoras, cámaras de fotos o vídeo, test validados (si son necesarios), medios de desplazamiento, lugares de reunión...
- Disponibilidad de recursos económicos: Aunque suene crudo, *investigar cuesta dinero*. Incluso investigaciones breves, de planteamiento sencillo, que no implican desplazamientos ni gran aparataje técnico, comportan, siempre, una cierta inversión de dinero, que es sin lugar a dudas el principal escollo con el que se encontrará cualquier investigador a lo largo de su carrera. Es necesario, entonces, ya desde el principio, una evaluación rea-

lista del presupuesto necesario, que debe considerarse siempre en partidas: personal, desplazamientos, material, etc.

- Disponibilidad de tiempo: es este un aspecto en el que es frecuente que a los investigadores, especialmente noveles, les cueste ser realistas. A veces, la vocación investigadora, el interés por un tema y por las poblaciones con las que se trabaja o las necesidades impuestas por el contexto académico, también, hacen que creamos que tenemos *cuatro manos* y podemos hacer más de lo que realmente está a nuestro alcance. En este sentido, es necesario tener presente que hace falta tomarse tiempo para:
 - Plantear y diseñar adecuadamente la investigación.
 - Contactar con instituciones y conseguir autorizaciones y permisos: trámites estos que pueden demorarse hasta la desesperación y que han dado al traste con muchas investigaciones bien diseñadas en otros aspectos.
 - Contactar y conseguir la colaboración de los sujetos.
 - Recopilar y analizar las fuentes de información necesarias.
 - Diseñar e implementar las técnicas de investigación, con una planificación adecuada del tiempo necesario para cada una de ellas.
 - Analizar los datos.
 - Exponer los resultados y redactar informes, publicaciones...
 - Hacer difusión de los resultados.

Es imprescindible, además, tener muy presente que la investigación sociolaboral, en la medida que se trabaja con personas, no ocurre ni mucho menos en un entorno estable y estático, sino que pueden (suelen) surgir imprevistos o situaciones no contempladas que alteren los tiempos previstos, a veces de manera importante. Por esto, cada una de las fases de la investigación debe estar contemplada de manera flexible, algo, como ya podréis presuponer, muy difícil de compaginar con los ritmos institucionales y políticos y, sobre todo, con la disponibilidad de presupuesto.

- Accesibilidad de las poblaciones: es imprescindible asegurar siempre que se cuenta con el permiso y el apoyo explícito de los sujetos con los que se pretende trabajar. Además, hay que tener presente que se trata de una colaboración susceptible de ser retirada y que es necesario revalidar durante el proceso de investigación. Trataremos estas cuestiones con detenimiento en los siguientes módulos de la asignatura.
- Disponibilidad de respaldo institucional: no solo desde el punto de vista económico, para la financiación del estudio, sino también en lo que se refiere a autorizaciones o cartas de respaldo. Es imprescindible asegurarse de que se podrán conseguir (a tiempo, además) los permisos legales necesarios para desarrollar la investigación: por ejemplo, para obtener datos personales, para trabajar con una determinada población (menores, personas incapacitadas, reclusos...) o acceder a algunos escenarios (reuniones, lugares de trabajo...). Algunas entidades pueden exigir la aprobación del

proyecto de investigación por parte de un comité de ética o similar y/o la firma de compromisos de confidencialidad o de exención de responsabilidades en caso de conflicto o accidente. Algunos de estos permisos pueden ser difíciles (o incluso imposibles) de conseguir, por diferentes motivos, y, a menudo además, el itinerario para lograrlo puede ser complejo y lento, por lo que es imprescindible tener esto en cuenta para hacer una planificación realista del tiempo necesario para la investigación.

3.2.3. Objetivos e hipótesis

a) Formulación de objetivos

En cualquier diseño es imprescindible explicitar los objetivos de investigación, que son, podríamos decirlo así, la expresión formal de las preguntas de investigación. De manera coherente con lo dicho hasta ahora, los objetivos deben ser:

- Breves, concretos y bien acotados: la redacción de los objetivos debe ser siempre clara, y presentarse de una manera ordenada, que permita una visualización sencilla.
- Consistentes con las preguntas de investigación: es necesario preguntarse: «los objetivos que planteo ¿recogen las preguntas de investigación?» y «¿pueden servir para darles respuesta?».
- Coherentes con la delimitación de la investigación: en lo que se refiere al marco geográfico, temporal y poblacional, pero también con respecto a la factibilidad de la investigación. En definitiva, deben ser viables (teniendo en cuenta los recursos disponibles) y con utilidad para generar conocimiento.
- Coherentes con los planteamientos teórico-metodológicos de los investigadores: de la misma manera que ya indicamos para las preguntas de investigación, los objetivos influyen y están influidos por la perspectiva teórica de los investigadores. Suele decirse (Verd y Lozares, 2016) que los objetivos suponen una conexión entre lo que se quiere investigar (objeto de estudio, área problemática y preguntas de investigación) y el modo en que se pretende hacerlo (diseño metodológico).
- Redactados en infinitivo: suelen incluir verbos como *explicar, describir, conocer, comprender, indagar...*

En lo que se refiere a la exposición de los objetivos, habitualmente estos suelen plantearse como una lista numerada en la que, además, se diferencian objetivos generales y específicos. Los *objetivos generales* de una investigación recogen, por decirlo así, las temáticas amplias que se abordarán y sobre las que se

cuestionan los investigadores. Aunque pueden ser varios, suele ser preferible uno o muy pocos objetivos generales, claros, precisos y factibles de investigar. En cuanto a los *objetivos específicos*, suelen ser habitualmente varios y deben corresponderse con un desglose de cada uno de los objetivos generales en temáticas o variables más concretas.

Como ya podemos intuir, en metodología cualitativa estos objetivos constituyen una guía que es muy conveniente tener presente para evitar desviaciones (algo que puede ocurrir con facilidad en la investigación social, que se interroga por realidades complejas, dinámicas y llenas de matices), pero, al mismo tiempo, no pueden entenderse como totalmente definitivos, ni inamovibles. En una metodología que se caracteriza por diseños emergentes, no tendría sentido que los objetivos de partida limitaran el desarrollo de la investigación, especialmente, cuando se formulan antes de que esta comience. Por este motivo, es muy importante revisar los objetivos a medida que la investigación va avanzando y plantearse continuamente si continúan siendo pertinentes y abarcables.

b) Redacción de hipótesis

Podemos definir, de manera sencilla, una hipótesis como un enunciado o proposición, redactado de manera formal, en la que el investigador enuncia o propone relaciones entre variables, apoyándose en los datos y conocimientos de los que dispone. Pujadas (2004) lo explica así:

«Tota recerca s'orienta a partir de les preguntes que, amb intencionalitat teòrica, formulem a l'inici del seu disseny. Aquestes preguntes no són ni casuals ni ingènues, sinó que constitueixen l'eix teòric a partir del qual formulem hipòtesis, enteses com aquelles intuïcions interpretatives que volem validar empíricament amb les dades, experiències i visions que obtindrem mitjançant el treball etnogràfic» (Pujadas, 2004, p. 276).

Redactar hipótesis es un proceso que puede ser largo y que, habitualmente, implica un cierto nivel de conocimientos sobre el tema de estudio. Además, redactarlas de manera adecuada requiere tener en cuenta algunas cuestiones:

- Cuidar la redacción: una hipótesis debe ser un enunciado preciso en el que todos los términos se hayan definido de manera concreta previamente y donde el tipo de explicaciones o relaciones entre variables quede establecida de manera clara.
- Entender, siempre, que las hipótesis científicas son enunciados provisionales que deben ser puestos a prueba de manera continua, para refutarlos, matizarlos o aceptarlos (temporalmente).
- Diferenciar las hipótesis de partida (que surgen de las preguntas de investigación, a partir de la observación de la realidad) de las que se toman de la bibliografía (que deben estar adecuadamente contextualizadas en el mar-

co teórico) y de las que se van elaborando a la luz de los datos (para la investigación en concreto).

A modo de ejemplo, algunas de las hipótesis que Pujadas (2004) plantea en su investigación son las siguientes:

«Algunes de les hipòtesis principals són:

- [...]
- La precarietat laboral, residencial i, en general, ciutadana dels immigrants estrangers tendeix a ser estructural i no només fruit dels dèficits propis dels moments de l'arribada. La participació ciutadana és, per això, baixa.
- La situació de precarietat i la percepció de l'explotació i de rebuig per part dels membres de la societat receptora serveixen de base per al desplegament d'estratègies de solidaritat i ajuda mútua entre immigrants, que tendeixen a agrupar-se en grups d'origen nacional, encara que no de manera exclusiva. També serveixen per a consolidar una identitat genèrica d'immigrant i per a reforçar la seva identitat ètnica o nacional.
- Les dinàmiques de les xarxes migratòries depenen d'un conjunt de factors que tenen a veure amb l'evolució de la situació econòmica i política en el país d'origen i amb les característiques del nucli familiar de l'immigrant. L'altre factor determinant serà el grau d'inserció econòmica i social de l'immigrant en el país de destinació. Els factors d'aquesta hipòtesi serveixen per a explicar el cicle curt o llarg de l'estada de l'immigrant o bé la seva instal·lació definitiva» (Pujadas, 2004, pp. 278-279).

3.2.4. Metodología

Suele definirse la metodología como el conjunto de normas que rigen la realización de una investigación. Sin embargo, reducir el significado a un simple listado de reglas resulta excesivamente simplificador por cuanto la metodología implica una determinada manera de enfrentarse al problema de investigación, una manera de abordar la aspiración de construir conocimiento científico sobre la realidad.

Además de explicitar la estrategia metodológica que se empleará en la investigación, debe recogerse también en este apartado el conjunto de técnicas e instrumentos de investigación que se pretende utilizar para la recogida de datos y, también, la perspectiva teórica y los instrumentos que se emplearán para su análisis.

Las técnicas de investigación son, a su vez, el conjunto de procedimientos y pautas, claramente definidos y sistematizados, que permiten la obtención de datos. Son, ya lo sabemos, las encuestas, las entrevistas, los grupos de discusión, etc.

Debemos, también, en propiedad, diferenciar entre técnicas de investigación, definidas más arriba, e instrumentos. Podemos ver la diferencia con un ejemplo sencillo: las entrevistas son técnicas de investigación; el protocolo de una

entrevista sobre un determinado tema empleado en el curso de una investigación (que recoge el conjunto de preguntas y la manera de desarrollar la entrevista) sería un instrumento.

La solidez de la teoría y de los planteamientos metodológicos y de la selección de técnicas de investigación son, por tanto, como parece evidente, aspectos centrales para que exista la posibilidad de realizar una investigación de calidad.

El diseño metodológico de una investigación implica la toma de ciertas decisiones, que Verd y Lozares (2016) resumen de la siguiente manera:

«Las decisiones sobre el trabajo de campo pueden equipararse a responder a cuatro preguntas principales que se presentan a continuación. [...]:

- El *qué*: decidir la información que va a recogerse durante el trabajo de campo.
- El *dónde*: decidir el campo de análisis, es decir, los límites espaciales y temporales a los que vamos a circunscribir la investigación.
- El *quién*: decidir cuáles serán nuestras unidades de información, sean personas, colectivos, instituciones, etc.
- El *cómo*: decidir cómo se va a obtener la información empírica y cómo va a analizarse.

Estas resoluciones no se toman una después de la otra, sino simultánea y articuladamente. El objetivo es conseguir que las diferentes tareas del trabajo de campo sean coherentes internamente y también con la lógica metodológica general seguida en la investigación» (Verd y Lozares, 2016, p. 100, las cursivas son suyas).

Lógicamente, este conjunto de decisiones estará directamente influenciado por las preguntas de investigación y objetivos, por la perspectiva teórica del investigador y por cuestiones como la disponibilidad de tiempo y recursos (económicos, materiales y humanos). Además, como ya sabemos, se trata de decisiones que, aunque necesariamente planificadas en el proyecto de investigación, al encuadrarse en diseños emergentes, no están cerradas, sino que son flexibles.

Este apartado de metodología de una investigación debe recoger, entonces:

a) Tipo de diseño

En nuestro diseño de investigación debemos definir claramente qué tipo de estudio llevaremos a cabo, de acuerdo a diversos criterios:

- Según los objetivos de la investigación: estaremos ante investigaciones con un diseño exploratorio (destinado a realizar una primera aproximación a un tema o fenómeno social del que se sabe poco), descriptivo (orientado a la exposición de las características de un fenómeno) o explicativo (cuyo objetivo es exponer los factores o variables que intervienen en un determinado fenómeno y las relaciones entre ellas). En el marco de investigaciones claramente aplicadas, algunos autores incluyen también los diseños predictivos (destinados a tratar de anticipar el desarrollo futuro que, en determinadas condiciones, puede llegar a tener un determinado fenó-

meno social), orientados a la intervención (es decir, a la acción sobre la realidad) y a la evaluación (orientados a describir las necesidades de una determinada población o las consecuencias o implicaciones de un determinado programa o acción).

- Según la variable tiempo: distinguimos entre investigaciones longitudinales o transversales.
- Según la estrategia de investigación: podremos diferenciar varias tipologías, entre ellas: trabajos documentales (de revisión de conceptos, teorías o tendencias científicas dentro de un determinado marco temporal, geográfico, teórico...); empíricos; estudios de caso; investigación-acción...
- Según la finalidad: diferenciaremos la investigación básica de la aplicada.

b) Métodos de investigación

Ya en este momento sabemos que la elección de la metodología es la piedra angular de todo proceso de investigación y que esta debe adaptarse, siempre, a las características del tema y fenómeno concreto que pretendamos estudiar, al contexto en el que tiene lugar, a las poblaciones con las que trabajaremos y a los objetivos de la investigación y los recursos de los que se dispone para llevarla a cabo.

Sabemos también que los procesos sociolaborales son fenómenos complejos y que, para su adecuada comprensión, requieren un enfoque sólido, de mirada amplia y poco dogmática. Cada modalidad de investigación ofrece, para cada situación concreta, ventajas y limitaciones que debemos tener presentes en el momento de definir el enfoque metodológico que emplearemos. Tanto la metodología cualitativa como la cuantitativa permiten enfoques sólidos, con las potencialidades que ya conocemos; el enfoque metodológico mixto permite también reducir algunas limitaciones y aumentar las ventajas de cada una de las metodologías aisladas.

Para completar este apartado de diseño metodológico de nuestro proyecto de investigación, puede ser útil plantearse los siguientes interrogantes:

- ¿Qué planteamiento metodológico ofrece más ventajas y menos limitaciones para abordar los interrogantes de esta investigación en concreto?
- ¿Es útil, pertinente y factible un abordaje metodológico de tipo exclusivamente cuantitativo?
- ¿Es útil, pertinente y factible un abordaje metodológico de tipo exclusivamente cualitativo?

- ¿Es útil, pertinente y factible un abordaje metodológico mixto?

Responder a estas preguntas requiere, como parece lógico, un buen conocimiento de las utilidades, ventajas y limitaciones de los métodos de investigación, algo exigible a cualquier investigador.

c) Técnicas de investigación

Además de la definición del enfoque metodológico, en nuestro diseño de investigación debemos especificar las técnicas de investigación que emplearemos. Como ya sabemos, la selección de técnicas vendrá dada por las preguntas de investigación y los objetivos y las posibilidades de aplicación en cuanto a los recursos disponibles (tiempo, presupuesto, aceptación de la comunidad, etc.). En metodología cualitativa, además, sabemos que los diseños de investigación son emergentes, de tal manera que debemos tener presente que el tipo de técnica, el momento de implementarla o los sujetos y escenarios pueden modificarse a medida que avanza el estudio.

Las técnicas de recogida de datos más habituales en metodología cualitativa son:

- Revisión documental.
- Observación, especialmente observación participante.
- Entrevista, especialmente no estructurada y en profundidad.
- Historias de vida.
- Grupos de discusión.
- Genealogías y cartas de parentesco.
- Análisis de redes sociales.
- No se excluye tampoco la utilización de encuestas.

d) Sujetos y muestreo

Debemos explicar, en este apartado, los criterios (teóricos y prácticos) para seleccionar las unidades de análisis y de observación y las muestras concretas con las que se trabajará en cada una de las técnicas previstas. Lógicamente, en el momento del diseño, es una decisión que se plantea como abierta y emergente, de manera que tan solo será necesario explicitar, eso sí, claramente, la orientación teórica que guiará nuestro muestreo.

e) Plan de trabajo

La adecuada y realista gestión del tiempo, ya lo hemos mencionado, es uno de los aspectos más delicados en el momento de planificar y desarrollar una investigación, especialmente cuando se basa en investigación cualitativa. Por

ello, es importante, ya desde el inicio del diseño, establecer un cronograma detallado en el que se recojan las diferentes etapas del estudio y el tiempo estimado de duración, total y de cada una de ellas.

Es muy habitual, sobre todo (pero no solo) en el caso de investigadores noveles, subestimar el tiempo necesario para realizar una investigación y sobreestimar los objetivos y cantidad de técnicas que se pueden implementar en el tiempo disponible. Hay que intentar ser realista y, también, dejarse aconsejar por quien tenga más experiencia o, simplemente, leer diseños de investigaciones similares; de lo contrario, nuestra vocación y nuestra capacidad de esfuerzo pueden, fácilmente, cegarnos y acabar dando al traste con una investigación.

Es necesario también tener en cuenta que, en nuestro ámbito de estudio, la realidad es dinámica y hasta cierto punto imprevisible, lo que nos tiene que conducir a tener presente la posibilidad de retrasos e imprevistos que deben estar contemplados en el diseño.

De todas maneras, en la investigación sociolaboral con metodología cualitativa, la flexibilidad es obligada, de tal manera que el cronograma, como otros aspectos del diseño, debe entenderse como una guía o un marco que pueda dar cabida a las modificaciones típicas de un diseño emergente y no como una jaula que limite la adecuada indagación en los fenómenos.

3.2.5. Aplicabilidad de los resultados esperados

Es necesario reflexionar, y explicitar por escrito, cuáles son los propósitos últimos de la investigación, qué se pretende conseguir con ella y qué impacto se espera que tengan los conocimientos adquiridos. Es necesario, entonces, intentar dar respuesta a una serie de interrogantes sobre los resultados previsibles y deseados de la investigación:

- ¿Para qué servirán?
- ¿Son aplicables?
- ¿Tendrán un impacto potencial sobre la situación?

Y tratar de dar respuesta a estas preguntas, especificando:

- Cómo...
- Dónde...
- Cuándo...
- A quién...
- Por qué...
- Para qué...
- Por parte de quién... se espera poder aplicar los resultados del proyecto.

3.2.6. Presupuesto

Como ya hemos mencionado, en todo diseño de investigación es necesario incluir un presupuesto estimado, especialmente si el proyecto se presenta a una entidad (pública o privada) para su financiación.

No se trata, en realidad, de una tarea sencilla, dadas las propias características de la metodología cualitativa y de las realidades sobre las que se investiga, por lo que conviene entrenarse para su estimación, investigar precedentes y, sobre todo, dejarse aconsejar por colegas más experimentados.

El presupuesto debe recogerse siempre por partidas (personal, material inventariable, material fungible, viajes y dietas, son los apartados más habituales) y de acuerdo a una medición temporal (meses o años).

3.2.7. Bibliografía

Aunque, sin duda, este apartado será mucho más extenso en el informe de resultados de la investigación, sí es necesario ya incluir en cualquier diseño un breve listado bibliográfico que recoja las principales fuentes sobre el tema y, siempre, la referencia de cualquier texto o documento que se haya citado en el texto. Trataremos esta cuestión con más detalle en el módulo «El análisis de datos en investigación cualitativa».

Bibliografía

- Agar, M. (1992 [1982]). Hacia un lenguaje etnográfico. En C. Reynoso (Comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna* (pp. 117-137). Barcelona: Gedisa.
- Alvira, F. (1983). Perspectiva cualitativa/ perspectiva cuantitativa en la metodología sociológica. *Revista española de investigaciones sociológicas*, 22, 53-75.
- Boas, F. (1911). *Handbook of american indian languages*. Washington DC: Bureau of American Ethnology, 40.
- Cea d'Ancona, M. A. y Valles, M. S. (1990). *Parejas cohabitantes y hogares unipersonales*. Madrid: Ayuntamiento de Madrid, Departamento de Estudios y Análisis (Documento de trabajo, 29).
- Charmaz, K. (2006). *Constructing Grounded Theory: A practical guide through qualitative analysis*. Londres: Sage.
- Cicourel, A. (2011 [1964]). *Método y medida en sociología*. Madrid: CIS.
- Clarke, A. (2005). *Situational analysis: grounded theory after the postmodern turn*. Thousand Oaks, California: Sage.
- Conde, F. (1994). Las perspectivas metodológicas cualitativa y cuantitativa en el contexto de la historia de las ciencias. En J. M. Delgado y J. Gutiérrez (Coords.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (pp. 53-68). Madrid: Síntesis.
- Denzin, N. K. y Lincoln, Y. (Eds.). (1994). *Handbook of qualitative research*. Thousand Oaks, California: Sage.
- Durkheim, E. (1897). *Le suicide: Étude de Sociologie*. París: Alkan. [Hay diversas ediciones en castellano, por ejemplo: Durkheim, E. (1989). *El suicidio*. Madrid: Akal.]
- Flick, U., Kardorff, E., y Steinke, I. (Eds.). (2004). *A Companion to Qualitative Research*. Londres: Sage.
- García Jorba, J. M. (2000). *Diarios de campo*. Madrid: CIS (Cuadernos metodológicos, 31).
- Geertz, C. (1973). *The interpretation of cultures: selected essays*. Nueva York: Basic Books. [En castellano: Geertz, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.]
- Geertz, C. (1983). *Local knowledge: further essays in interpretative anthropology*. Nueva York: Basic Books.
- Gerring, J. (2007). *Case Study Research. Principles and Practices*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Glaser, B. G. (1992). *Emergence vs. Forcing. Basics of Grounded Theory Analysis*. California: Sociology Press.
- Glasser, B. y Strauss, A. L. (1967). *The discovery of grounded theory*. Chicago: Aldine.
- González-Echevarría, A. (1990). *Etnografía y comparación*. Bellaterra: Servei de Publicacions de la UAB.
- González-Echevarría, A. (2009). *La dicotomía emic/etic: historia de una confusión*. Barcelona: Anthropos.
- Guasch, O. (2002). *Observación participante*. Madrid: CIS (Colección Cuadernos Metodológicos, 20).
- Gutiérrez, J. (2008). *Dinámica del grupo de discusión*. Madrid: CIS (Colección Cuadernos Metodológicos, 41).
- Hamel, J., Dufour, S., y Fortin, D. (1993). *Case Study Methods*. Newbury Park, California: Sage.
- Hamilton, D. (1994). Traditions, preferences, and postures in applied qualitative research. En N. K. Denzin y Y. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative research* (pp. 60-69). Thousand Oaks, California: Sage.
- Hammersley, M. y Atkinson, P. (1994). *Etnografía: métodos de investigación*. Barcelona, Paidós.

- Jociles, M. I. (1999). Las técnicas de investigación en antropología. Mirada antropológica y proceso etnográfico. *Gazeta de Antropología*, 15, 1-26.
- Malinowski, B. (2001 [1922]). *Los argonautas del Pacífico occidental. Comercio y aventura entre los indígenas de la Nueva Guinea melanesia*. Barcelona: Península [Original en inglés: Malinowski, B. (1922). *Argonauts of Western Pacific*. Londres: Routledge and Kegan Paul. Hay diversas ediciones en castellano con el título: *Los argonautas del Pacífico Occidental*.]
- Miles, M. B. y Huberman, A. M. (1994). *Qualitative Data Analysis: an expanded sourcebook*. Thousand Oaks, California: Sage.
- Ogbu, J. U. (1993). Etnografía escolar. Una aproximación a nivel múltiple. En H. Velasco, F. J. García Castaño, F. J., y A. Díaz de Rada (Coords.). *Lecturas de antropología para educadores. El ámbito de la educación y de la etnografía escolar* (pp. 145-174). Madrid: Trotta.
- Pujadas, J. J. (Coord.). (2004). *Etnografía*. Barcelona: UOC.
- Rodríguez, G., Gil, J., y García, E. (1996). *Metodología de la investigación cualitativa*. Málaga: Aljibe.
- San Román, T. (1984). Sobre l'objecte i el mètode de l'antropologia. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, 5, 22-133.
- San Román, T. (1993). La universidad y el bienestar social. Antropología. *Revista de pensamiento antropológico y estudios etnográficos*, 6, 131-141.
- San Román, T. (1996). De la intuición a la contrastación: el trabajo de campo en la antropología y en la formación de los nuevos antropólogos. En A. González-Echevarría (Coord.), *Epistemología y método* (pp. 167-178). Zaragoza, VII Congreso de Antropología Social.
- San Román, T. (2000). El mundo que compartimos, nuevas alternativas. *Revista de Antropología Social*, 9, 193-197.
- San Román, T. (2006). ¿Acaso es evitable? El impacto de la Antropología en las relaciones e imágenes sociales. *Revista de Antropología Social*, 15, 373-410.
- San Román, T. (2009). Sobre la investigación etnográfica. *Revista de Antropología Social*, 18, 235-260.
- Shaw, C. (1931). *The natural history of delinquent career*. Chicago: Chicago University Press.
- Silverman, D. (2012). Research and theory. En C. Seale (Ed.), *Researching Society and Culture* (pp. 29-44). Londres: Sage.
- Small, M. L. (2009). Lost in Translation: How Not to Make Qualitative Research More Scientific. En M. Lamont y P. White (Eds.), *Interdisciplinary Standards for Systematic Qualitative Research* (pp. 165-172). Washington DC: Report, National Science Foundation.
- Strauss, A. (1987). *Qualitative análisis for social scientist*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Strauss, A. L. y Corbin, J. M. (1990). *Basics of Qualitative Research. Grounded Theory Procedures and Techniques*. Newbury Park, California: Sage.
- Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Thomas, W. I. y Znaniecki, F. (1918). *The polish peasant in Europe and America*. Boston: Richard G. Badger.
- Valles, M. S. (1997). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.
- Valles, M. S. (2002). *Entrevistas cualitativas*. Madrid: CIS (Colección Cuadernos Metodológicos, 32).
- Verd, J. M. y Lozares, C. (2016). *Introducción a la investigación cualitativa. Fases, métodos y técnicas*. Madrid: Síntesis.

Vidich, A. J. y Lyman, S. M. (1994). Qualitative methods: their history in sociology and anthropology. En N. K. Denzin y Y. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative research* (pp. 23-59). Thousand Oaks, California: Sage.

Wirth, L. (1928). *The ghetto*. Chicago: Chicago University Press.

Whyte, W. F. (2015 [1943]). *La sociedad de la esquina*. Madrid: CIS. [Título original: Whyte, W. F. (1943). *Street corner society*. Chicago: Chicago University Press. La edición mencionada en la cita del texto es de 1955.]

Wolcott, H. F. (1993). Sobre la intención etnográfica. En H. Velasco, F. J. García Castaño, F. J., y A. Díaz de Rada (Coords.), *Lecturas de antropología para educadores. El ámbito de la educación y de la etnografía escolar* (pp. 127-144). Madrid: Trotta.

